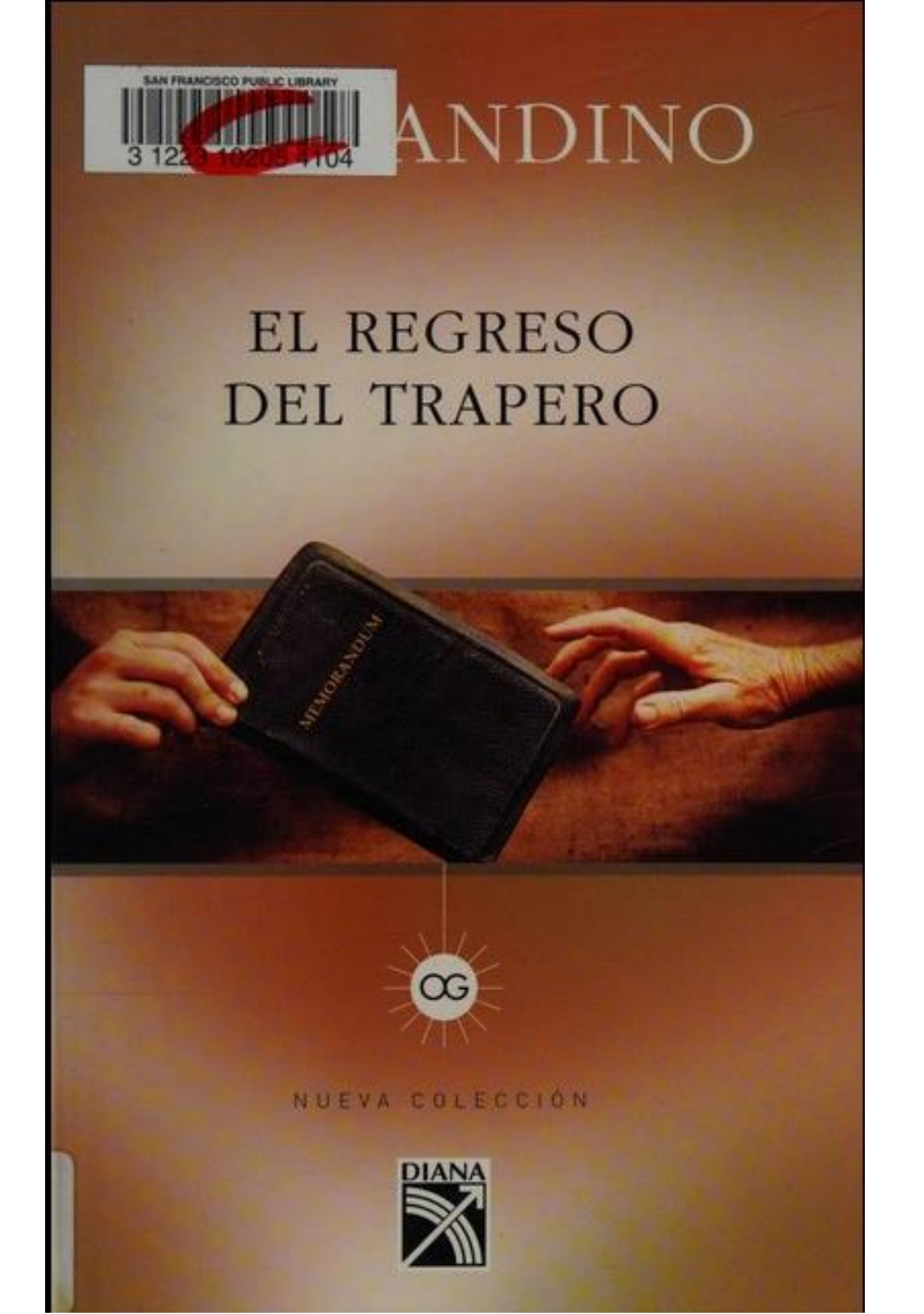


SAN FRANCISCO PUBLIC LIBRARY
3 1223 10205 4104
ANDINO
EL REGRESO
DEL TRAPERO
MEMORANDUM
OG
NUEVA COLECCIÓN
DIANA

OG MANDINO

EL REGRESO DEL TRAPERO



NUEVA COLECCIÓN



Título original: *The Return of the Ragpicker*
Traducción: Raquel Huerta Nava

Diseño de portada: Jorge Rosas / DUUO y
Vivian Cecilia González García

Bajo el sello editorial DIANA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. piso
Colonia Chapultepec Morales
C.P. 11570 México, D.F.
www.editorialplaneta.com.mx

Primera edición: marzo de 1992
Decimoquinta reimpresión: abril de 2007

Primera edición en esta presentación: mayo de 2011
ISBN: 978-607-07-0713-1

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, México, D.F.
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Para Matt y Lori Mandino
con Amor

Hemos nacido para un destino más elevado que el terrenal. Existe un reino en donde el arcoiris jamás se desvanece, en donde las estrellas se desplegarán ante nosotros como islas que dormitan en el océano y en donde, los seres que ahora pasan ante nosotros como sombras permanecerán en nuestra presencia para siempre.

BULWER LYTTON

Un mensaje especial de Og Mandino

Simon Potter, el viejo trapero misterioso que desapareció al final de mi libro, *El milagro más grande del mundo*...

¿Esperé alguna vez volver a escribir sobre él en algún libro futuro?

Por más de quince años, mi respuesta a cientos de periodistas y a miles de cartas era siempre la misma: "No es probable."

Y bien, tiene usted ahora en sus manos un libro que yo jamás planeé escribir. Si la vida es una serie de sorpresas, como escribió Emerson, entonces el libro que está a punto de leer ciertamente alcanza el nivel de una sorpresa mayúscula dentro de una carrera profesional que ha estado llena de ellas.

Durante el último cuarto de siglo, mi vida ha sido igualmente bendecida con demasiada buena fortuna y más honores de los que se merece un ser humano.

He compartido el hambre y la riqueza, el dolor y la alegría con la mujer que amo a mi lado, y he sido testigo con orgullo del crecimiento de mis hijos hacia su edad adulta, así como de sus matrimonios felices y de su realización en carreras promisorias.

He formado parte del Salón de la Fama de los Oradores Internacionales, recibido la Medalla de Oro Napoleón Hill por el mérito literario, y leído con gran satisfacción mi biografía en el *Who's Who in the World*.

Lo más importante fue la realización de mi sueño de la infancia, compartido por mi difunta y amada madre... llegar a ser un escritor. El haber tropezado a lo largo de las rutas más transitadas de la vida y haber caído en una que otra zanja —hasta que hube pasado la edad de cuarenta años antes de alcanzar mi meta anhelada— fue única y exclusivamente mi culpa.

En retrospectiva, esos primeros años de fracasos, desesperación y pobreza fueron mucho más valiosos de lo que hubiera podido serlo cualquier educación profesional. Desde 1966, los catorce libros que he escrito sobre el tema del verdadero significado del éxito y de la alegría y de cómo atrapar a estas evasivas aves canoras, ¡han logrado vender más de veinticinco millones de copias en dieciocho idiomas: de Tokio a Roma, de Johannesburgo a Sidney, de la ciudad de México a Estocolmo! Y uno de ellos, *El vendedor más grande del mundo*, ha ascendido a una atmósfera especialmente enrarecida al convertirse en ¡el libro más vendido *de todos los tiempos*, en *el mundo entero*, en el área de ventas! ¡El sueño plenamente realizado!

Y, sin embargo, a pesar de todas esas ventas y de toda la atención que ha recibido *El vendedor más grande* (partes I y II) a lo largo de los años, otro de mis libros, *El milagro más grande del mundo* ha generado, de una manera global y desde su publicación en 1975 mucho más correo que todos los otros trabajos en conjunto.

El milagro más grande del mundo es la historia de mi amistad con un anciano gigante de cabello largo y gris, Simon Potter, quien se hacía llamar trapero porque dedicaba todo su tiempo a rescatar seres humanos que habían acabado en la pila de deshechos de la vida. Nuestro primer encuentro accidental tuvo lugar en el sucio lote de estacionamiento detrás de mi edificio de oficinas en los años en que dirigía la revista *Success Unlimited* en Chicago. No mucho después de haberlo conocido me detenía casi cada noche en su pequeño departamento atestado de libros, antes de encaminarme hacia mi hogar en los suburbios. A lo largo de varios meses memorables, compartió conmigo su jerez, su sabiduría y su compasión; y sus gentiles advertencias y consejos cambiaron mi vida para siempre... y para bien. Entonces, una mañana se desvaneció sin dejar huella. Para mi sorpresa, ninguna de las personas que vivía en su edificio de departamentos reconoció o admitió conocer al anciano que yo describía, ni siquiera la familia que vivía en lo que había sido *su* departamento, quienes insistían haberlo ocupado ¡durante los últimos cuatro años! Era casi como si Simon nunca hubiera existido... *¡Excepto para mí!* Su regalo de despedida, que descubrí más tarde en mi escritorio, era un escrito de gran fuerza llamado "El memorándum de Dios", documento que contiene los cuatro principios que debe uno seguir para poder disfrutar una vida más satisfactoria. Compartí el "Memorándum" con todos los lectores de mi libro... ¡y respondieron!

La esencia de los mensajes que recibí en forma continua a lo largo de los años, y que parece ser una avalancha sin fin de correspondencia sobre *El milagro*

más grande, se resume mejor en los siguientes extractos de algunas de esas cartas:

"Hace exactamente un año, en esta fecha, me disponía a quitarme la vida. Sus palabras y las de su amigo, el trapero de *El milagro más grande*, salvaron mi vida. Ahora puedo, con toda honestidad, decirle a todo el mundo que soy un milagro. No sólo por permanecer sobrio, sino con vida. Ahora tengo serenidad y alegría en la vida y sus palabras me ayudaron a salir adelante a través de mis días infernales..."

"Le debo mucho. En el verano de 1983, poco después de mi divorcio me senté en una playa de California a leer *El milagro más grande del mundo* mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas. Usted y ese maravilloso trapero, Simon Potter, fueron el sostén de mi vida..."

"Durante los últimos doce años he estado trabajando con niños dependientes, rechazados y delincuentes, de diez a diecisiete años de edad, de modo que he sido capaz de ser uno de los traperos de Dios, como Simon Potter en su maravilloso libro..."

"Le escribo para expresarle mi gratitud por el amor y la inspiración que proyecta en todos sus libros. Recurro a *El milagro más grande del mundo* cada vez que caigo en una depresión. Sólo necesito leer esas magníficas palabras para saber que puedo salir adelante de cualquier crisis, y con frecuencia les proporciono copias a aquellos amigos que se encuentran asediados con problemas de la vida..."

"Sólo tengo doce años y ya he sentido como si mi vida se desmoronara. Le agradezco muchísimo su libro sobre el viejo trapero, pues creo que ahora ya he vuelto a poner en orden otra vez mi vida, con ayuda

de su libro y de casi toda la gente como yo que conozco. Esto me hace sentir muy bien en verdad..."

"Recordaré al trapero para siempre..."

Un viejo amigo texano, al elogiar hace muchos años mi libro en una sobremesa, anunció con orgullo que había descubierto por fin el secreto de mi éxito. Comentó que había yo reinventado la parábola... esos pequeños relatos preciosos de la antigüedad que siempre ilustran una actitud moral o un principio religioso. Probablemente mi amigo estaba más cerca de la verdad que todas las críticas literarias.

¿Existió en verdad alguna vez el viejo trapero, Simon Potter, o fue también ese relato una parábola moderna como tantas otras en mis demás libros? Para todos aquellos que han planteado esta pregunta en una forma u otra, ya sea en la radio, la televisión o las entrevistas de prensa, o bien en sus cartas, mi respuesta siempre ha sido y será la misma: "mire en la *Biblia*, en el Evangelio de San Juan 4:48."

Entonces Jesús le dijo: si no viereis señales y maravillas, no creeréis.

Nunca ha existido ni existirá jamás ninguna explicación que siga a esto... ni para *El milagro más grande del mundo* ni para su continuación, que tiene usted ahora en sus manos.

Ya sea que su primer encuentro con Simon Potter fuera en *El milagro más grande del mundo*, hace muchos años, o que se reserve aún para las páginas siguientes, le doy la bienvenida con un amoroso abrazo y un amigable susurro en el oído. Por favor, no desperdicie ni un momento de su precioso tiempo buscando en un mapa de Nueva Hampshire el pueblo de Langville, marco de los sucesos de este libro, porque buscará

usted en vano. Por respeto hacia esos orgullosos, obstinados y laboriosos yanquis que han tenido momentos difíciles soportando a los "veraneantes" y, un poco menos, tolerando a los "buscadores de curiosidades", he alterado las descripciones de todas las características distintivas que puedan ser fácilmente identificables, así como he cambiado el nombre de ese simpático pueblecito lleno de verdor y de granito donde se desarrolla mi historia.

Para cuando usted haya leído la última frase de la última página de este libro, es mi más ferviente esperanza que también suspire un poco y diga...

"Recordaré al trapero para siempre..."

¿Quién puede pedir más?

Og Mandino
Nueva Hampshire

El regreso del trapero

El anciano se recargó contra el muro de piedra y palmeó suavemente mi rodilla al tiempo que decía:

—Señor Og, no es la pura casualidad la que nos ha vuelto a reunir después de todos estos años de separación; hemos sido reunidos para algún propósito especial, y puesto que todos nosotros somos instrumentos del cielo, estoy convencido de que usted ha sido conducido aquí no por el azar sino como una respuesta a mis plegarias...

I

Nunca es fácil hacer que el reloj dé marcha atrás. Es casi imposible lograr que vuelva atrás el calendario: casi.

Como lo ha hecho tantas veces durante todos nuestros años juntos, es posible que Bette estuviera leyendo mi mente. Mientras guiaba con destreza el grande y lujoso automóvil a través del denso tráfico, sonrió y comentó:

—Bueno, esposo mío ¿qué te parece viajar en tu primera máquina del tiempo?

Su pregunta ni siquiera me sorprendió; palmeé con suavidad su rodilla y respondí:

—Más o menos, señora. Estoy muy satisfecho de haberte escuchado.

—¡Yo también!

Ya estaba anocheciendo, pero el cielo todavía se hallaba delineado con franjas bien perfiladas de color rosa y cobre mientras nos encaminábamos hacia el

norte sobre la Ruta 93, hacia los límites con Nueva Hampshire. Bette conducía el automóvil Lincoln Town azul que acabábamos de rentar en el Aeropuerto Logan de Boston, tras nuestro largo vuelo desde Phoenix. Durante la mayor parte del trayecto viajamos en silencio, incluso cuando lugares familiares del pasado pasaban como una ráfaga en lo que parecía estarse convirtiendo en un viaje único, en otra dimensión para ambos. Thomas Wolfe escribió alguna vez una intensa novela en la que enfatizaba el tema de que ninguna persona podía jamás recapturar los tiempos pasados volviendo de nuevo a casa; pero después de más de treinta años, Bette y yo estábamos regresando por fin, en una visita breve, a ese lugar especial de Nueva Inglaterra en donde nos habíamos conocido, enamorado, casado, e iniciado nuestra vida juntos.

Todo había comenzado un día, después de la comida, cuando por casualidad le mencioné a Bette que nuestro amigo Cheryl Miller, quien había sido mi único agente en tantos años para todos mis compromisos en público, acababa de programarme una conferencia para finales de junio en el Centro de Convenciones Hynes de Boston.

—¡Perfecto! —exclamó—. Voy a ir contigo a esa charla.

Levanté la mirada, sorprendido. Ella muy rara vez me acompañaba a cualquiera de mis conferencias, a menos que se tratara de un lugar especialmente exótico.

—No mencioné las Bermudas, Sidney o Acapulco, querida; esta charla es en Boston.

—Te oí... y voy a ir contigo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Preguntas por qué? ¿No recuerdas la promesa que le hiciste a nuestros hijos en la Navidad del año pasado?

No la recordaba.

—Og, durante todos esos años, cuando Dana y Matt crecían, primero en Illinois y después en Arizona, siempre estábamos hablando de llevarlos de vuelta a Langville y a otros de los lugares de Nueva Hampshire que guardan recuerdos especiales para nosotros. Bueno, eso jamás sucedió: siempre estaba Disney World o esa cabaña en Michigan en el lago Whitehall, o los juegos de las ligas menores que reclamaban su prioridad durante la temporada vacacional. Y, más tarde, después que los muchachos se fueron a la universidad y se casaron, las posibilidades para nuestro anhelado retorno como una familia a Nueva Hampshire se volvieron muy remotas. Sin embargo, esos dos muchachos siempre han estado fascinados por nuestros relatos y descripciones de esa tierra pacífica y adorable en donde todo comenzó para nosotros.

—Ya recordé mi promesa. La última Navidad cuando abrí el regalo que me dieron, la cámara de video Sony que había estado deseando más que cualquier otra cosa, ninguno fue excesivamente sutil en sus sugerencias de que tal vez podría utilizar muy pronto mi nuevo juguete de adulto para grabar en video algunos de los lugares con un significado especial, así como algunos lugares pintorescos en donde tú y yo pasamos nuestros primeros años juntos.

Mi esposa aplaudió en son de burla diciendo:

—¡Bueno, señor escritor, aquí está nuestra oportu-

nidad dorada! ¿Estás programado para dar una conferencia en Boston el sábado...?

—El sábado por la mañana... de diez a once o algo así —respondí afirmativamente.

—Muy bien, volamos el martes a la ciudad, rentamos un automóvil, conducimos hacia el norte y le damos a nuestra cámara de video una verdadera jornada de trabajo durante tres días, con la esperanza de capturar muchos de nuestros recuerdos en la cinta. Seré tu narradora; puedes filmar mientras permanezco a tu lado y les cuento a los muchachos acerca de lo que están viendo. ¿Qué te parece?

—No lo sé —repuse negando con la cabeza. Después de todos estos años, Langville podría ser una gran desilusión para nosotros y una lamentable decepción para los muchachos cuando por fin le echen un vistazo a los lugares que les hemos estado describiendo con tanta ilusión desde que tienen memoria de ello. Cuando se trata de recrear el pasado, todos parecemos dejar que se desvanezcan los malos recuerdos y exageramos los momentos felices. Tal vez sólo debemos permitir que esa parte de nuestra vida y nuestro mundo descanse en paz... un bonito cuento de hadas y una historia de amor que en efecto se hicieron realidad ¡gracias a Dios!

—A lo largo de los años, Og, hemos sido muy buenos para mantener todas las promesas que les hemos hecho a los muchachos.

Bette sabía con toda exactitud cómo tratar conmigo, así que ¿qué podía yo argumentar? Reservé dos boletos de viaje redondo para Boston.

Esa primera tarde en Nueva Hampshire dormimos en un hotel Ramada Inn en la calle principal de

Concord, en el centro. A la mañana siguiente, después del desayuno, caminamos unas cuantas cuadras e iniciamos nuestra travesía por el pasado. En los jardines del capitolio estatal fotografiamos a cuatro viejos amigos de esos que perduran por más de una vida y que, por lo tanto, no habían envejecido en absoluto desde la última vez que caminamos entre ellos. Primero se encontraba la imponente estatua de granito del coronel (y, más tarde, general) John Stark, quien había comandado el contingente de Nueva Hampshire en la batalla de Bunker Hill y era autor del lema del estado: "Vivir libres o morir". Después se encontraba Daniel Webster, senador, secretario de Estado, y el hombre más elocuente de su época; John Hale, embajador en España, senador, abolicionista; y Franklin Pierce, catorceavo presidente de los Estados Unidos. Me volví hacia el edificio del capitolio e hice una toma que iba desde sus graciosas columnas hasta su brillante torre de oro mientras Bette, quien había hecho su tarea, explicaba que ése era el capitolio estatal más antiguo de la nación, en donde la legislatura continuaba teniendo sus sesiones en las cámaras originales. Añadí que Concord era una de las capitales estatales más pequeñas ¡con una población un poco mayor de los treinta mil habitantes!

Cuando pagamos la cuenta en el Ramada Inn y condujimos lentamente por la calle principal, ambos nos hallábamos en una especie de confusión mental.

—Nada ha cambiado, Og —susurró Bette—. ¡Han pasado más de treinta años y nada ha cambiado! Bueno, los nombres de algunas de las tiendas son distintos y todavía pueden sostener una buena capa de pintura, pero el paisaje parece ser el mismo y los viejos edifi-

cios de ladrillo rojo siguen teniendo, como siempre, símbolos pintados borrosos. Todo se encuentra tal cual como era cuando acostumbrábamos traer a Dana de compras en su carreolita. ¡No puedo creerlo!

Nos dirigimos hacia la calle Oak para fotografiar el edificio victoriano eternamente gris que había dado cabida a nuestro pequeño primer departamento de recién casados. Después fuimos a la calle South Maine y filmamos el Cine del Capitolio que ahora estaba cerrado, cuyas películas en función doble eran casi la única diversión que nos podíamos permitir. Antes de que ese día pleno de nostalgia hubiera llegado a su fin, filmamos también la villa Shaker del Centro Canterbury, el lago Newfound (donde Bette y yo hacíamos días de campo con frecuencia) y el lago Echo con el soberbio desfiladero Franconia reflejado nítidamente en su superficie cristalina.

El jueves intentamos capturar el sabor característico del único puerto marino de Nueva Hampshire, Portsmouth, tal y como lo recordábamos. No tuvimos ninguna dificultad para hacerlo así, pues las antiguas mansiones georgianas continuaban erguidas, orgullosas y majestuosas, sobre calles bordeadas con árboles que descendían hacia el océano, donde remolcadores de cansado aspecto continuaban bregando en la caleta cerca de la calle Ceres. Después fuimos a la playa Hampton por un *hot dog* y una bebida refrescante, nos quitamos nuestros zapatos tenis y los calcetines y caminamos por la arena blanca inhalando ese aire tan salado una vez más. Había lágrimas en los ojos de Bette cuando por fin nos encaminamos hacia el oeste, y en el camino a Peterborough dijo suspirando:

—De verdad había olvidado lo lindo, pacífico, poco habitado y silencioso que es todo aquí. Supongo que no era tan fácil apreciar todas las cualidades que tiene el estado cuando estábamos esforzándonos tanto sólo para pagar la renta semanal.

—¿Recuerdas la cantidad? —pregunté inclinándome hacia ella.

—Quince dólares —asintió, mordiéndose el labio superior.

Más tarde hice un paneo lento con mi cámara de video sobre la sección comercial del centro de Peterborough y la Cámara de los Comunes. Mientras tanto, la narración de Bette explicaba que Thornton Wilder se había basado en la disposición de ese pueblo para su drama clásico, *Our Town*. Cuando llegamos a Keene estábamos agotados, pero todavía hallamos la energía suficiente para filmarnos mutuamente dirigiéndonos saludos y sonriendo mientras caminábamos hacia nuestro puente cubierto favorito en el río Ashuelot. Después nos registramos en la posada Winding Brook para comer y dormir. Conseguir comida fue fácil, pero dormir resultó difícil: las abundantes imágenes de los protagonistas, melodías, rostros y palabras que fueron nuestra compañía en esos tempranos años de Nueva Hampshire insistían en interrumpir mi sopor... John F. Kennedy, Arnold Palmer, *Gigi*, Floyd Patterson, Dwight D. Eisenhower, Chubby Checker, *The sound of music*, J.D. Salinger, Sugar Ray Robinson, Krushchev, *Exodus*, Charles van Doren, *Goldfinger*, Mickey Mantle, *The Agony and the Ecstasy*...

A la mañana siguiente, mientras nos dirigíamos hacia Langville, nuestra meta final, mi cámara de video se hallaba enfocada a través del parabrisas delan-

tero del Lincoln rentado mientras atravesábamos el sinuoso y empinado camino pavimentado de dos carriles, circundado por paredes de roca, helechos y flores silvestres. Bette narraba, con muy buena voz, enriqueciendo muchos de los hechos conocidos de su pueblo natal con información nueva adquirida de toda la literatura de viajes y turismo de Nueva Hampshire, y que había recibido de manos de nuestros amigos, Cecil y Flossie White, que vivían cerca de Chichester.

Según Bette, la población de Langville había sido aproximadamente de doce mil habitantes en 1939, y estimaba que, cuando mucho, se había duplicado en los últimos sesenta años; contaba que el pueblo tenía cinco cementerios, cuatro iglesias, tres gasolineras, dos restaurantes, y una tienda de abarrotes; no pensaba que fueran malos promedios. En la ribera este del río Carlyle que dividía la pequeña área del centro, había existido alguna vez una planta en donde se fabricaban muebles, pero a partir de la Segunda Guerra Mundial, todos los negocios, tanto comerciales como municipales, se llevaban a cabo en el espacio de menos de un kilómetro de la calle principal. Nos estacionamos en esa calle, frente a la vieja biblioteca pública de ladrillo rojo, y permanecimos sentados en silencio tomados de la mano.

—Es igual que en Concord, Og —me dijo Bette con una voz muy suave—. Es como si nos hubiéramos ido de aquí ayer en la mañana en lugar de hace tantos años. Los nombres de algunas de las tiendas son diferentes, pero eso es todo; los edificios... los colores... los sonidos... todo está exactamente tal y como lo dejamos.

Con la cámara de video encendida, caminamos despacio ante la Posada Langville, la Ferretería Robert's y una vieja casa colonial que, según Bette relató, había albergado alguna vez la oficina de la compañía de teléfonos. Pasamos ante un edificio de madera de dos pisos que albergaba al municipio, la administración municipal, la oficina de correos y la estación de policía. Después atravesamos la calle en dirección al Banco de Ahorros de Langville, cuyo enorme letrero anunciaba que en el interior se estaban aceptando las contribuciones para la nueva ambulancia del pueblo.

Enfoqué mi cámara de video hacia el este a todo lo largo de la calle principal, y con ayuda de los lentes de acercamiento filmé casas pertenecientes a cinco periodos arquitectónicos, colonial, del *Cape Cod* ,* federal, georgiano y victoriano, todas ellas con aspecto de aguardar a que millonarios retirados de la vida citadina las adquirieran para convertirlas en escondites de fin de semana. En realidad, habíamos viajado por un túnel del tiempo y estábamos rebosantes de alegría y melancolía a la vez.

De vuelta en el automóvil, nos dirigimos a la gran casa de la avenida Jefferson donde mi esposa había pasado su infancia. Filmé el gran edificio blanco de tablones de madera (que en la actualidad es un edificio de departamentos) donde Bette había acudido durante doce años a la escuela, graduándose con un grupo

---

**Cape Cod* es un estilo arquitectónico que se aplica a una casa una casa compacta de madera con un techo con alero y una gran chimenea central. Este estilo evolucionó a partir de un diseño de Nueva Inglaterra de fines del siglo XVIII y principios del XIX. (N. de la T.)

de once estudiantes. Como Bette había sido miembro de la Granja, subimos también a la colina Bear para obtener una buena toma de la construcción de la Granja, en donde había pasado muchas horas felices haciendo el bien a los demás.

Regresamos a la avenida principal, en donde nos estacionamos y caminamos hacia los terrenos de la iglesia sembrados con macizos de geranios y con monumentos de la Guerra Civil para filmar la escena que habíamos planeado como el clímax de nuestro video. Después de mucho alboroto, por fin tuve en la mira una imagen que se veía grandiosa. La elevada aguja blanca de la vieja iglesia estatal se hallaba perfectamente delineada por un fondo saturado de oscuros maples y, tras ellos, el cielo sin nubes era de color verdeazul. Bette se paró muy cerca de mí con su mano derecha descansando en mi hombro.

—Estamos a punto de terminar, señora —comenté sin retirar el ojo derecho de la mira.

—Así lo espero —dijo Bette un poco áspera. —En este momento debemos tener filmados más metros de película que en la cinta *War and Remembrance*.

—¿Lista?

—Córrela, Spielberg —murmuró en voz baja.

Oprimí el liberador de la cámara, semejante a un gatillo, mientras Bette se acercaba a ella y a su delicado micrófono.

—Bien muchachos, es posible que debiéramos tener a la Streisand cantando *"The way we were"* como fondo musical para esta escena preciosa, pues están viendo ahora esa iglesia tan especial, aquí en Langville, donde nos casamos su padre y yo hace mucho, mucho tiempo, en una fría y ventiscosa mañana de di-

ciembre. Ustedes dos también fueron bautizados aquí, aunque para cuando tú llegaste Matt, vivíamos en Illinois, pues tu padre dirigía la revista de W. Clement Stone, *Success Unlimited*, aunque todavía no había escrito su primer libro. El trayecto de vuelta para tu bautizo, Matt, fue en verdad muy largo, pero valía la pena tener nuestras primeras y más importantes raíces familiares originándose en este mismo verde y adorable...

Bette apretó mi hombro y detuve la filmación. Las lágrimas corrían de nuevo por sus mejillas, respiró hondo y me aseguró:

—Estoy bien amor, vamos a terminar con esto.

—Sígueme —respondí, y ambos nos acercamos al elevado monumento conmemorativo de la guerra que se había erigido en 1892. Enfoqué en la forma más clara que pude la placa de bronce que se hallaba bajo la efigie del orgulloso soldado:

> A LA MEMORIA DE LOS HOMBRES DE LANGVILLE, QUIENES, EN LA TIERRA Y EN EL MAR, LUCHARON POR LA LIBERTAD, LA UNION Y LOS DERECHOS DE IGUALDAD PARA TODA LA HUMANIDAD, Y DIERON SUS VIDAS PARA QUE A PARTIR DE ESE MOMENTO LAS GENERACIONES FUTURAS PUDIERAN DISFRUTAR ESOS BENEFICIOS

—De modo que por fin están aquí muchachos —dijo dudosa Bette. —Ahora ya han visto algo de Nueva Hampshire, así como nuestro viejo vecindario, y tal vez por fin comprendan por qué amamos tanto es-

te lugar. Tanto su padre como yo esperamos que hayan disfrutado este viaje a través de la memoria con nosotros tanto como lo hicimos nosotros al hacerlo para ustedes. Los amamos. ¡Dios los bendiga a los dos!

La campana en la torre de la iglesia comenzó de pronto a tocar las doce campanadas de mediodía. Mi conferencia en Boston estaba programada para las diez de la mañana del día siguiente. Nos miramos uno al otro y no dijimos nada al caminar despacio y de mala gana de vuelta al automóvil. Por la mañana habíamos decidido que, para evitar algo del congestionamiento del tránsito en los alrededores de Boston ya avanzada la tarde, debíamos iniciar nuestro viaje de dos horas al sur justo después del almuerzo.

Esos *eran* nuestros planes...

II

—¡Abedul amarillo!

—¡Fresno!

—¡Durazno!

Había en su voz temblorosa una calidad y una tesitura poco usuales que yo jamás había escuchado antes; una mezcla de alegría y añoranza, sorpresa y tristeza, de niña pequeña y mujer, de esperanza y anticipación.

—¡Zumaque!

—¡Maple rojo!

Estaba absolutamente seguro de que sabía lo que Bette estaba haciendo, de modo que permanecí callado mientras ella conducía lentamente a través de una densa sección de bosque de Langville. Minutos antes habíamos tomado nuestro almuerzo en el único restaurante del pueblo en donde podía uno sentarse, mirando hacia el serpenteante río Carlyle. Me había contado en una ocasión que un juego preferido de su

niñez, que por lo general jugaba con su tío Bill siempre que se subía a su camioneta, era ver cuántas clases diferentes de árboles podían identificar a lo largo del camino. Ahora mi esposa no sólo estaba situada en el escenario de su juventud una vez más, sino que de una manera evidente también estaba tratando de evitar que bajara el telón.

Habíamos tomado una calle de grava gris para salir de la pequeña área del centro que nos conduciría hacia el cruce de caminos interestatal del sur, en dirección a Boston. El tortuoso camino se aventuraba de vez en cuando a través de los tranquilos paisajes, pasando ocasionalmente a lo largo de una solitaria granja blanca que siempre tenía a su lado un granero ladeado o hundido que necesitaba urgentemente una mano de pintura. Ascendiendo en forma gradual, por fin alcanzamos una división en el camino y nos dirigimos a la izquierda pasando por un rótulo de avenida que decía Old Pound Road.* Bette lo señaló cuando pasamos y me retó:

—Nunca conociste esta parte de mi pueblo cuando estuvimos aquí hace más de treinta años ¿o sí?

—No lo creo; por lo menos nada me resulta familiar, y este camino en el que nos hallamos... Old Pound Road. ¿Qué es un viejo encierro?

—Nunca lo adivinarías; espera hasta que lo veas. Quién sabe: puede ser algo que llegues a utilizar alguna vez en un libro.

Suspiré y levanté mi muñeca izquierda con un ademán exagerado para ver la hora en mi reloj Omega.

—¡No te preocupes, Og! —ahora parecía molesta.

*Este nombre significa "camino del viejo encierro", el cual tendrá un papel importante en la narración de esta historia. (N. de la T.)

—Estaremos en camino hacia tu preciosa Boston en poco tiempo; nadie nos espera hasta esta noche, de modo que tenemos todavía mucho tiempo. Sólo siéntate y relájate durante los próximos minutos. Entretanto te ayudaré a resolver el misterio de Old Pound Road.

Me incliné hacia ella y la besé en la mejilla. Bajé entonces mi ventanilla, tomé la cámara de video y comencé a filmar la exuberante tierra encantada de color y sombra que tenía a mi derecha. Brillantes reflejos de sol descendían en generosas columnas de oro pálido, serpenteando a través del pabellón de variados árboles que se hallaban cercados por enormes rocas de granito cubiertas de hiedra y musgo, y que estaban amontonadas en pilas de dos o tres rocas, a ambos lados del angosto camino.

Con la cámara aún funcionando, comenté:

—Bette, había olvidado cuántos muros de piedra se hallan aquí, en Nueva Inglaterra.

—¿Estás listo para una súper cápsula de información trivial?

—¡Dispárala!

—Recuerdo que mi padre me contó que hace mucho tiempo algún político de Langville había calculado que la longitud total de paredes de roca, tan sólo en este pueblo, era de mil quinientos kilómetros y el viejo consideraba esto como un gran cumplido, puesto que la Gran Muralla China mide tan sólo tres mil kilómetros de largo.

Moví la cabeza con admiración y comenté:

—Es sorprendente: se necesitarían dos hombres fuertes para levantar la mayoría de las rocas y, aún así, considera que miles de ellas fueron traídas de los

campos y praderas y colocadas en estos muros mucho antes de que hubiera tractores de motor y vehículos de carga. Y pensar que todo ello lo hicieron familias que sólo tenían el interés de crearse su propio rincón de este mundo... ¡Qué personas tan tenaces!

Sin previo aviso, Bette pisó el freno tan fuerte que agradecí haberme puesto el cinturón de seguridad; después de haberse detenido con un gran estrépito puso la reversa, retrocedió despacio unos seis metros y apagó el motor.

—Los árboles han crecido tanto y los arbustos son tan espesos a lo largo del camino que casi lo paso de largo sin darme cuenta —comentó al abrir su portezuela y salir del automóvil. Cuando llegué a donde ella estaba, me rodeó con su brazo diciendo: —Este es tu "viejo encierro", Og. Como puedes ver, es tan sólo otra pared de granito de un metro de altura o algo así, pero esta sección del muro también tiene lados, aproximadamente de la misma altura, que se extienden por la parte de atrás unos tres metros y medio hasta una pared trasera, formando un cuadrado, con una entrada posterior por donde se puede pasar. Además, observa cómo el interior ha sido excavado de manera que es unos sesenta centímetros más bajo que el terreno en donde nos encontramos.

En una gran roca con una de sus caras lisa, justo enfrente de nosotros, se hallaba una placa de bronce oscurecida por el tiempo con una pátina verde en donde se leía:

ENCIERRO DEL PUEBLO
CONSTRUIDO EN 1817
RESTAURADO EN 1948

POR
LA ORGANIZACION LIZZY SIDES
DE LAS HIJAS DE LA
REVOLUCION DE LOS ESTADOS UNIDOS

—Hace casi doscientos años — continuó Bette en el tono de una guía de turistas —esta área era el centro del pueblo y sus habitantes levantaron este encierro, como tú sabes, es una jaula para cierta clase de animales domésticos perdidos o para animales sin licencia. Bueno, este viejo corral de piedra, que de hecho es lo que es, servía para eso. Si el ganado de una persona se aventuraba lejos de su acostumbrado campo o pastura, cualquiera que lo encontrara debía traerlo aquí, conducirlo por la abertura de la parte posterior, y después colocar algunas piedras en ella para que los animales no escaparan. Más tarde, cuando el dueño del ganado descubría su pérdida, este encierro era el primer lugar que revisaba. ¿No crees que se ve muy bien, considerando su edad? Y es evidente que el pueblo o algún grupo de personas interesadas están trabajando en forma constante para mantener el encierro libre de arbustos, hojas y latas de aluminio. Og, Og, ¿te encuentras bien?

—Estoy bien, gracias —respondí haciendo una inhalación profunda. Bette frunció el ceño y se acercó mirándome con intensidad a los ojos.

—Te ves pálido.

—Estoy bien, acabo de experimentar esa vieja sensación familiar, que nunca termino de saber muy bien cómo describir... pavor... maravilla... vibraciones de alguna clase, si quieres, y que siempre parecen golpearme cuando me encuentro cerca de algún momento

significativo del pasado. Whitman escribió alguna vez que era un instinto peculiar de los artistas, escritores y compositores. No lo sé; anteriormente me has visto pasar por esto muchas veces... cuando caminamos bajo la cúpula de la Capilla Sixtina, al encender una vela en la catedral de Notre-Dame, al levantar una brizna de pasto del camino dieciochesco en St. Andrews, al subir esos estrechos escalones hacia el pequeño escondite de Ana Frank en Amsterdam, al permanecer tan cerca como pudimos del cuadro de Van Gogh, "Jarrón con girasoles", y cuando he permanecido, con lágrimas en los ojos, ante los escuálidos restos de la Prisión Mamertina, en Roma, donde Pedro y Pablo pasaron sus últimas horas en esta tierra. No lo puedo explicar querida, y jamás he encontrado a nadie que pudiera hacerlo; tal vez sólo esté sobreactuando mientras la adrenalina continúa bombeando, y esto es lo que me produce la ligera sensación de toques eléctricos. No lo sé, sencillamente no lo sé.

—¿Y lo estás sintiendo aquí? —preguntó incrédula Bette. —¿Estás percibiendo alguna clase de vibraciones al estar cerca de este viejo encierro?

—Así es, y la fecha que indica en esa placa cuando fue construido este lugar... ¡otro impacto!

—¿Por qué, qué pasa con 1817?

—Tú sabes que siempre he sido muy olvidadizo para las fechas —respondí haciendo una mueca y sacudiendo la cabeza. —Olvidaría el cumpleaños de todos si no fuera por ti, y olvidaría el tuyo, así como nuestro aniversario, si tu madre no me lo recordara siempre. Y, sin embargo, el año de 1817 ocupa un lugar especial en mi corazón.

Bette encogió los hombros descorazonada.

—Muy bien... me rindo.

—¿Mi autor favorito de todos los tiempos? ¿La única persona a cuyos escritos e ideas acudo siempre que quiero escapar del mundo exterior y reencontrarme conmigo mismo de nuevo? ¿El mentor que me convenció con sus palabras y con su ejemplo de que una caminata por entre los silenciosos pinos valía mucho más que recibir una ovación de pie por parte de miles de personas...?

—¿Thoreau?

—En el mismo año que se construía este encierro, el hombre cuya filosofía sobre la vida ha tenido la mayor influencia en mi pensamiento, con excepción de Jesucristo, Henry David Thoreau, nació tan sólo a cien kilómetros al sur de aquí en ese otro Concord... el de Massachussetts.

Bette puso la mano sobre su boca y permaneció callada. Me agaché y froté con suavidad una pequeña roca cubierta de musgo que se hallaba en la cima del muro, mientras reflexionaba en la gran frecuencia con la que siempre, tanto en mis escritos como en mis conferencias, he insistido en que Dios está siempre jugando ajedrez con nosotros... haciendo sus movimientos en nuestras vidas y luego sentándose para mirar cómo vamos a reaccionar ante ellos. ¿Era ésta una de las jugadas de Dios? En vez de encontrarnos atravesando Everett Turnpike camino a Massachussetts, ¿por qué estábamos en este tranquilo camino rural visitando un antiguo refugio para animales y una piedra con la inscripción del año de nacimiento de Thoreau? ¿Era coincidencia? ¿O era tan sólo que el autor que llevo dentro exageraba en forma dramática un incidente que de otra forma hubiera sido co-

mún y corriente? Apreté con suavidad el brazo de mi esposa y le aseguré:

—Gracias por haberme mostrado esta preciosa reliquia del pasado de Langville.

Cuando volvíamos hacia nuestro automóvil, Bette exclamó de repente:

—¡Ahora hay allí un camino en el que nunca he estado!

En ángulo recto con Old Pound Road había un sendero de arena, no mucho más ancho que lo que ocuparían dos autos a la vez, que se perdía a un costado del encierro y a través de los árboles durante varios cientos de metros antes de hundirse en el horizonte. No muy lejos de donde nos encontrábamos, a corta distancia del camino, había un herrumbroso poste metálico inclinado con su metro y veinte de altura y que sostenía un letrero de señalización —que alguna vez fue blanco con letras azules borrosas— en donde se leía Blueberry Lane.* Recargado contra el poste se hallaba un letrero metálico, casi de la misma altura, con una flecha que señalaba hacia el camino arenoso y, bajo ella, en color anaranjado brillante, las palabras *EN VENTA*. A juzgar por las condiciones de la señal, ésta no había estado expuesta a los elementos naturales de Nueva Hampshire durante muchos días.

—¿Qué podrá ser lo que está en venta por aquí? —se preguntó Bette en voz alta. —Vamos a averiguarlo.

Vaciló por un momento, tal vez esperando que yo mirara hacia mi reloj de muñeca una vez más, pero bromeé con ella:

—¡Vamos a hacerlo!

---

*Sendero de los arándanos. (N. de la T.)

Mi cámara de video filmaba hacia el exterior del parabrisas delantero a medida que Bette conducía cuidadosamente a través de lo que podría ser un gigantesco túnel verde de follaje, en donde ardillas y ardillitas rojas pasaban alocadamente en ráfagas frente a nosotros. A cada lado del camino elevados pinos y blancos abedules se inclinaban cuan largos eran para rozar suavemente a sus vecinos de enfrente.

Mis palabras se hallan preservadas para siempre en la cinta:

—¡Mira todo esto, es casi como si estuviéramos entrando en otro mundo... en alguna clase de bosque encantado en una película de Disney!

De súbito salimos a la brillante luz solar al pie de una suave pendiente; más allá del muro de piedra, a nuestra derecha y paralela al camino, se hallaba una pradera de suave pasto salpicada a lo largo de cincuenta metros con margaritas Shasta, margaritas amarillas, girasoles, y una ocasional adormidera roja... Y entonces, ambos la vimos al mismo tiempo... una vieja granja blanca erguida con orgullo, serenidad y mucha soledad, sin vecinos; ni siquiera había otra casa a la vista. Y cerca del camino, al final de un viejo sendero de ladrillo rojo, había otro letrero de *SE VENDE* con un nombre y un número telefónico.

Bette dio vuelta en el campo vacío a la izquierda de la casa, apagó el motor y se volteó a mirarme. No dijimos nada; abrió su portezuela y yo la mía y caminamos, casi de puntillas, a través del césped central excesivamente crecido, hasta la puerta delantera y tocamos. No hubo respuesta. Después de varios minutos de espera, dimos la vuelta hasta una puerta lateral y volvimos a tocar, pero nadie respondió.

—Mira, Og —suspiró Bette cubriéndose los ojos con las manos para mirar a través de una polvorienta ventana —ésta es la cocina. ¿Puedes ver esas grandes vigas en el techo... y el piso, con esas anchas duelas de pino? ¡Vaya, tal vez sea de una época remota, pero ha recibido mucho amor!

—¡Hola amigos! Es una gran casona ¿no es así?

No habíamos escuchado su automóvil acercarse, pero su sonrisa era cálida cuando extendió su mano para saludarnos:

—Mi nombre es Bob Watterson, vivo allá arriba del camino y pasaba por aquí en dirección a mi oficina. Vi su auto y pensé que muy bien podría detenerme en caso de que tuvieran ustedes alguna pregunta. Vendo de vez en cuando alguna buena propiedad, además de ser un constructor, y acabamos de poner en venta esta casa ayer.

Bob nos explicó que estaba muy familiarizado con la propiedad, ya que había vivido en ella con su familia durante varios años antes de construirse un nuevo hogar sobre la colina, muy cerca de ahí. Nos explicó que el último dueño de la granja, un viejo capitán retirado, había decidido hacía apenas unas semanas vivir en un lugar más cercano al mar.

Le dijimos que nos sentíamos un poco fuera de lugar, debido a que sólo estábamos dando la vuelta y haciendo un poco de turismo y que lamentábamos ocupar su tiempo, pues en realidad no estábamos buscando una casa, ya que teníamos una muy bonita en Scottsdale, Arizona. Bob encogió los hombros y siguió sonriendo, cuando Bette le hizo la siguiente observación:

—Si usted hubiera venido cinco minutos después no nos hubiéramos encontrado.

—Bien —se volvió a encoger de hombros, manteniendo la sonrisa —tal vez estaba escrito que esto sucediera así. ¿Tienen un poco de tiempo? Si quieren pasar al interior y mirar a su gusto estaré más que contento de mostrarles la casa.

Y eso fue exactamente lo que hizo... nos mostró las nueve habitaciones y sus características... la gran estancia tapizada de roble, que según Bob era parte de la estructura original de 1870... el sol colándose a través de las ventanas que daban al sur y los pisos opacos cubiertos de anchos tablones de pino con viejos agujeros de clavos perdidos... la inmensa chimenea de suelo a techo... las monedas del siglo pasado, empotradas al nivel de los ojos en la pared del comedor por algún sentimental preservador de cosas viejas... las vigas de roble a lo largo del techo de la cocina colocadas por debajo de una cúpula de catedral iluminada con luz de día... una "habitación de verano" inconclusa fuera de la cocina, en donde probablemente se detenían los amigos a hacer una visita sentados ante una jarra de limonada durante las bochornosas tardes de julio y agosto... un pastizal ondulante de alguna especie detrás de la casa, tachonado con grandes arbustos y rodeado de azaleas y de elevados matorrales de arándanos, con un extenso bosque de pinos, abedules, robles y maples, todo ello formando parte de los cuatro acres de propiedad que, según nos dijo, se perdían más allá. Al permanecer en el patio trasero, cerca de los bosques, los únicos sonidos que pudimos escuchar era el canto constante de los pájaros que, evidentemente, no estaban muy contentos con nuestra presencia, un silbido de un tren lejano, y el susurro constante que la brisa hacía surgir de

las largas hojas elípticas, color verde oscuro, que casi cubrían por completo a un sólido fresno, de cerca de veintisiete metros de altura, según Bob, y cuyas abultadas ramas se extendían protectoramente sobre la casa entera.

Por fin, Bette se acercó a mí cuando Bob, a cierta distancia, no podía escucharnos y me dijo sorprendida:

—Querido ¡este lugar me está hablando!

—¡También me está hablando a mí! —asentí.

Cinco horas más tarde llenamos un cheque cubriendo el depósito de la granja. Más tarde, en agosto, volvimos a Nueva Hampshire para cerrar el trato.

Con demasiada frecuencia, jugar al ajedrez con Dios puede llegar a ser una experiencia inolvidable...

III

En mis conferencias con frecuencia hago recordar a mi público que todos somos pasajeros en esta huidiza nave espacial denominada Tierra... ¡un frágil vehículo que gira constantemente a una velocidad de mil seiscientos kilómetros por hora en el Ecuador, mientras que da la vuelta al sol a la alucinante velocidad de más de ciento seis mil kilómetros por hora!

En realidad, no somos pasajeros sino prisioneros de esta precipitada esfera de rocas, plantas y agua, estamos encadenados a ella por medio de la fuerza gravitacional junto con millones de seres, todos con la misma meta innata: la de sobrevivir.

Durante incontables centurias hemos luchado contra las fuerzas de nuestro medio ambiente... con enemigos resueltos a lograr nuestra destrucción o, por lo menos, nuestra esclavitud. Pudimos sobrevivir a los glaciares, sequías, inundaciones, incendios y hambrunas, y emerger de cada una de estas adversidades como mejores seres humanos. Por desgracia, hemos

carecido de la misma habilidad para enfrentar el momento, terriblemente traumático, de arrancar nuestras raíces y dar la espalda a los lugares y a los rostros conocidos para poder continuar con nuestra vida, por una infinidad de motivos, en un medio diferente y entre extraños.

Varias semanas después de haber vuelto a Arizona, y una vez que el alcance de las consecuencias de nuestros actos en Nueva Hampshire se había atenuado de alguna manera, Bette y yo ideamos lo que supuestamente sería la solución perfecta para esta crisis inesperada y superflua que habíamos creado en nuestras vidas. Conservaríamos ambas casas y haríamos de la granja de Langville nuestro lugar de veraneo, escapando así de la oleada de calor, aparentemente interminable, de 32° C o más que siempre convierte a la mitad sur de Arizona, entre mayo y septiembre, en un infierno increíble. En esa forma tendríamos lo mejor de ambos mundos: la primavera y el verano en la Monadnock, la región rebosante de verde de Nueva Hampshire, y el otoño y el invierno en el famoso Sun Valley, en Arizona.

A principios de noviembre estábamos de vuelta en Langville; en esta ocasión nos acompañaba nuestro hijo mayor, Dana, quien era un apasionado del estilo original *Early American* y tenía una gran sensibilidad para la arquitectura. Dana se pasó varios días recorriendo el viejo sitio con su cuaderno de notas y su lápiz en la mano y, al fin, repasó cuidadosamente con nosotros lo que pensaba era necesario hacer para poder convertir nuestra vieja casa en un hogar funcional y cómodo. Dana pensaba que, ante todo, había que transformar la habitación de verano inconclusa

en un estudio para que yo pudiera escribir: con su aislamiento, su alfombra y sus libreros de piso a techo, ventanas nuevas, papel tapiz y una chimenea de gas. De esta manera, si decidíamos permanecer veranos enteros en Langville, yo podría trabajar con tanta comodidad como la que disfrutaba en nuestra casa de Scottsdale. Dana hizo también muchas otras sugerencias, como la de reconstruir uno de los baños, reemplazar la maltratada escalera que conducía al segundo piso, ampliar la pequeña recámara principal unos siete metros y medio para colocar un closet grande, y convertir la amplia habitación que se halla abajo de ésta en un cuarto de descanso, con equipo de televisión completo, video y un estéreo. En total, su lista de sugerencias llenaba dos hojas tamaño oficio y las aceptamos todas; tuvimos entonces una reunión con Bob Watterson y luego de que nos hubo dado su presupuesto estimado para todo el trabajo de remodelación, lo contratamos para que lo llevara a cabo. Puesto que ya se acercaba el periodo vacacional, los tres volvimos a Arizona con las promesas de Bob de que todas las remodelaciones y añadidos estarían terminados con toda seguridad para junio del año siguiente, justo a tiempo para que disfrutáramos plenamente el verano en Nueva Hampshire.

Nuestros planes cambiaron repentina y dramáticamente una mañana a principios de diciembre, cuando nos dirigíamos hacia Phoenix desde nuestro hogar en Scottsdale para realizar algunas compras navideñas extras para nuestros nietos. Ibamos por Lincoln Drive, con el maravilloso horizonte de la ciudad bajo nuestra vista, a la izquierda, cuando ambos movimos con disgusto la cabeza en un gesto de frustración im-

potente ante la horrible nube oscura de contaminación que se ceñía amenazante sobre el área del centro de la ciudad; una vista que se estaba convirtiendo en algo tan común que la mayoría de las personas la consideraba parte del paisaje. A medida que nos acercábamos a los elevados edificios de oficinas y a los negocios del centro, comenzábamos a avanzar con excesiva lentitud en medio de un tráfico tan denso que estaba cerca de convertirse en una trampa. No mucho después, el interior de nuestro automóvil comenzó a llenarse con el humo apestoso de viejos camiones y Bette comenzó a toser. Después de que por fin logró recuperar el aliento, se volvió hacia mí con los ojos llorosos y dijo con voz rasposa:

—¡Og, vámonos de aquí!

—Oye, ya estamos en el centro, vamos primero a hacer lo que vinimos a hacer...

—No, no, querido... ¡no quiero decir que salgamos de este congestionamiento en este momento; lo que quiero decir es que vendamos la casa de Scottsdale y nos vayamos a vivir a nuestra vieja granja todo el año!

—¿Tienes idea de lo que estás diciendo? En estos momentos hay más de ochenta centímetros de nieve cubriendo el suelo, según lo que nos dijo Bob. ¿Cómo te vas a sentir cuando no puedas sacar tu automóvil del garaje durante tres o cuatro días?

—Voy a adorarlo; así podre llevar a cabo algunos de esos proyectos de coser y bordar que siempre hago a un lado; además, piensa en cuánto vas a poder escribir cuando no tengas cada día la tentación de salir corriendo al club campestre para otro juego de golf. Ambos seríamos más productivos... y también es posi-

ble que vivamos más tiempo, al dejar de respirar toda esta basura; por otra parte, hay modo para arreglárselas con esa nieve: siempre quise tener un Jeep Gran Wagoneer...

Poco después de Navidad, pusimos en venta nuestra casa de Scottsdale con Marby Pruitt, la misma agente que nos había vendido la propiedad cuando estaba nueva, hacía quince años. Marby había sido amiga nuestra a lo largo de los años; demostró por qué era una de las mejores agentes del estado vendiendo nuestra casa, exactamente en seis meses, durante un momento en que el mercado de bienes raíces andaba "bajo".

Poco después de la venta, platicaba yo por teléfono con un viejo amigo, Jim Newmann, uno de los pocos verdaderos genios que he conocido y fundador de la organización PACE, una compañía que impartía eficaces seminarios para ayudar a la gente a liberar sus capacidades ocultas. Nan, la adorable esposa de Jim, a quien Bette y yo estimamos mucho como amiga, se había unido a nuestra charla utilizando, como siempre, su extensión telefónica; pero, en esta ocasión no hacía sus usuales comentarios brillantes; en lugar de ello, contenía desmayadamente el aliento mientras yo le contaba a Jim toda la historia de la forma azarosa en que habíamos hallado la vieja granja, y cómo estábamos a punto de realizar algunos cambios radicales en nuestro estilo de vida. Finalmente le dije:

—Jim, en verdad no comprendo nada de esto; aquí tenemos todo lo que queremos... todos los lujos y comodidades imaginables... casi no tenemos deudas pendientes... ¡en verdad no puedo creer que estemos haciendo esto!

Casi pude escuchar cómo sonreía Jim cuando me respondió:

—Sé por qué te está pasando todo esto, Og; te estabas volviendo muy complaciente porque las cosas se estaban poniendo muy fáciles para ti; en una palabra, te quedaste sin retos. Eres autor de algunos de los libros más vendidos... orador del Salón de la Fama... necesitas enfrentar nuevos retos... es preciso que resucites de esa rutina calmada y fácil en la que has caído. En verdad, ésta es la mejor cosa en todo el mundo que pudo pasarles a ti y a Bette.

Y así fue como, cerca de un año y medio después de que Bette y yo habíamos visitado el histórico viejo encierro de Langville, y luego de haber satisfecho una curiosidad que nos condujo por un sucio camino, un trailer de mudanzas de la compañía United Van Lines, después de un trayecto de cuatro mil kilómetros a lo largo del país sobre dieciocho gruesas llantas, avanzó con mucho cuidado y muy despacio por el camino de Blueberry Lane, abarcando completamente con sus anchas llantas el angosto sendero. Durante los siguientes dos días, más de 11,270 kilos de mobiliario y de todas nuestras demás posesiones terrenales, todas ellas cuidadosamente empacadas (así lo esperábamos) en cajas de cartón de variados tamaños, fueron saliendo de los cavernosos interiores del enorme camión en los brazos de una tripulación de cuatro hombres y apiladas, casi hasta la altura del techo, a lo largo de cada una de las viejas y crujientes habitaciones de nuestro recién adoptado hogar campestre.

Exhaustos, adoloridos, hambrientos y soñolientos, Bette y yo nos paramos en el centro de Blueberry Lane y nos quedamos mirando a lo lejos hasta que las

luces rojas posteriores del camión desaparecieron, por fin, tras un grupo de árboles luego de dar la vuelta a la derecha hacia Old Pound Road. Las estrellas ante nosotros parecían tan próximas como para poderlas tocar, y una cercana luna llena irradiaba su suave brillo sobre nuestra granja y sobre los silenciosos bosques a nuestro alrededor. Bette se me aproximó y nos abrazamos por varios minutos antes de que se apartara y me dijera con voz ronca:

—¡Vamos, sabihondo, dilo!

—¿Decir qué?

—He estado esperando todo el día para poder escucharte... para que expreses, con tu mejor oratoria...

—¿Expresar qué? ¿De qué estás hablando?

—Og, he estado esperando oírte decir: "Sólo imagínate, Bette, no más comercios de Scottsdale para que pierdas el tiempo y el dinero; nada de sentarnos alrededor de la alberca con un buen libro; se acabó el golf a cada momento y los pantaloncitos estilo Bermuda en enero; ya no más jugo rosado de frutas ni naranjas umbilicadas que recoger en nuestro jardín; no más bronceado todo el año, y adiós a esa auténtica comida mexicana con la que nos hartábamos; no más rosas acabadas de cortar del jardín para la mesa de Navidad... pero... pero... todo ha valido la pena Bette. ¡Mira! ¡Respira profundo! ¡Ohhhh! ¡No hay contaminación!"

Reía en forma entrecortada, muy orgullosa de su representación.

Yo no sabía si reír... o llorar.

IV

Todo sucedió un día que no olvidaré jamás.

Habíamos sobrevivido a nuestro primer invierno en Langville a pesar de un diciembre que rompió las marcas de frío; pero por fin se habían desvanecido todas las huellas de la nieve y la tierra ya no estaba lodosa. Durante parte de la mañana caminé muy despacio por nuestra propiedad para determinar qué tanto había que cortar, despejar, limpiar y mejorar el terreno para convertir el exterior en algo tan acogedor y agradable como lo habían hecho con el interior de la casa Bob Watterson, Curt, Edd, Sam, Cam, Jerry y Bruce, con todas esas remodelaciones, alteraciones, añadidos, trabajo de instalación eléctrica, cambios de las tuberías, pintura y papel tapiz; esto sin mencionar el mobiliario auténtico de la época y el experto consejo en decoración que nos fueron proporcionados por una tienda única, única en Concord, llamada Country Primitive, así como por su talentoso dueño, Andrew Biancur.

Aun cuando ya casi era mediodía, una pertinaz niebla de abril permanecía aún bajo las cimas de los árboles en los húmedos terrenos boscosos detrás de nuestra granja. Durante la última hora, más o menos, había estado podando mis gruesos y espinosos rosales, que yacían dispersos y abandonados por el terreno. Abrigaba la esperanza de encontrarme, entre todos los tallos que podé, con algunas variedades raras de esas adorables rosas de olor antiguo, a damasco, estilo borbón, o bien, rosas híbridas perpetuas del siglo pasado que hubieran florecido con sus exquisitos colores antaño, cuando nuestra granja era nueva.

A medida que Bette y yo estudiábamos los cuatro acres de terreno de nuestra granja de Nueva Hampshire, tanto más nos convencíamos de que debíamos conservar, hasta donde fuera posible, el aspecto natural del lugar, así como evitar por completo cualquier tipo de ornato formal para el jardín. Si de repente sucediera que los dientes de león florecían en distintas secciones del ondulante y rocoso terreno, bueno, los dejaríamos crecer en paz... eso sin mencionar a las violetas, azulejos y los ocasionales brotes de lilas del valle. Cuando logré finalizar con el arreglo de los arbustos, árboles, rosales y arbustos de frutillas a fin de que ofrecieran de algún modo un aspecto decente, el trabajo del terreno de ahora en adelante consistiría en apenas algo más que segar lo que Bette llamaba su "jardín poco sofisticado". Ambos estábamos decididos a no convertirnos nunca en esclavos de la vieja granja a la que ya habíamos llegado a amar mucho durante nuestros primeros seis meses de residencia en ella.

Por fin me dejé llevar por el cansancio hasta una gran piedra plana de granito cerca del bosque. A mi

lado, coloqué sobre la roca mi radio *General Electric*: un resistente receptor de AM, casi del tamaño de una lonchera, que había sido un regalo en el año de 1965 y, a lo largo del último cuarto de siglo, constante en todo el trabajo al aire libre que había llevado a cabo en los alrededores de nuestro hogares de Arizona e Illinois. Durante todos esos años el radio había padecido caídas y golpes, y había sido utilizado como taburete y dejado fuera, mientras llovía, innumerables ocasiones; sin embargo, todavía sonaba muy bien y conservaba una gran potencia. En ese momento, estaba sintonizando con una estación de radio de Boston, la WBZ, cuya poderosa señal llegaba a mí fuerte y clara, desde doce kilómetros hacia el sur. Esta era la estación favorita de mi madre cuando yo crecía, a unos treinta kilómetros de Boston, en el pequeño pueblo de Natick, en los años treinta; de modo que ahora mi vieja caja de música y de parloteo se hallaba sintonizada permanentemente en esa estación, y de alguna manera eso me hacía sentirme más cerca de la dama que había sido tan importante en mi vida.

Acababa de pasar la mejor parte de los meses de enero y febrero viajando por el país para promover mi nuevo libro, *Una mejor manera de vivir*, en la editorial Bantam Books; y en todas esas entrevistas de costa a costa en radio, televisión y prensa, me habían preguntado una y otra vez acerca de ese capítulo en particular de mi nuevo libro: el capítulo en el que describo el sueño de mi madre para su muchacho... de que algún día yo sería un escritor... ¡y no sólo escritor, sino un gran escritor! Mi fuerte y pequeña madre irlandesa murió a las pocas semanas de haberme graduado de la preparatoria Natick, en 1940, y durante muchos años difíciles parecía que su sueño respecto a mí se había transformado una causa perdida... hasta que, al cumplir los cuarenta años, escribí un pequeño libro llamado *El vendedor más grande del mundo* que transformó mi vida entera.

A pesar de que todos los detalles estaban en el nuevo libro, muchos de mis anfitriones en la radio y la televisión insistían en escucharme relatar personalmente cómo pasé de ser un don nadie a un autor de mayor venta, incluyendo aquel día decisivo en mi vida en que volé hacia la ciudad de Nueva York y los ejecutivos de Bantam Books me dijeron que habían comprado los derechos de mi libro *El vendedor más grande del mundo* por mucho más dinero del que yo pensaba que existía en el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos. Me precipité desde las oficinas generales de Bantam, en la Quinta Avenida, de vuelta hacia mi hotel, el Hilton de Nueva York, para telefonear a Bette y darle las buenas noticias. Me quedé atrapado en una horrible tormenta y, sin impermeable para protegerme, me deslicé por la puerta de una iglesia. Todavía recuerdo haber estado escuchando el golpeteo de la lluvia sobre el techo y, procedentes del sótano, las notas de un órgano, que tocaba la "Gracia Plena" mientras yo caminaba despacio hacia la parte frontal de la iglesia vacía, donde, al llegar, caí de rodillas y sollocé casi en voz alta:

—Mamá, en donde quiera que te encuentres, ¡quiero que sepas que por fin lo logramos!

Y ahora, después de todos mis años de vagabundeo, de fracasos y de éxitos, me encuentro aquí con un par de pantalones de mezclilla, realizando los quehaceres en el patio de un pueblo pequeño tal y como

solía hacerlo en mi juventud, con un fondo de pinos y abedules muy semejante al del viejo hogar de Natick, a tan sólo dos horas de carretera... y cincuenta años atrás. Había terminado un ciclo completo, ¡y qué ciclo había sido!... Desde ser el niño más pobre del autobús de la escuela y con padres inmigrantes, hasta llegar al Salón de la Fama de los Oradores Internacionales, con millones de libros vendidos en dieciocho idiomas. En ese preciso instante casi pude sentir la presencia de mi madre y escuchar su voz, saludándome: "¡Bienvenido a casa!"

Unos cuantos minutos más tarde pude sentirme aún más cerca de mi madre y del pasado. ¡Mi viejo radio maltratado solicitaba mi atención! Con el vocerío de una multitud alborozada y el ulular de sirenas de policía como fondo, una excitada voz masculina hablaba del maratón y del número récord de corredores que competirían este año, incluyendo por añadidura a varios ganadores del campeonato olímpico de maratón de Italia en 1988.

—¡Dios mío! —me escuché exclamar —éste debe ser el día de los Patriotas allá en Massachussetts, ¡están corriendo hoy el Maratón de Boston! ¡Ahora sé que estoy en casa!

El Día de los Patriotas: un día de fiesta en el estado de la Bahía. ¿Por qué? La respuesta vino rápida: ¡los milicianos de la guerra de independencia! ¡La Iglesia Old North! "Uno si es por tierra, dos si es por mar"... ¿o era agua? Se trataba del recorrido a caballo a medianoche de Paul Revere para prevenir a sus vecinos de que los ingleses ya venían y... de nuestra primera victoria en Concord, cuando los granjeros armados con azadones hicieron que los soldados británicos se retiraran por el camino de regreso a Boston, tras haber disparado el cañonazo que se escucharía por todo el mundo en la Cámara de los Comunes de Lexington.

Por motivos que nunca entendí o cuestioné cuando era niño, el Maratón del Día de los Patriotas de Hopkinton a Boston era siempre un suceso especial en nuestra familia. Puesto que no costaba nada asistir a este espectáculo anual, quizá esto sea la explicación de su popularidad en casa, ya que había muy poco dinero para gastar en diversiones de cualquier índole. Todos los años, cada vez que iba a correrse el maratón, mi padre, mi madre y yo, y más tarde también mi hermanita, nos dirigíamos en nuestro Ford modelo T hasta Dennison Crossing, en Framingham, tan sólo a kilómetro y medio de casa. Estacionábamos el automóvil a la derecha en la calle Waverly, la ruta actual de la carrera y, estrujando nuestro periódico *Daily Record* con todos lo números de los corredores enlistados en la última página, animábamos a gritos a los participantes aplaudiéndoles y elogiándolos cuando pasaban por nuestro privilegiado lugar. Todo ello sucedía una media hora después de haber sido disparada la señal de arranque, en Hopkinton y justo a medio día, y se prolongaba hasta que la última alma esforzada, seguida por ambulancias y automóviles de prensa, había pasado una hora después, aproximadamente.

Cuando me senté, engolfado en mis recuerdos, y escuchando al cronista que valientemente luchaba con la pronunciación de los nombres de los corredores africanos que figuraban en el grupo líder de los maratonistas, de pronto vino a mi mente desde el remoto pasado el nombre de uno de los corredores...

Johnny Kelley. Intenté, pero sin éxito, recordar el año exacto en que mi madre lo había adoptado como su favorito debido a que —¿por qué otra razón?— era irlandés. Todavía puedo recordar, como si hubiera sido ayer, ese momento tan especial en la carrera en el que Johnny Kelley pasó corriendo, cerca de los líderes, y mi madre, habiendo perdido por completo el control, se inclinó muy cerca de Kelley cuando éste pasó y le gritó:

—¡Dios te bendiga, Johnny Kelley! ¡Por favor, gana ésta para los irlandeses! Bueno, pues ganó y todavía puedo ver en la primera plana del periódico la fotografía de su rostro sonriente y con los brazos en alto, justo en el momento de romper la cinta de la victoria en Boston. ¿Qué año sería? ¿Qué edad tendría yo? Estaba despistado, y cuando me senté en la piedra y me puse a escuchar mi viejo radio fui incapaz de recordarlo.

Y entonces, algo que escuché casi me levanta en vilo de la roca. Tomé mi maltratado radio portátil y lo acerqué a mi rostro: el locutor estaba hablando acerca de Johnny Kelley. ¿Qué es lo que estaba diciendo? ¡Sí, eso es! ¡Ese fue el año! ¡1935! ¡Hice cálculos rápidos! Tenía solamente once años cuando mi madre, con todo mi apoyo, había animado a Johnny Kelley hacia la victoria mientras mi padre nos miraba y sonreía con indulgencia. ¿Pero por qué ahora estaba hablando el comentarista deportivo de Kelley... cincuenta y cinco años después? ¿Qué? ¿Qué es lo que había dicho? ¡Dios del cielo! ¿Escuché bien? ¡Sí... sí lo hice! La voz estaba diciendo que Kelley estaba corriendo ligero como siempre y saludando sonriente a la multitud. ¿Johnny Kelley? ¿Nuestro Johnny Kelley? No podía

ser; es un nombre común, existen cientos de irlandeses llamados Johnny Kelley en Massachussetts, pero no... ¡no era sólo otro Johnny Kelley! Era *nuestro* Johnny Kelley... *¡el de mi madre y mío!* Estaba pasando en este momento la línea de Framingham-Natick en la West Central Street. ¡Johnny Kelley! ¡Nuestro Kelley! La voz del locutor estaba alterada por la admiración y el asombro: ¡Johnny Kelley corría su Maratón de Boston número cincuenta y cinco y estaba en buena condición! Johnny Kelley, de 83 años edad, el hombre a quien mamá y yo habíamos animado con gritos enronquecidos en 1935, *todavía* estaba corriendo por esas mismas viejas calles en dirección hacia esa lejana meta final, casi a treinta kilómetros de distancia, en Boston. "¡Dios te bendiga Johnny Kelley!" Hundí el rostro en mis manos: estaba sollozando. Apagué entonces el radio y me incorporé.

Atravesé la entrada posterior y entré a la casa cruzando las puertas de cristal del comedor. Antes de continuar hasta la salida del frente dejé mi radio en el trinchador tallado a mano en madera de cerezo. Con la excepción del reloj del abuelo, nuestro hogar era muy silencioso. Bette se hallaba de compras en Manchester. Abrí la puerta del frente y volví a salir a la luz del día, inhalando la frescura de la inminente primavera. Me hallaba muy confundido, ¿qué me estaba ocurriendo? ¿Por qué estaba reviviendo en últimas fechas tantas cosas de mi pasado, cuando jamás lo había hecho antes? Supongo que los artistas, en particular y teóricamente hablando, deben mostrarse agradecidos en caso de hallarse dotados con esa clase de memoria que les permite rescatar las primeras experiencias de sus vidas; pero, en cuanto a mí, siempre que escribía

y necesitaba evocar algún incidente específico de mi pasado había tenido que hacer un gran esfuerzo para revivir los hechos. Sin embargo, esto había dejado de sucederme desde que nos mudamos a Langville; los sucesos y la gente de los años pasados siguen brotando de mi banco de memoria sin ningún esfuerzo, como ese asunto de Johnny Kelley. Tal vez se deba a que Langville y el regreso a Nueva Inglaterra fueron el catalizador, quizá el hecho de vivir otra vez en el mismo clima y tan cerca de mis raíces infantiles haya sido el detonante. Sacudí la cabeza. Una buena caminata sacudiría las telarañas de mi mente y me liberaría de las sombras y los recuerdos de otras épocas, con todas sus lágrimas y sus alegrías. ¡Todavía no me hallaba listo para escribir mis memorias!

Mis pesados zapatos de campo crujían fuerte y rítmicamente en el lodo al ir avanzando con dificultad a lo largo de Blueberry Lane. La primavera comenzaba a dar sus primeros pasos en Nueva Hampshire; delgados zarcillos de brotes de helechos comenzaban a hacer su aparición en ambos lados del camino, y los maples ya están floreciendo. ¡Qué afortunado era! Qué lugar tan maravilloso para vivir, durante todas las estaciones del año, con la mujer que amaba. Anhelaba que nunca nos volviéramos a mudar otra vez.

Cuando me encontraba a unos cien metros de la casa, en dirección a Old Pound Road, escuché el crujir de una rama en los arbustos bajos, a mi derecha, y me detuve en seco sobre mis pisadas, justo a tiempo para poder ver a un pequeño zorro rojo deslizándose furtivamente fuera del camino. Se encontraba a menos de seis metros de distancia y me estaba viendo fijamente; pero sus instintos debieron haberle asegurado

de que yo era inofensivo, ya que no apresuró su paso en absoluto y acabó por desaparecer por encima de la pared de roca a mi derecha.

Continué caminando con las manos hundidas en los bolsillos de mi saco, un hábito que tengo desde la juventud. El penetrante y rítmico murmullo de un avión de un solo motor que trazaba círculos en el cielo contrastaba perfectamente con los silenciosos bosques que bordean ambos lados de Blueberry Lane. Al llegar a la esquina di vuelta hasta que volví a encontrarme, frente a frente, con el viejo encierro, ese refugio para animales, de un siglo anterior, que Bette había insistido en mostrarme durante esa tarde predestinada, hacía dos años, cuando debíamos habernos hallado en camino hacia Boston. Desde que llegamos aquí siempre que había yo pasado por esa vieja y singular construcción pensaba en detenerme para pasar allí el tiempo suficiente que permitiera familiarizarme a fondo con ese lugar ancestral tan característico. Por fin se me ofreció ese momento.

Bajé con cuidado por la inclinada pendiente del camino y me acerqué a la pared de rocas de la parte posterior, en donde había una abertura de cerca de un metro veinte de ancho. Recuerdo que Bette me contó que éste era el espacio por donde entraban los animales perdidos antes de que se apilaran piedras o, tal vez, troncos, con objeto de que el ganado no pudiera escapar mientras sus dueños venían a recuperarlos. Pasé por la abertura y descendí cerca de medio metro. Apenas podía ver ahora Blueberry Lane y Old Pound Road por sobre las desiguales hileras de piedras; éstas embonaban en una forma tan perfecta una encima de la otra que muy poca o casi nada de luz

diurna podía filtrarse entre cualquiera de ellas. El piso del corral se hallaba reblandecido con hojas caídas y sembrado de maleza, helechos y algunos pequeños arbustos de frutillas salvajes; en una de sus esquinas, entre algunos elevados pinos, había un grupo de cuatro abedules de por lo menos veinte metros de altura cada uno. Estos árboles despertaron mi curiosidad. ¿Habían iniciado su crecimiento sólo después de que el encierro ya no se utilizaba más como un refugio para animales, o habían sobrevivido sus primeros años a pesar del paso constante de ovejas, cabras y vacas?

Permanecí inmóvil, escuchando; de entre los arbustos bajos, en lo profundo del bosque, salían los suaves sonidos crujientes de pequeños pies que pasaban sobre hojas secas y ramas. Podía escuchar sobre mi cabeza el extraño canto de un ave que era casi como un lamento y que resonaba entre los árboles; me recargué y deslicé mis manos sobre el musgo, suave como terciopelo, que cubría las rocas tratando de imaginarme a este sitio tan especial en los días en que brindaba un servicio a la comunidad, quizá en una mañana como ésta, ¡durante los primeros años del siglo diecinueve! ¿1817? Mucho tiempo había transcurrido desde entonces... Recuerdo un día, cuando desempacaba mis múltiples cajas de libros en mi nuevo estudio (que antiguamente había sido la habitación de verano de la vieja granja) y encontré uno de mis libros de consulta favoritos intitulado *The Timetables of History*.* Al recordar el año en que se construyó el encierro (de acuerdo a lo que constaba en su placa de bronce) interrumpí mi tarea, me dejé caer sobre la alfombra nueva y llegué a la página del año 1817. ¿Qué sucedía en el mundo cuando el pequeño pueblo de campesinos de Langville construía este encierro? Necesito trazar una línea en el tiempo que de alguna manera me ayude a calcular la sucesión de hechos que me permitan apreciar mejor este lugar histórico ubicado en mi propio vecindario. Bueno, en 1817 James Monroe acababa de elevarse al cargo de quinto presidente de los Estados Unidos y Mississippi se convirtió en nuestro vigésimo estado; también entonces se inició la construcción del canal Erie, se inauguró en Londres el puente de Waterloo y Baltimore se convirtió en la primera ciudad de los Estados Unidos que gozó de alumbrado de gas en sus calles. El doce de julio de ese año, un humilde joven y su esposa, John y Cynthia Thoreau, se convirtieron en los orgullosos padres de Henry David.

El aire dentro del encierro se había vuelto extrañamente ligero, y un maravilloso sentimiento de gratitud así como de tranquilidad se apoderó de mí. ¡Qué cosa tan especial era hallarme con vida en ese preciso instante! Miré dentro del encierro con cierta reverencia, pues pensaba que ningún lugar de culto en el exterior podía nunca ser tan pacífico o encontrarse tan cerca de Dios como este antiguo grupo de rocas parecía estarlo en este preciso momento.

—¡Señor Og, se ve usted de maravilla!

En forma instintiva contuve el aliento; no había escuchado ningún ruido de automóvil ni en Old Pound Road o Blueberry Lane, y tampoco había escuchado pisadas aproximarse al encierro, en ninguna dirección; sin embargo, acababa de escuchar una voz de hombre, un poco ronca, pero todavía con un tono de

*Cuadros cronológicos de la Historia. (N. de la T.)

bajo profundo; habló tan cerca de mí que tenía que provenir del interior del encierro o justo del otro lado del muro. Permanecí casi en total inmovilidad, intentando ordenar mis ideas. Acababa de dar la vuelta por el interior del pequeño encierro y podía jurar que, excepto por mí, no había nadie ahí dentro! La experiencia acumulada durante mi juventud en algunas docenas de misiones de combate en Alemania no permitían que me asustara muy fácilmente; pero ahora podía sentir cómo retumbaba mi viejo corazón al girar con lentitud mi cabeza en dirección a donde provenía la voz.

Recargado contra el interior de la pared que daba al sur, a no más de tres metros, se hallaba un hombre viejo que me saludaba y me sonreía. Aunque estaba calvo en la cima de su cráneo café, tenía un delgado cabello gris sobre ambas orejas que caía en desorden por la parte posterior de su cuello. Su gran barba estaba casi totalmente blanca debajo de una nariz recta y prominente; los pómulos de su rostro, dignos de una vieja escuela de maestros de pintura, eran elevados y todo él se hallaba surcado con cientos de arrugas profundamente marcadas. Vestía una chamarra de pana color café deslavado, pantalones de mezclilla y botas cafés. Tenía en el cuello una bufanda de lana roja y en la boca una pipa de mazorca, apagada. Levantó los brazos en un gesto amistoso de bienvenida mientras continuaba sonriendo; por fin di varios pasos hacia él antes de detenerme con brusquedad. El viejo se había alejado de la pared y ahora que estaba erguido pude ver que se elevaba por encima de mis 1.80 metros de estatura. Volvió a sonreír, invitándome con sus anchas manos para que me acercara, como si

yo fuera un niño tímido; respiré muy hondo y casi no pude reconocer mi voz al inquirir:

—¿Quién es usted? Su voz me es familiar, usted me es familiar y sin embargo yo... y sin embargo yo...

Su profunda risa resonó por el bosque y él se volvió a apoyar contra las rocas, colocando su mano izquierda en la pared y extendiendo la otra hacia mí, moviéndola con suavidad e invitándome para que me acercara.

—Acérquese un poco más, señor Og. Seguro que reconocerá a un viejo amigo si lo hace así.

¿Señor Og? Durante los años que pasaron desde que se publicó por primera vez *El milagro más grande del mundo*, en 1975, mucha gente me ha llamado así, en persona o por carta, después de leer el libro; pero nadie había pronunciado así esas palabras con tanto amor y respeto como... como...

Corrí los últimos pasos que nos separaban y nos abrazamos; ambos estábamos sollozando, pero por fin lo contemplé a la distancia de mis brazos y pude ver, por primera vez, bajo su bufanda, la cruz de madera unida a un delgado cordón de piel que le colgaba del cuello, tal y como lo hacía la primera vez que lo vi en Chicago hacía ya tantos años.

—¡Es usted! ¡Dios Santo! ¡Simon, Simon... !

—Así es, señor Og, así es.

—Simon, Simon Potter. ¡Oh, cuánto lo he extrañado... y por cuánto tiempo!

—Y yo lo he extrañado a usted señor Og... ¡de la misma forma... y por el mismo tiempo!

V

—Ahora —dije con suavidad—, déjeme darle un buen vistazo.

Luego de varios minutos en los que permanecimos abrazados en silencio, tomé la mano del viejo y lo conduje hacia una parte del muro del corral que corría paralela a Blueberry Lane y que sólo tenía la altura de dos hileras de roca; las rocas que habían formado la tercera hilera superior descansaban dentro del encierro, en el piso, semienterradas por hojas caídas de roble y maple. Tal vez habían sido removidas de su posición original por obra de hombres o de muchachos sin nada mejor que hacer.

Simon se sentó, ahora viendo hacia mí, en ese muro bajo y con los pies descansando en las rocas caídas; lo alcancé allí, acaricié con suavidad sus arrugadas mejillas y moví la cabeza con un gesto de asombro.

—¡Es sorprendente! Han pasado, ¿cuántos años?, quince años desde la última vez que le vi y si no fuera

por... perdóneme.. si no fuera por un poco menos de pelo en la cabeza, usted no ha cambiado en absoluto. Su cumpleaños... el que celebramos en Chicago... ayúdeme... ¿qué número fue?

Sonrió y esos cálidos ojos cafés se hicieron más anchos.

—¿Usted se refiere a esa ocasión tan especial cuando ambos plantamos, en medio del frío, el geranio de cristal que me regaló, en el macetero de mi ventana del segundo piso?

—A ése me refiero.

—Era el año de 1974 y era mi cumpleaños número setenta y nueve.

—Dios mío, eso significa que usted tiene ahora... ¡noventa y cinco años de edad! ¡Mírese! ¡Usted es un milagro! Su mirada es clara, su cuerpo se yergue tan alto y orgulloso como entonces y, cuando me abrazó, lo sentí tan fuerte como el de un herrero. Y esa maravillosa voz: todavía suena como si estuviera usted en una representación en el Metropolitan Opera, ¿cuál es su secreto?

—Todos sobrevivimos un poco más que nuestros padres y abuelos, señor Og. En 1900 sólo una persona entre veinticinco de cualquier sexo, vivía para celebrar su cumpleaños número sesenta y seis; el día de hoy, una persona de cada ocho está por encima de esa edad en los Estados Unidos. Un niño nacido a principios del siglo podía esperar vivir, en promedio, tan sólo cuarenta años. Los bebés de ahora, con un poco de suerte, llegarán a los setenta y cinco años; de hecho, este país se está volviendo gris, pues los que nos hallamos por encima de los setenta y cinco años ya superamos el número de adolescentes. ¿Quiere saber

mi secreto para una vida tan, tan larga? No existe ningún secreto. Haber alcanzado esta edad tan avanzada, muchos años mayor inclusive que la tasa actual de mortandad, parece ser alguna clase de bono misterioso garantizado a casi todos los traperos de Dios... casi para cada uno de los individuos que en forma voluntaria renuncia a la ayuda y a las comodidades y cuida a quienes son menos afortunados que él. Ahora bien, este gran beneficio a cambio de actuar como un cuidador de los propios hermanos o hermanas, y que es un trabajo voluntario sin sueldo, puede seguir siendo un secreto, pero le puedo asegurar que no permaneceré así por mucho tiempo; muchas revistas respetables como las de *Psychology Today*, *Longevity*, e inclusive mi antigua favorita, *Better Homes and Gardens*, ya están atrayendo la atención del público hacia el misterioso vínculo entre el hecho de ser lo que yo llamaría un trapero... un dador de sí mismo, si así lo prefiere... y varios años adicionales de vida.

¿Simon Potter leyendo *Better Homes and Gardens*? Era una imagen difícil de concebir hasta que me vino a la memoria que la pasión por la verdad de este anciano siempre ha sido ilimitada en calidad e intensidad. Se inclinó hacia adelante con los codos descansando en sus rodillas mientras estudiaba sus manos dobladas.

—Señor Og, como usted sabe, mi profesión, mi dedicación, mi pasatiempo, la misión de mi vida durante varias décadas ha sido la de un trapero. Sin embargo, a diferencia de otros traperos, no rescato las latas vacías de cerveza y alimentos, periódicos viejos y ropa usada, sino personas... los individuos que se hallan en épocas malas y se encuentran, finalmente en

la pila de desechos de la vida. Con mucha paciencia, trabajo y la ayuda de Dios he sido en verdad muy afortunado al rescatar muchas vidas y poder, así, brindarles otra oportunidad para llevar a cabo sus verdaderos destinos... incluyendo a muchos que ya casi se habían ahogado en el terrible remolino de las drogas y el alcohol, dos enemigos mortales que están ahora penetrando en todos los niveles de la sociedad.

El anciano palmeó mi rodilla en forma paternal diciendo:

—Creo que siempre he sido capaz de hacer algunas contribuciones para su vida; hoy, usted es un hombre mejor, señor Og, del que era a mediados de los años setenta, cuando nos conocimos y conversábamos en mi pequeño departamento de Chicago, cerca de su oficina, y luego de que hubo usted pasado unos años, largos y difíciles, como presidente de la excelente revista de W. Clement Stone, *Success Unlimited*. La gran cantidad de sus libros y sus innumerables conferencias por el mundo entero han contribuido mucho para la humanidad desde que renunció a su cargo en 1976 para dedicar, como lo puntualizó, todo su tiempo a escribir, leer... y jugar al golf.

—¿Sabe lo que he estado haciendo?

—He estado siguiendo sus actividades muy de cerca —me dijo respondiendo afirmativamente—; pero, primero, permítame terminar con este asunto de la longevidad, puesto que es muy importante; usted cuenta con una gran cantidad de seguidores, y tal vez por ello quiera asumir la tarea de difundir estas palabras. En primer lugar, existen cuatro reglas muy sencillas que uno debe seguir en la vida para poder aumentar las probabilidades de tener una vida más

larga; todo el mundo sabe cuáles son estas reglas, aunque temo que mucha gente carezca de la fuerza o el orgullo necesarios para aplicarlas en su propia persona. La primera es utilizar el sentido común en la cantidad y calidad de la comida que se ingiere; para guiarse en este asunto no se necesita ninguna tabla de calorías o de conocimientos nutricionales. La segunda regla... en lo que se refiere a drogas y alcohol, hay que rechazarlos en forma permanente, excepto tal vez en las ocasiones especiales que ameritan un vaso de vino. La tercera es —sentenció haciendo un ademán levantando su maltrecha y apagada pipa de mazorca— no ponga usted nada en su boca que arroje humo por su otro extremo. La cuarta regla es hacer ejercicio en forma moderada, por lo menos tres veces a la semana; una caminata ligera de media hora es lo adecuado, sin que sea necesario correr muchos kilómetros diarios para quedar adolorido y a punto de desfallecer. Sólo es para asegurarse de que permanece en estado activo; y nunca, jamás se haga esclavo de la televisión. Esas personas conocidas como "patatas de sofá" están perpetrando la variante de suicidio más triste e insidiosa que ha conocido esta generación.

Entonces como lo haría un gran maestro, Simon elevó sus manos con los dedos extendidos para enfatizar lo que estaba a punto de decir.

—Ahora, querido amigo, cualquier niño mayor de diez años podría con toda probabilidad brindarle a estos cuatro pasos que el sentido común dicta para tener una vida más larga; pero el paso más importante, el quinto, es, sin embargo, poco conocido. No obstante, su valor es tan grande que puede multiplicar, tal vez por un factor de dos o de tres, esos años adicionales que cualquier persona puede añadir a su vida siguiendo las primeras cuatro reglas. ¿Está usted listo?

—¡Estoy listo! —Era como en los viejos tiempos, el maestro enseñaba, el alumno aprendía.

—¡Practicar el altruismo!

—¿Altruismo?

Simon parecía disfrutar de la expresión de desconcierto en mi rostro.

—Según el diccionario Webster, el altruismo, señor Og, es una recompensa desinteresada por, o dedicación a, el bienestar de otras personas. Por razones que la ciencia y la medicina aún no han terminado de comprender, parece que aquellas personas que dan parte de su tiempo y energía para auxiliar a los demás, de forma voluntaria y sin esperar ninguna recompensa, parecen sufrir de bastante menos tensiones y depresiones en su vida, a la vez que disfrutan de muchos más instantes fortalecedores de autosatisfacción, orgullo, y de una mayor capacidad de trabajo, paz y bienestar. Además, una persona dotada con esta energía vital positiva muy rara vez sufrirá etapas negativas de autocompasión, desesperanza y fracaso, que siempre ocasionan tanto daño en el sistema inmunológico de cualquiera. Lo que es más sorprendente, es que algunas de las mentes más brillantes que en la actualidad se hallan investigando el área de la longevidad en todos sus aspectos, han llegado a creer que cuando nos encontramos en el proceso de ayudar a otras personas en forma desinteresada, aparentemente nuestro cuerpo libera sustancias químicas que sirven para mitigar el dolor. Estas sustancias se conocen como endorfinas, que los atletas identifican como el elemento que produce la fortaleza de un corredor.

—¡Qué herramienta tan maravillosa de reclutamiento para las organizaciones en busca de voluntarios, como la Cruz Roja de los Estados Unidos, la *United Way* y la *Big Brothers*. Unase a nosotros y viva más!

Simon frunció el entrecejo ante lo que, de seguro, malinterpretó como una ligereza de mi parte.

Señor Og, ésta no es ninguna especulación excéntrica que pueda encontrar en sus folletines sensacionalistas del puesto de periódicos. Una revista tan seria como *Better Homes and Gardens* llevó a cabo una encuesta entre sus lectores, preguntando cómo se sentían cuando ayudaban a otras personas en forma voluntaria. Las respuestas fueron enviadas al Instituto Para el Progreso de la Salud para su análisis y revisión, e indicaban que un gran porcentaje de personas que brindaban su ayuda a otros por medio del trabajo voluntario se habían percatado, en efecto, de una sensación física cálida y placentera que ha llegado a denominarse la "plenitud del voluntario". Ahora puede verlo usted señor: menos comida y alcohol, no fumar, un poco más de ejercicio y una buena cantidad de práctica de altruismo, quizá en su propio vecindario, contribuirán mucho a favor de sus oportunidades para permanecer aquí el tiempo suficiente como para ver crecer a sus nietos. Y es eso, viejo amigo, lo que posiblemente explique por qué piensa usted que me encuentro en muy buen estado para mi edad tan avanzada. Soy un trapero, y todos los traperos practicamos cada día un poco de altruismo. Cualquier persona puede unirse a nosotros, no hay cuotas ni reuniones. Y debo añadir que las contribuciones financieras a las buenas causas no parecen tener nin-

gún efecto sobre la longevidad. Usted debe darse a sí mismo así como a su tiempo sin el pensamiento de obtener alguna recompensa de cualquier clase... ni siquiera un "gracias".

—¿Albert Schweitzer? —aventuré, y el rostro del viejo se iluminó.

—Un ejemplo perfecto. Escritor, músico, teólogo, filósofo... uno de los grandes hombres de todos los tiempos por su talento y sabiduría. Asimismo, durante los últimos cincuenta años de su vida, como médico misionario dirigió un hospital en la selva, financiado con sus propios fondos, para los habitantes del Africa Ecuatorial Francesa... un hospital que literalmente construyó con sus propias manos. Fue enterrado a los noventa años de edad.

—Simon, recuerdo haber leído en alguna parte que se encontraba en excelentes condiciones, tanto mentales como físicas, casi hasta el último de sus días; que en alguna ocasión dijo que la única cosa que lo hacía sentirse viejo era no poder responder todo el correo que recibía, que era demasiado.

—¿Y en cuanto a usted, señor Og, sigue respondiendo personalmente toda su correspondencia como lo hacía cuando lo encontré por primera vez?

Pude sentir que mi corazón latía un poco más rápido. Su pregunta me daba la oportunidad perfecta por la que yo había estado rezando en silencio, y ésta por fin llegó. Espero que el anciano sabio no haya percibido ningún temblor en mi voz cuando le respondí:

—Lo he intentado con todas mis fuerzas, y aunque hay muchos días en que esa canasta "llena" me hace sentir tan viejo como a Schweitzer, respondo a

cada carta. Desde luego, de vez en cuando recibo correspondencia que soy incapaz de contestar debido a que el remitente no ha incluido su dirección. Una de esas cartas, que data de diciembre de 1974, se halla tan viva en mi recuerdo como si la hubiera recibido ayer. Llegué a mi trabajo en la revista, un lunes muy temprano por la mañana, con la intención de ponerme al día en mis labores atrasadas de dos semanas, ya que había estado viajando por los Estados Unidos para promocionar mi nuevo libro. Sobre mi escritorio se encontraba un sobre de papel manila dirigido a mí, con los sellos postales en su esquina superior derecha sin cancelación; el paquete contenía una carta suya de despedida, Simon, y también un alfiler de seguridad con un pequeño pedazo de tela blanca, a lo que en su carta llamaba usted un "amuleto de trapero"; además, incluía el regalo especial que usted me había estado prometiendo durante varios meses, "El Memorándum de Dios", que contiene los cuatro secretos para el éxito y la felicidad en mi propia vida durante cien días; si funcionan para mí, sería entonces libre para compartirlas con el mundo. No había ninguna indicación en absoluto de por qué se había usted desvanecido sin ningún aviso o adónde se había ido. El perderlo significó para mí una conmoción tan terrible como la repentina muerte de mi madre, cuando tenía yo dieciséis años.

El anciano estaba inclinado hacia adelante, mirando solamente hacia sus manos; toqué sus hombro con suavidad pero no levantó la vista.

—Simon —musité —no pude responder a su carta, no tenía remitente y cuando me precipité a su departamento atravesando el lote de estacionamiento

detrás de nuestro edificio... cuando subí las escaleras hacia ese lugar familiar y pacífico en donde habíamos pasado juntos tantos momentos preciosos, descubrí que nadie lo conocía en absoluto y que había una familia extraña viviendo en su departamento y que jamás había oído hablar de usted ni podía reconocerle a partir de mi descripción. Busqué incluso en la policía y en la morgue: no había ningún Simon Potter, ni una huella. Fueron instantes terribles para mí, y prácticamente mi único consuelo era una frase en su carta en la que mencionaba que nos veríamos por largo tiempo. Me sostenía de un delgado hilo, pero por lo menos podía pensar que eso significaba que algún día, algún día... estaríamos juntos de nuevo. Una bala en el estómago hubiera sido menos dolorosa que su misteriosa partida sin explicación o despedida alguna. Había llegado a amarle mucho y todos sus sabios consejos me habían brindado una perspectiva de la vida, valiosa y equilibrada, que ha sido mi guía durante varios años.

Por fin Simon levantó la cabeza, suspiró y miró hacia Blueberry Lane.

—Usted escribió acerca de todo esto, señor Og, en su libro llamado *El milagro más grande del mundo*.

—Claro que lo hice; e incluí el "Memorándum de Dios", como usted sugería en la carta, puesto que, en efecto, había sido muy beneficioso para mí. E inclusive hubo una misteriosa desaparición relacionada con el libro, otra pérdida más. Cuando escribo un libro siempre conservo todas mis notas en carpetas de archivo, por lo general por capítulos, de modo que pueda hacer referencia a cualquier parte de ellas más adelante si así lo requiero. Bueno, justo después de

haberse publicado el libro, fui a buscar el archivo que contenía la copia original de su "Memorándum de Dios", que había yo guardado en una carpeta titulada "Capítulo nueve". Había decidido guardar el "Memorándum" en mi caja de seguridad en vez de guardarlo en un archivero; pensé que si en alguna ocasión iba a hacer una gira para la promoción de *El milagro más grande del mundo* sería muy bueno tener conmigo el documento original para enseñarlo al mundo. Pero esa carpeta no se encontraba en el archivero con los demás; jamás he podido localizarla; no supe qué pensar al respecto y aún no lo sé.

—Pero, señor Og —Simon permaneció mirando hacia Blueberry Lane, y me interpeló sin volver la cabeza—, cuando la editorial Bantam Books compró los derechos en 1977 y lo envió ese mismo año a una larga gira para promover el libro, sé que le preguntaron una y otra vez si era verdad que los sucesos narrados en el libro le habían ocurrido realmente y si en efecto existía un viejo trapero llamado Simon Potter, o si todo era producto de su imaginación.

—Continúan haciéndome las mismas preguntas, después de todos estos años —respondí.

—Y siempre les ha respondido, a todos aquellos que preguntan, en la misma forma ¿no es así? —dijo, volviéndose al fin hacia mí con sus ojos humedecidos.

—Nunca he tenido otra opción Simon. Carezco en absoluto de alguna prueba de su existencia y de testigos que lo hubieran visto alguna vez en el vecindario o en el edificio de departamentos; no tengo ningún "Memorándum de Dios" para poderlo mostrar a la gente. Por consiguiente, cada vez que me han presionado para saber si alguna parte del libro fue real, o si Simon Potter sólo era producto de mi imaginación, siempre le señalo a quien me pregunta que tome una Biblia y busque en San Juan 4:48... y entonces les digo que ésa es la única respuesta que siempre les proporcionaré.

—Lo sé—. Simon cerró los ojos y recitó en voz baja:

Entonces Jesús le dijo: "si no viereis señales y maravillas, no creeréis".

—Esa es...y eso es todo. El libro recibió el título apropiado, fue un gran milagro y se han vendido de él millones de copias. Aún ahora, después de todos estos años, sigue estando en la lista Waldenbooks de los libros de bolsillo más vendidos sobre temas religiosos e inspirativos. Asimismo, hace un año tomé un avión a la ciudad de Nueva York y estuve dos días en los estudios de la RCA, con un reparto de actores de Broadway, grabando el libro en un guión de noventa minutos que Bantam Books lanzó al mercado en cassette. Estoy muy orgulloso de esto; el único problema que tuvimos fue encontrar un actor que tuviera su voz, Simon; no sé cuántos audicionaron antes de que Leslie Corn, la brillante mujer que encabeza la compañía de producción que se hizo cargo de nuestra grabación, lograra al fin que su magia surtiera efecto.

—Sí —asintió— Stephen Newmann fue una elección de primera; una dicción maravillosa y es un excelente actor.

Me enderecé con la velocidad de un rayo y le miré al rostro.

—¿Usted conoce... sabe usted además el nombre de la persona que hizo su papel en nuestra grabación en la RCA?

—Lo sé.

—¿Podría explicarle a su viejo amigo por medio de qué misteriosos canales ha sido usted capaz de mantenerse al tanto de mis actividades, al parecer día por día, e incluso minuto por minuto?

—No.

—Bueno, vamos a intentar otra clase de pregunta. Después de todo el amor, el respeto y todos los maravillosos instantes que pasamos juntos, cuando usted me instruía en la manera de disfrutar una vida colmada de éxito y de alegría, ¿por qué se desvaneció en forma súbita sin siquiera darme un apretón de manos o algo así?

Bajó la cabeza como lo hubiera hecho un niño regañado y su voz fue apenas un susurro.

—Señor Og, mi apreciable amigo, no le puedo decir mucho más que esto... se presentó una situación de emergencia, y en apariencia yo era el único trapero con el conocimiento y la experiencia necesarios para poder resolverla.

Esta aterradora declaración abría muchas más preguntas posibles de las que respondía, pero yo sabía muy bien que no podía presionar a este santo varón, quien prosiguió:

—Escribí mi carta de despedida y preparé el paquete para usted, con el amuleto y el "Memorándum de Dios", varias semanas antes de enviárselo; retrasé el salirme de su vida tanto como pude porque sabía cuánto iba a extrañar la calidez de su compañía y esas maravillosas conversaciones, aun cuando era evidente que usted ya no necesitaba de mí... Cualquiera hubiera podido ver que su futuro sería bendecido con mucho bienestar.

—¿Ni siquiera un abrazo de despedida, por el amor de Dios?

—No. Ambos hubiéramos sufrido un dolor innecesario; durante varios días me angustié a causa de mi decisión, antes de llegar a la conclusión de que la mejor manera era sencillamente desaparecer y permitir que el tiempo realizara la cura como siempre lo hace. Créame, en esa forma fue mejor para ambos.

—¿Y salió bien su misión de trapero de emergencia?

—Bastante bien, y estoy orgulloso de ello. Se trataba de un músico famoso... ya sabrá usted su nombre. Todo está bien.

Un automóvil se aproximaba por Old Pound Road; era el primero que escuchaba desde que Simon y yo nos habíamos reconocido. Me di vuelta y vi que era Bette. Cuando su Jeep Gran Wagoneer dorado dio la vuelta a la izquierda dejando Old Pound Road para tomar Blueberry Lane, rápidamente hice pasar mis piernas sobre la pared de piedra y trepé por la pendiente hasta el camino, gritando y moviendo los brazos.

Bette pisó el freno como sólo ella es capaz de hacerlo, bajó el vidrio de su ventanilla y me gritó:

—¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien?

—Jamás he estado mejor... ¡De hecho, este día está a punto de convertirse en el mejor de mi vida!

Abrí su portezuela y le extendí la mano:

—¡Sal de ahí! Está aquí una persona muy especial que quiero que conozcas... ¡y no vas a creer esto!

Bette brincó del elevado asiento delantero de la Wagoneer y lanzó un ansioso vistazo por sobre mi hombro derecho, hacia el encierro.

—¿Creer qué?

—Alguien muy especial está aquí. Creo que es un milagro.

Me dirigí hacia el lugar en el muro en donde Simon y yo permanecimos sentados durante toda nuestra conversación. No había nadie allí: el viejo encierro se hallaba vacío.

VI

Pasaron varias horas antes de que pudiera hablar respecto a mi extraña experiencia en el viejo encierro. Bette no se acercó a mi estudio por la tarde; mientras tanto, yo trataba con verdadera intensidad de alejar mi mente de Simon revisando mi correspondencia. Después, durante la cena, ella no hizo mucho más que hablar acerca de la mañana de frustración que pasó buscando provisiones de la temporada de verano en el centro comercial Nueva Hampshire, en Manchester. Sólo después de haber encendido el lavaplatos, y cuando yo descansaba extendido en nuestro sillón favorito de la sala, por fin le conté todo lo que había pasado ese día tras mi inocente caminata en la subida de Blueberry Lane.

Tan pronto como comencé a hablar, Bette cesó de trabajar en la colcha a cuadros de estambre que estaba tejiendo y me escuchó con intensidad, con los ojos entrecerrados sin interrumpirme ni una sola vez o cuestionar ni una parte de mi historia. Aunque ella

nunca había conocido o visto siquiera a Simon Potter en aquellos remotos días en Chicago, cuando el viejo y yo no hicimos tan allegados, estaba familiarizada con casi todos los detalles del capítulo de mi vida que pertenecía al venerable trapero. Ella, más que ninguna otra persona, se daba cuenta de cuánto habían afectado mi futuro los sabios avisos y consejos de Simon, haciendo de mí un padre, marido y ser humano mucho mejor de lo que era antes de que las palabras del anciano tocaran el fondo de mi alma.

Cuando terminé de narrar mi historia de nuestro extraño reencuentro en el encierro, Bette permaneció en silencio durante varios instantes antes de fruncir el entrecejo y decir:

—Querido, el misterio de Simon sólo parece aumentar con los años. Hay tantas preguntas que quisiera hacerle a tu viejo amigo...

—¿Como cuáles?

—Bien, durante todos estos meses en que ustedes estuvieron tan cerca, allá en Chicago, ¿cómo es que nadie más lo conoció, o lo vio alguna vez... a excepción tuya? Y ahora, ¿por qué volvió a desvanecerse... justo en el momento en que estabas a punto de presentarme por fin al gran hombre?

Permanecí en silencio. Bette se inclinó hacia mí blandiendo una aguja de bordar.

—¿Quieres más?

—¡Adelante!

—De acuerdo, ¿cómo es posible que Simon se las arreglara para localizarte, en este sucio y solitario camino en la mitad de ninguna parte... después de todos estos años?

—No lo sé; me aseguró que había estado siguiendo mis actividades en todo momento desde su repentina partida, hace más de quince años; pero cuando le pedí que me explicara eso, sencillamente cambió de tema.

—No me debiera sorprender. ¿Un radar del siglo veintiuno? Suena como un antiguo episodio de *La dimensión desconocida*. ¿Piensas que lo volverás a ver?

—Dios... espero que así sea.

—¿Tal vez otro libro? —preguntó Bette con una sonrisa.

—Eso nunca me pasó por la cabeza; lo único que sé es que no quiero volver a perderlo, y que me encantaría escuchar sus observaciones sobre lo que está pasando en el mundo en estos días.

—Og, por favor, hay una pregunta por sobre todas las demás que requiere una respuesta, y mis instintos me indican que la forma en la que Simon la responda, si así lo hace, tendrá mucho que ver con la predicción de tu futuro... ¡y, desde luego, también del mío!

—Ahora ya no te entiendo.

—Sólo piensa en esto: yo supongo que Simon todavía se dedica a este asunto de salvar seres humanos... de rescatar personas asumiendo su papel tan especial de trapero... de rescatarlos luego de que han tropezado y caído y sufrido alguna clase de fracaso trágico o de pérdida terrible en sus vidas.

—Estoy seguro de que lo sigue haciendo; por todo lo que dijo concluyo que sigue estando activo, y dudo en serio que un trapero tenga en cualquier forma una edad para retirarse. Mientras haya en ellos algún soplo de vida seguirán buscando a sus prójimos que necesiten ayuda...

—Entonces la gran pregunta que verdaderamente

debes hacer a tu amigo especial, si lo vuelves a ver, y pienso que así será, es ¿por qué está aquí, otra vez en tu vida, en este momento? ¿Por qué?

A la mañana siguiente, después de desayunar, fui caminando por Blueberry Lane hasta el viejo encierro y me volví a sentar en la parte baja del muro. Había invitado a Bette a venir conmigo, pero ella movió negativamente la cabeza y me respondió:

—Con toda probabilidad él no se dejará ver si yo voy. Tendrás que hacerlo tú solo.

Así que me senté a solas en la quietud de la sombra cerca de una hora. Simon no apareció, y cuando me encaminaba de vuelta a la granja un camión de entrega del servicio de correos, con su familiar color café oscuro, pasó ante mí y pude ver cómo daba vuelta hacia nuestro camino. Los veinticinco setos de rosas rosas rústicas que había ordenado a la Jackson y Perkins habían llegado, para mi gran contento. Ahora tenía algo más en qué ocupar la mente, aparte de Simon, así como para empeorar el estado de mis adoloridos músculos. De inmediato inicié la tarea, que parecía estarse volviendo más difícil cada año, de cavar profundos agujeros con mi pico y pala favoritos. Esas bellas rosas habían sido seleccionadas para realzar la apariencia de un punto en especial del terreno, en dos niveles separados por estratos de piedras de granito, en la parte oeste de la casa.

A la mañana siguiente, antes de continuar con mi plantación de rosas, hice otro breve paseo al viejo encierro, pero estaba de vuelta antes de una hora, mezclando musgo de pantano con abono seco de vaca para rodear las raíces de las flores al tiempo que las plantaba con cuidado en la tierra y las regaba. Dos

días después, Bette y yo volamos a Chicago para unirnos a los amigos y a la familia de W. Clement Stone, con objeto de unirnos a la celebración de su cumpleaños número ochenta y ocho. Fue una noche especial para nosotros, y todavía no entiendo qué fue lo que me pasó, pero cuando nos despedíamos me incliné y besé en la mejilla al gran hombre. Aquellos años, cuando yo era el editor de su revista *Success Unlimited*, habían sido de hecho un momento decisivo en mi vida.

Cuando volvimos de Chicago apenas tuve el tiempo suficiente para cambiar maletas y dirigirme a Nashville, en donde estaba programado para ser el orador durante la clausura de un programa de todas-las-celebridades respaldado por el *Resource Group of America*. La tarde que regresé, permanecí algunos tranquilos momentos en el encierro antes de tomar otro avión a Saint Petersburg. En esta ocasión, la conferencia iba a impartirse para el *Small Business Council* de esa adorable ciudad.

Dormí hasta tarde tras mi retorno, el cual había sido demorado desde Saint Petersburg a causa del clima; pero Bette entró finalmente a la habitación anunciando:

—Oye, mi bello durmiente, el camión postal nos ha hecho otra visita y creo que tienes más plantas para sembrar.

El trabajo del jardín podía esperar. Después de tomar mi jugo de naranja, unos huevos revueltos y café, supervisé primero la condición de mis rosas acabadas de plantar antes de ir hacia el camino y sentarme, una vez más, en las piedras del encierro. En su terreno interior delicadas matas verdes habían crecido más de

treinta centímetros de altura; ahora había tantas que era imposible dar un paso dentro del corral sin aplastar varias de ellas. ¿Cuántos viajes había realizado, hasta ahora en vano, al viejo encierro? ¿En verdad estaba actuando como un tonto? ¿Regresaría él alguna vez?

La entrega matinal del correo consistió en varios paquetes grandes de cartón que contenían un total de dieciocho plantas cultivadas de arándano que había ordenado de los Viveros Miller. Primero clavé dos estacas en el terreno rocoso, en los bordes norte y sur de nuestro campo del este, y tendí entre una y otra un grueso cordón blanco como guía; luego, antes de haber separado con todo cuidado los matorrales en un orden específico para ser plantados, comencé a poner a prueba los límites de mi vieja espalda cavando dieciocho agujeros, muy anchos y profundos, con mis herramientas de confianza. Cada agujero se encontraba a la distancia de un metro y medio del siguiente, con su pertinente mezcla de musgo de pantano y sulfato de aluminio; sembré los matorrales de modo que cada año las primeras seis plantas en la fila, llamadas Ivanhoe y New Blueray, produjeran primero sus frutillas; las siguientes seis, Atlantic y Bluecrop, florecerían a la mitad de la temporada; y las frutillas gigantes de Jersey y Nueva Herbert florecerían quizá dos semanas después. ¡Mis esperanzas eran pastel de arándano fresco y molletes durante dos meses por lo menos! ¿Y cómo fue que celebré esa siembra final en el campo? Caminé unos pocos cientos de metros hasta la esquina y me puse a descansar en mi piedra favorita en el encierro. Esperando, esperando en vano. A la mañana siguiente estaba de nuevo en un avión, esta vez con destino a Sarasota, en donde hablé para una cálida y afectuosa multitud en el *Van Wezel Performing Arts Hall*.

Debido a mis hábitos de escritor nocturno, durante muchos años he sido una persona que se levanta tarde. El almuerzo en casa es una comida regular. Sin embargo, tan sólo unos días después de mi regreso de Sarasota, me desperté al amanecer, me bañé, rasuré y vestí. Desde luego que mis intentos de no hacer ruido fracasaron, así que cuando estaba metiendo la camisa en los pantalones y saliendo de la habitación, Bette levantó la cabeza de la almohada inquiriendo:

—¿Estás bien?

—Estoy de maravilla, sólo que ya no puedo dormir; desayunaré algo y después es posible que vaya a caminar.

—No me puedo imaginar a dónde... —dijo Bette bostezando.

Una espesa neblina se arremolinaba cerca del suelo cuando salí por la puerte del frente y me di vuelta a la izquierda sobre Blueberry Lane. Grandes y acrobáticas nubes de vapor seguían trepando con tenacidad hacia los árboles y las rocas para cuando llegué al encierro y me senté en mi sitio de costumbre, que se hallaba un poco húmedo. Pensé que con amaneceres tan húmedos como éste, no era sorprendente que la mayor parte del inmaculado paisaje campirano de Nueva Hampshire fuera tan verde y exuberante.

Poco a poco, a lo largo de las semanas anteriores, el viejo encierro se había convertido de hecho en un refugio especial para mí. En la docena de visitas que había hecho, y a pesar de mi decepción de no haber vuelto a ver a Simon, el péndulo de mi mente parecía

detenerse del todo una vez que me hallaba dentro de los confines de ese lugar único. Aún horas después de haberme alejado de allí me seguía sintiendo completamente relajado, renovado y, además, cargado con una gran energía.

—¿No es algo temprano para usted, señor Og?

Se encontraba recargado contra la pared de piedra en dirección opuesta a la mía y su sonrisa era más brillante que cualquier amanecer. Me sorprendí a mí mismo al permanecer calmado, sentado y responder casi sin un temblor en mi voz:

—Nunca es demasiado temprano si puedo pasar algunos instantes con usted.

Sonrió y asintió en forma aprobatoria, aproximándose despacio por el exterior del muro y sentándose por fin cerca de mí, como lo hizo en el primer encuentro. Me extendió su gran mano derecha y yo la estreché con mis dos manos.

—Usted ha sido un hombre muy ocupado desde nuestro último encuentro —exclamó con admiración en esa voz de bajo profundo que parecía reverberar por el bosque. —Ha impartido conferencias sobre los grandes secretos del éxito a grandes multitudes en Nashville, St. Petersburg y Sarasota, sin mencionar las largas filas de sus admiradores esperando para tener su autógrafo en uno de los libros de Mandino. Y también se ha dedicado usted a la jardinería. ¡Rosas rústicas! ¡Y matas de arándano! Sólo espere hasta probar la fruta de esa suculenta variedad de Jersey. Señor Og, ¡mi hortelano que vuela con frecuencia! Estoy en extremo orgulloso de usted.

Esta vez ni su gran encanto ni mi respeto y amor por él iban a desviarme de la cuestión.

—Simon ¿por qué desapareció después de nuestro último encuentro antes de que pudiera presentarle a Bette? Estaba decepcionada.

Suspiró y me dio una palmada en la rodilla explicándome:

—Señor Og, en verdad tengo muchas ganas de conocer a su esposa, pero ella es una persona demasiado encantadora como para tener que sobrellevar las desventajas que implica trabar conocimiento de primera mano conmigo. Usted conoce los múltiples problemas a los que se ha enfrentado, a lo largo de los años, cada vez que alguien le pregunta sobre mí y sobre nuestra amistad. ¿Por qué debíamos arrastrar a Bette a esta asociación tan peculiar? Dejemos que sea capaz de decir con toda franqueza, a todo aquel que le pueda preguntar, que jamás me conoció; y dejemos que sea así la verdad quien la proteja.

—Parece tener usted una muy buena idea de lo que he estado haciendo durante las semanas pasadas; ahora dígame, por favor, ¿realmente quería usted decir eso cuando dijo que había estado cuidando mi vida durante los últimos quince años?

—Señor Og, he estado viendo por usted debido al amor que le profeso; si le sucediera algo de una naturaleza dañina, querría ser informado de ello de inmediato para poder correr en su auxilio.

—Simon, por favor comprenda; ni siquiera soy capaz de encontrar las palabras para expresar mi agradecimiento por su preocupación; pero estoy haciendo un gran esfuerzo con todas mis facultades para entender lo que está usted diciendo. ¿Ver por mí? Esa es una imposibilidad física. La mente humana, por lo menos mi mente insignificante, sencillamente no pue-

de concebir la clase de actividad de otra dimensión de la que usted habla en forma tan casual. Lo que dice que ha hecho conmigo es imposible...

Simon encogió sus anchos hombros.

—Usted más que nadie, señor Og, debería saber que hay muy pocas cosas en este mundo que sean imposibles hoy en día. Ha escrito con mucha frecuencia sobre el tema; tal vez quiera usted probarme. Por qué no me da una pista pequeña, algún pequeño fragmento de un incidente, ya sea importante o trivial, de sus últimos quince años; y vamos a ver si puedo completar los detalles de manera satisfactoria para usted.

Estaba seguro de que lo eliminaría con mi primera prueba; sólo unos cuantos amigos cercanos estaban al tanto de este interesante, aunque relativamente insignificante suceso de mi pasado.

—¡Imelda Marcos! —lo reté con jactancia.

—Muy buena elección —dijo asintiendo con aprobación. —Parece que hace algunos años usted se encontraba en Manila para promover sus libros. Luego de una mañana muy ocupada en varios programas de radio y televisión, usted y el gerente de ventas internacionales de la Bantam Books, Robert Michel, habían vuelto al hotel de Manila, en donde ambos se hospedaban, para tomar un breve almuerzo y un descanso antes de que comenzaran las citas de la tarde. El teléfono llamó en el momento en que abría usted la puerta del hotel, y así el señor Michel, siempre tan protector como le era posible, entró en su lugar y descolgó la bocina del aparato. Cuando la colocó en su oído pudo usted observar que este hombre tan brillante estaba frunciendo el entrecejo y se ponía ligeramente pálido mientras continuaba repitiendo:

—¡Sí, señor... sí, señor! —Hasta que finalmente dijo: —De seguro estaremos allí, señor. —Y tan pronto como hubo colgado estalló en un ataque de risa exclamando: —No vas a creer todo esto Og, pero era una llamada del palacio. Parece que Imelda, la esposa del presidente, te vio en televisión por la mañana y quedó muy impresionada. Te ha hecho una invitación... y se me permite acompañarte... para comer en el palacio.

—Usted no se hallaba complacido, señor Og; blandía su programa para la tarde ante el señor Michel y le objetaba:

—Bob, no podemos ir a palacio; tenemos una sesión de autógrafos en una librería en menos de una hora. —Y Michel le respondió:

—Og, cuando el palacio llama tú vas. —Así que ambos fueron y pasaron unos momentos maravillosos y la señora Marcos satisfizo su deseo.

El anciano no había errado en un solo detalle. Intenté una prueba diferente y le cuestioné:

—¿1983?

—Ese fue en verdad un año ventajoso para usted, señor Og. Fue premiado con la primera medalla Napoleon Hill de oro por el mérito literario y también recibió el codiciado premio CPAE de la Asociación Nacional de Oradores, que es el mayor reconocimiento que esa organización otorga a las personas que hablan en público. Después, en 1984, se convirtió usted en el miembro número catorce que ingresa al Salón de la Fama de los Oradores Internacionales, uniéndose así a un distinguido grupo de oradores, como Red Motley, Richard DeVoss, Bill Glove, Cavett Robert y Norman Vincent Peale,

Yo no estaba dispuesto a rendirme.

—¿El pasado septiembre... la catedral de Notre-Dame?

Levantó la cabeza y miró hacia los maples y pinos. Por fin me respondió:

—Usted y Bette formaban parte del grupo turístico de la Iglesia de Hoy de Warren, Michigan. Cuando el numeroso grupo avanzó siguiendo a su guía a través de la abarrotada iglesia antigua, usted se detuvo para encender una vela en memoria de su madre y su padre; cuando se levantó, después de rezar una breve oración, había lágrimas corriendo por sus mejillas. En el momento en que decidió seguir adelante para reunirse con Bette y su grupo, echó un vistazo a su izquierda y vio al excelente ministro de la Iglesia de Hoy, Jack Boland, parado a unos seis metros de distancia, mirándolo y moviendo suavemente la cabeza con compasión y ternura; en ese instante ambos se saludaron. Fue un momento especial en un lugar especial ¿no fue así, señor Og?

Ahora estaba seguro que podía atraparlo.

—¿Cuántas velas encendí, Simon?

El nunca dudaba.

—Intentó usted encender dos, una para cada uno de sus padres; depositó un billete de diez dólares en la caja cerrada de bronce para pagar por las dos velas; sin embargo, después de que hubo encendido la primera, aunque lo intentó, no pudo hacer que se prendiera la otra vela. Entonces se dijo a sí mismo que puesto que su papá y su mamá habían compartido todo cuanto vivían no les importaría ahora compartir una sencilla vela... y entonces se retiró.

Nadie pudo haber conocido los pensamientos que tuve sobre mis padres al hacerlos compartir una sola

vela; no recordaba que jamás le hubiera contado este incidente a Bette.

—¿Y qué tal esto? Hace varios años cuando estuvieron disponibles las ediciones en español de mis libros, editadas por la Editorial Diana en la ciudad de México, en América Central y del Sur, fui invitado a hablar en muchos países al sur de la frontera de los Estados Unidos con México. ¿Qué fue lo que hizo por mí el ministro de Defensa de Honduras durante mi visita a su capital?

—Desde luego, señor Og, que en Honduras estaban justificadamente preocupados respecto a su seguridad; de modo que le proporcionaron una guardia armada de veinticuatro horas desde el momento en que llegó. Siempre había dos soldados acompañándolo en cualquier parte y haciendo que se sintiera muy incómodo cuando iba de compras o visitaba un restaurante. Incluso dormían afuera de su cuarto de hotel, en Tegucigalpa, y se pasaban platicando toda la noche en voz alta, disminuyendo así el tiempo de su sueño, ¿no es verdad?

—¿Qué hotel era?

—El Hotel Honduras Maya. Además señor Og, usted fue muy gentil con los jóvenes armados que lo acompañaban. ¿Recuerda usted que siempre enviaba a su mesero a la mesa de ellos e insistía en que comieran... como sus invitados?

Sólo pude sacudir mi cabeza.

—Vamos a intentarlo de nuevo. Golf... ¿y Sudáfrica?

El anciano rió y se puso la mano en la boca como si estuviera saboreando los detalles de este episodio en particular.

La popularidad de sus libros en el mundo entero ha sido un milagro del mundo editorial, señor Og, y no hace muchos años fue usted a una gran gira de conferencias en Sudáfrica. En apariencia, antes de que usted llegara se había difundido la noticia de que era un ávido jugador de golf, por lo que las personas responsables de su presentación en Durban arreglaron un partido de golf para usted durante su tarde libre. Con toda anticipación sus patrocinadores le proporcionaron el tamaño adecuado de zapatos de golf, palos de golf decentes —radiales Hogan, antes de que pudiera usted preguntar—, y un *caddy*. Además, un número considerable de reporteros de prensa y televisión se encontraban a su alrededor. Usted estaba un poco decepcionado cuando lo presentaron con los otros tres miembros de su cuarteto, pues todos eran mujeres, si bien trató de disimular sus sentimientos; no obstante, toda su actitud cambió en forma radical después de que las tres damas dieron el primer golpe a la pelota en el primer agujero y cada uno de sus tiros era de, por lo menos, doscientos cincuenta metros... todos muy lejos de su pelota. Desde luego que no le tomó mucho tiempo darse cuenta de que algún bromista práctico lo había asociado con tres de las mejores jugadoras profesionales de golf en el país. Por fortuna para usted, las tres habían insistido en que las cuotas fueran muy pequeñas antes de dar el golpe inicial en el primer *tee*; de otra forma usted hubiera dejado en Durban gran parte de su considerable salario como orador.

—Simon, hace varios años, cuando Bantam Books publicó *La universidad del éxito de Og Mandino*, aparecí en muchos programas de radio y televisión por todo

el país. Uno de ellos era el programa *Today*; me hallaba sentado fuera del escenario, quince minutos antes del momento en que estaba programado para salir al aire, cuando vino hacia mí Jane Pauley y me dijo algo. ¿Qué fue lo que me dijo?

—¿Cuántas personas en todo el mundo sabrían esto, señor Og? —preguntó Simon sonriendo.

—Sólo Jane y yo; tal vez se lo comenté más tarde a Bette. Así que cuando mucho, tres personas.

—Muy bien, esa bella dama tenía una pequeña hoja de papel en la mano y le anunció que iba a revisar con usted las preguntas que le haría cuando ambos salieran al aire en una transmisión de costa a costa. Usted le agradeció y la desconcertó cuando le dijo que no necesitaba escuchar las preguntas, ya que estaba muy seguro de que podría dar algunas respuestas interesantes. Ella estaba sorprendida ante su respuesta, y aunque le confesó que no la escuchaba muy seguido estuvo de acuerdo.

—¿Cómo lo hice?

El anciano nunca mentía.

—Lo hizo bastante bien —reconoció, frotándose las manos con suavidad.

—Simon, hace dos meses, para ser exacto el 2 de marzo, ¿qué sucedió?

Yo continuaba probando.

—Usted y Bette volaron hacia Phoenix, en donde esa noche de sábado usted habló en beneficio de la Fundación Seven Step a una abigarrada multitud en el Biltmore de Arizona. Lo que hizo a esa tarde tan especial fue que, antes de la conferencia, y a iniciativa del gobernador de Arizona, Rose Mofford, se dio lectura a la proclamación de que ese preciso día sería el

día de Og Mandino en Arizona. Usted debe haber estado extraordinariamente orgulloso.

—Lo estaba. Ahora dígame, Simon, ¿cuál era el nombre del caballero que leyó la proclamación?

La risa ascendió desde el fondo de su garganta; cuando terminó, se limpió con cuidado los ojos, sacudió la cabeza y me respondió:

—Pues era su viejo amigo, el mejor anfitrión de los programas en vivo en todo Phoenix, ¡Pat McMahon!

Yo no sabía qué decir de modo que permanecí callado. Por fin Simon se levantó y me puso las manos en los hombros, justo a la distancia suficiente para poder verme directamente a los ojos.

—¿Suficiente?

—Suficiente —respondí.

—Señor Og, me doy cuenta de lo ocupado que está usted, pero debemos hacer cualquier esfuerzo posible para reunirnos de nuevo... y pronto. Estoy seguro de que ambos vamos a beneficiarnos de nuestras significativas charlas, como lo hicimos en el pasado, y mi más ferviente ruego es que podamos hablar en una forma regular... tal vez incluso una vez a la semana. Hay mucho terreno que debemos trabajar juntos. El mundo se encuentra en un terrible dilema y tal vez ambos podamos ayudar como antes lo hicimos. ¿Sería muy presuntuoso de mi parte sugerirle que nos encontráramos cada martes a las nueve de la mañana? ¿Representa algún inconveniente para usted?

—El martes a la medianoche no representaría ningún inconveniente en lo que a usted respecta, mi querido amigo. La semana entrante está llena de actividades para mí, pero de todas maneras nos veremos el siguiente martes a las nueve.

—¡Maravilloso! ¿Aquí? ¿En este viejo encierro que hemos adoptado?

—Perfecto.

—Qué lugar tan apropiado para nosotros, señor Og. Ambos hemos realizado la tarea de rescatar y de devolver a la vida a quienes se hallaban perdidos y derrotados. Yo con mis músculos, mi paciencia y mis anchos hombros, y usted con sus libros y sus charlas de esperanza y orientación; henos aquí, después de todos estos años de separación, reuniéndonos por fin de nuevo en un lugar único que fue construido hace mucho tiempo con el fin de albergar y proteger a algunas de las criaturas de Dios que se habían perdido. Qué apropiado.

Comencé a intentar una respuesta, pero me detuve a tiempo. Decirle a Simon que yo creía que Dios se encontraba ahora jugando ajedrez con ambos no parecía lo más prudente.

VII

Cuando llegué al encierro la mañana del siguiente martes, Simon ya se encontraba sentado en la parte baja del muro de piedra que estaba enfrente de Blueberry Lane; tenía los brazos cruzados y su pipa de mazorca apagada colgaba en forma descuidada de la comisura de su boca. Llevaba un enorme suéter blanco de punto grueso con el cuello alzado; se volvió y sonrió cuando escuchó que me aproximaba.

—Mire a su alrededor, señor Og —comentó haciendo un ademán hacia las vides que trazaban su camino hacia arriba, por los flancos de las rocas del encierro y los compactos racimos de lilas tigre que brotaban cerca del camino. —Como dijo en una ocasión Benjamín Franklin: "¡La mañana tiene oro en la boca!"

Traté de intervenir por mi cuenta por lo que se refería a las citas respondiendo:

—Ahora, querido amigo, respire hondo. Como escribió Milton "Dulce es el aliento de la maña..."

Asintió en forma aprobatoria y me dijo:

—Usted, desde luego, se encuentra familiarizado con uno de los más grandes hijos de Nueva Hampshire, Daniel Webster... soberbio orador, abogado, político.

—Desde luego.

—Bien: un día, tal vez tras haber experimentado un periodo difícil en la capital de nuestra nación y con un sentimiento de añoranza por los caminos de su terruño, escribió lo siguiente: "De la mañana en sí misma, pocos habitantes de las ciudades saben algo al respecto. Entre todas nuestras buenas gentes, ni una en un millar ve salir al sol una vez al año: no saben nada de la mañana. La conciben únicamente como esa parte del día que viene después de una taza de café y una rebanada de pan tostado. Para ellos la mañana no es una nueva emisión de luz, un flamante estallido del sol, un renovado despertar de todo lo que tiene vida tras una especie de muerte temporal, una oportunidad de mirar, una vez más, las obras de Dios, los cielos y la tierra; es sólo una parte del día cotidiano, que comienza con la lectura del periódico, respondiendo notas, enviando a los niños a la escuela, y dejando instrucciones para la comida. El primer rayo de luz, el más temprano destello proveniente del este, al que la alondra recibe elevándose hacia él, y el cada vez más intenso colorido de naranjas y rojos, hasta que por fin puede verse al glorioso sol, el soberano del día... esto jamás lo disfrutan, pues nunca lo ven. Nunca he pensado que Adán llevara mucha ventaja sobre nosotros por haber visto el mundo cuando era nuevo. Las manifestaciones del poder de Dios, al igual que sus dádivas, son nuevas cada mañana y ple-

nas en cada momento. Contemplamos amaneceres tan bellos como los que vio Adán, y esos amaneceres son el milagro del día de hoy tal como fueron el milagro de sus días; y pienso que ahora lo son mucho más, porque ahora forma parte del milagro el hecho de que, durante miles y miles de años, el sol ha asistido puntualmente a su cita sin admitir la variación de una millonésima de segundo. Conozco la mañana, estoy familiarizado con ella y la amo. La amo como es, fresca y dulce, como una nueva creación diaria que avanza abriéndose paso e invitando a todo lo que tiene vida, aliento y ser a una renovada adoración, a nuevas alegrías y nueva gratitud". Imagine usted, señor Og, estas sensibles y amorosas palabras proviniendo de un hombre tan duro en apariencia como Webster.

—¡Simon Potter, usted continúa sorprendiéndome!

—Si leo algo que me llega muy hondo, procedo a archivarlo en mi corazón. En su libro más reciente, *Una mejor manera de vivir*, usted dedica un capítulo muy conmovedor a su encuentro con un taxista negro en Nashville. ¿Quiere escuchar cómo lo recito de memoria?

—No, no... ¡le creo!

—Cuénteme, ¿cómo le fue en su reunión de ex alumnos de preparatoria número cincuenta el pasado sábado por la noche?

Esa clase de preguntas, proviniendo de él, ya no me sorprendían.

—Fue una terrible caída, una enorme decepción, un golpe bajo. Había estado esperando esa noche especial durante muchos meses, pues no había visto a

ninguno de mis compañeros de graduación desde aquel día, en junio de 1940, cuando salimos del escenario en el Cine Colonial de Natick con diplomas en las manos. Mi mamá murió un par de meses más tarde, yo me fui a la guerra y, en realidad, jamás regresé a Natick después de que la guerra terminó. Ahora me encontraba ahí, tratando de mezclarme con un salón lleno de extraños en donde todos parecían muy viejos, muy aburridos y sumamente melancólicos. Después supe, al ir prolongándose la tarde, que la mayor parte de ellos, en toda su vida, jamás se había aventurado más allá de ese agradable pueblito en donde crecieron y fueron a la escuela.

—¿Se hallaban complacidos con el gran éxito de usted?

—Simon —respondí riendo— aquella fue una maravillosa lección de humildad, y creo que la necesitaba. Sólo un reducido grupo sabía algo de mí o había leído alguno de mis libros, me había escuchado hablar, o me había visto alguna vez en televisión. Muchas veces durante la velada algún rostro desconocido se me acercaría, nos inclinaríamos a leer los nombres en el gafete del otro, charlaríamos en forma breve por un minuto o algo así, y sería interrogado sobre lo que había hecho con mi vida. Más de una vez estuve tentado de decir que acababa de ser liberado después de haber pasado una larga temporada en la prisión, o hacerles la confidencia de que seguía a cargo de la mayor operación de apuestas ilegales en el este de Boston. Y puesto que Bette estaba conmigo, realmente recibió una buena cantidad de golpes de todo esto.

—¿Y, en realidad, qué les respondía?

—Sólo les dije que era escritor.

La risa del anciano resonó como un eco a través del bosque mientras se daba fuertes palmadas en las rodillas.

—¿Un escritor? ¡Como Greg Norman es un jugador de golf... Frank Sinatra un cantante!

—Sólo usted podría decir eso, y se lo agradezco. En dos o tres ocasiones durante la velada me encontré con damas de quienes había estado locamente enamorado en algún momento de la preparatoria. Tras intercambiar un recuerdo o dos con cada una de ellas iba a agradecer en silencio a Dios que mis avances de entonces, torpes e inexpertos, no me hubieran conducido a nada serio y permanente. De todo a todo, Simon, fue una velada depresiva. Era verdaderamente triste recordar los rostros brillantes y sonrientes de 1940 y darme cuenta de que habían sido reemplazados, con tan sólo unas cuantas excepciones, por almas melancólicas y sin empuje que proyectaban solamente un aire sombrío de solitaria desesperanza en todos sus actos y palabras. La mayoría de ellos parecía aguardar solamente el momento en que serían enterrados, debido a que consideraban que sus vidas ya habían quedado atrás. Cuando por fin salí al fresco aire de la noche me sentí sumamente contento.

Simon asintió y me hizo la siguiente pregunta:

—¿Se halla familiarizado con el nombre de Gian-Carlo Menotti?

—Desde luego. La Navidad... la televisión... *Amahal y los visitantes nocturnos*.

—Así es. En una ocasión este brillante compositor, maestro, director de cine y guionista de televisión comentó que el infierno comienza el día en que Dios nos concede una visión clara de lo que hubiéramos

podido lograr, de todos los dones que desperdiciamos, y de todo lo que hubiéramos podido hacer pero no hicimos.

—Y no puedo imaginarme una clase peor de infierno, aunque estoy seguro de que la mayoría de mis compañeros de salón, como la población en general, no tienen la menor idea de lo que hubieran podido lograr con sus vidas. Sin embargo, a pesar de esa difícil noche del sábado, el viaje hasta Massachussetts no fue una pérdida total. El día siguiente a la comida de la generación, Bette y yo fuimos a tomar té a casa de una amiga muy especial y compañera de clases en la Preparatoria Natick, Jean Foley. Jean, a pesar de algunos baches en el camino de su vida, había formado a una bonita familia y continuaba siendo la misma matraca dinámica y vivaz que yo había conocido hacía tanto tiempo. Después de visitar a Jean, Bette condujo durante algunas cuadras siguiendo mis indicaciones y, de repente, allí estaba, frente a nosotros... el viejo campo de atletismo Coolidge Field, en donde la Preparatoria Natick había jugado sus partidos de futbol americano y de béisbol y llevado a cabo sus encuentros de carreras, medio siglo atrás. Aunque ahora había una nueva preparatoria y estadio a varios kilómetros de distancia, Coolidge Field se hallaba todavía en excelentes condiciones y evidentemente seguía siendo utilizado con frecuencia por los equipos de béisbol locales. Le pedí a Bette que detuviera el auto. Mientras ella permanecía dentro del auto, mirándome con un aire confundido en su rostro, salí y caminé hacia la puerta de la reja metálica que estaba abierta. En el otro extremo del campo había dos muchachitos jugando a atrapar la pelota, y hacia uno de

los lados, en el lugar en donde alguna vez habían estado las viejas gradas de madera, un hombre corpulento estaba tratando de atinarle a un viejo sombrero de paja rojo, a unos cincuenta metros de distancia, con unas pelotas de golf amarillas. De súbito, y no sé qué fue lo que pasó conmigo, comencé a correr por lo que alguna vez había sido la pista opuesta a la recta final de la antigua pista de carreras de los cuatrocientos metros que rodeaban al campo. Alcancé un poco de velocidad cuando llegué a la esquina más lejana. Cincuenta años antes ése había sido el lugar, cerca de donde se localizaba la base de *home* del equipo titular de beisbol, en donde siempre imprimía la máxima velocidad en mis carreras de cuatrocientos metros. Continué corriendo, dando vuelta hacia lo que había sido la recta final de cien metros hacia la meta, y aceleré mi velocidad tanto como pude, recorriendo todo el tramo hasta llegar a donde siempre se tendía una cinta blanca cruzando la pista para indicar la meta; cinta blanca que yo había tenido la gran fortuna de romper victorioso varias veces durante mi último año. Sin aliento, caminé fatigado de vuelta a la elevada barda; crucé la entrada y miré hacia atrás, hacia mi campo de sueños particular; sequé un par de lágrimas de mis ojos y me metí de una salto al automóvil. Bette jamás pronunció una palabra. Dios bendiga su corazón.

La voz de Simon era casi un susurro cuando me preguntó:

—Señor Og, ¿recuerda lo que logró realizar en ese mismo campo durante la tarde del 2 de mayo de su último año? Ese día, luego de que la lluvia retrasó la carrera de su preparatoria con la Escuela Wayside Inn por varias horas, procedió usted a realizar una

hazaña que nunca ha vuelto a repetirse desde entonces por ningún miembro de la legión de atletas de su escuela... usted resultó victorioso en la carrera de los cien metros, en la de los doscientos veinte metros y... ¡en la de los cuatrocientos metros! ¡Una triple victoria!

—Recuerdo las tres carreras. Debo tener aún algunos antiguos recortes de periódico borrosos en alguna parte. Sabe, Simon, volviendo a aquella reunión pienso que la parte más difícil para mí, y posiblemente para todos los demás, fue aceptar el hecho de que habían pasado cincuenta años. Estar con todos mis viejos compañeros de generación y verme reflejado en ellos me llevó de vuelta a casa, en una forma muy forzada, aunque para mí sigue pareciendo que la graduación fue el mes pasado.

—Señor Og, déjeme ayudarlo a colocar todo en la perspectiva adecuada. El año en que usted se graduó Jack Dempsey se retiró del cuadrilátero, fue emitido el primer cheque de la Seguridad Social en la historia, la población de los Estados Unidos era la mitad de lo que es ahora, el Promedio Industrial Dow Jones era inferior a doscientos puntos, se realizó el primer vuelo con éxito en helicóptero, se vendían nuevos modelos Ford, Plymouth y Chevrolet por menos de novecientos dólares, y el libro del año era *Por quién doblan las campanas*, de uno de sus autores favoritos.

Permanecí callado y el continuó:

—El viaje para esa reunión fue algo que tenía que hacer. Verá usted, todos los niños son crueles, en una forma inocente, con sus compañeros. Debido a que sus amados padres habían luchado tanto para escapar de las fauces de la pobreza, para el momento en el

que usted ya había pasado por doce grados escolares y llegado a la graduación, sus compañeros se las habían arreglado para infligir heridas perjudiciales a su autoestima. Recuerdo que alguna vez me habló de la envidia que había sentido por los demás, quienes estrenaban ropa nueva y gastaban dinero cuando usted no tenía nada. En la reunión usted por fin fue capaz de mirar a esos mismos individuos a través de un par de ojos distinto. Me pregunto cuántos hombres que se han hecho millonarios por su propia cuenta se hallaban en esa reunión. Estoy muy contento de que usted haya asistido a ella.

—Después de escucharlo, Simon, yo también lo estoy. Además, ese domingo Bette y yo hicimos una visita que había sido largamente aplazada al cementerio; ambos les llevamos nuestros saludos a mamá y papá. Existen ahora muchas más lápidas en la sección donde se hallan enterrados que las que había cuando me arrodillé y lloré durante sus funerales, hace ya tanto tiempo. En lo que a mí concierne, ninguno de mis padres se encuentra allí; de todas maneras, siempre he tenido la sensación de que todo lo que tengo que hacer para poder comunicarme con ellos es tan sólo salir a caminar al patio, mirar hacia arriba y hablar.

Simon palmeó mi cabeza suavemente, como lo había hecho antes con tanta frecuencia.

—Estoy muy satisfecho de que haya usted vuelto por fin a sus raíces. Este estado único es una parte muy especial de la nación, y a pesar de que Nueva Hampshire tiene tanto que ofrecer sigue siendo uno de los secretos mejor guardados del país. ¿Sabía usted que casi el noventa por ciento de la superficie del estado se halla cubierta de árboles... superficie en la que

hay casi dos mil lagos y lagunas, doscientas montañas que alcanzan más de novecientos gloriosos metros hacia los cielos, así como treinta y dos kilómetros de una línea costera que quita el aliento, salpicada de minúsculas bahías de arenosas playas blancas?

—De verdad está usted subyugado por el lugar en donde pienso pasar el resto de mi vida, ¿no es así?

—En este arruinado mundo lleno de ruido, multitudes, contaminación y tránsito, se encuentra uno muy cerca del cielo en este lugar, señor Og. Cavernas glaciales, arbustos de frutillas, abedules blancos, pinos fragantes, interminables huellas de niebla en el cielo y largas pendientes en las colinas, manzanos en todas partes, impresionantes vistas desde la cima del Monte Washington, la calle principal más ancha de los Estados Unidos en Keene, las doscientas islas habitables en el Lago Winnipesaukee y, desde luego, el magnífico y milagroso despliegue que tiene lugar a principios de octubre, cuando las hojas de miles de maples estallan en flamantes rojos y dorados con toques de rosa, durazno y azafrán, haciendo un llamado a cada turista de la temporada otoñal para detener su automóvil y tomar una fotografía más. Así es, amigo mío, me gustan mucho su estado, su tierra y su bendito hogar. Usted y Bette hicieron una sabia elección; tiene usted por delante todavía muchos años productivos en este agradable lugar, en este solitario camino sucio, pues será aquí, amigo mío, donde recibirá la bendición de los dos mismos beneficios que el gran poeta de Nueva Hampshire, Robert Frost, apreciaba más por haberle ayudado a producir la verdadera esencia de sus escritos. ¿Conoce usted el trabajo del señor Frost?

—Sí, mi favorito es el libro *A Witness Tree*.

—Siempre me ha conmovido su poema, "The Gift Outright", que leyó durante la toma de posesión del presidente Kennedy. Creo que todavía lo recuerdo completo.

—Estoy seguro de eso —reí nerviosamente.

—Cuando Frost era un joven de veintitantos años se estableció en una granja en Derry, no muy lejos de aquí; y manifestaba que los diez años que pasó allí, haciendo un considerable trabajo de granjero y algo de labor de enseñanza, desempeñaron un papel muy importante en sus éxitos posteriores como ganador, por cuatro veces, del premio Pulitzer, así como el haber sido honrado como poeta laureado de los Estados Unidos. En su granja escribió más de la mitad de su primer libro, partes del segundo e incluso algo del tercero, todos ellos destinados a ser publicados y elogiados más adelante. Las dos ventajas que fueron tan decisivas en la vida de este brillante hombre durante sus años en la granja, fueron, como le contó una vez a un amigo, las únicas que tuvo en abundancia: tiempo y aislamiento. Más adelante admitió que no había planeado las cosas en esa forma debido a que las perspectivas que tenía no eran tan buenas, pero el tiempo... y la paz y quietud que le permitieron hacer ciertas consideraciones y reflexionar pasaron a ser los ingredientes perfectos en la conformación de su futuro. Tiempo y aislamiento, señor Og, muy bien pueden llegar a ser los bienes más preciados que cualquiera de nosotros pueda poseer mientras corremos frenéticamente.

—Bien —repliqué sacudiendo la cabeza— si su predicción es acertada entonces en verdad me voy a convertir en un hombre rico, ya que con toda seguridad tendré ambas cosas en abundancia. Cuando en

enero miro hacia afuera de las ventanas de mi estudio y veo un metro veinte de nieve acumulada en el exterior, no hay mucho más que hacer que poner otro tronco en el fuego y otra hoja de papel en la máquina de escribir.

Simon sonrió de lado con los ojos casi cerrados; ésta era su actitud acostumbrada cuando se hallaba a punto de tomarme el pelo o de retarme, según recordaba.

—Tal vez, señor Og, cuando usted mire hacia afuera en algún día invernal será saludado por la misma vista impactante y fuera de lo común que dejó perplejos a todos los ciudadanos de esta área a finales de abril de 1933. En apariencia había comenzado a nevar después de la medianoche; la nieve caía en forma tan rápida que había alcanzado casi un metro de altura para el amanecer. Sin embargo, ¡esta nieve no se parecía a ninguna otra que hubiera sido vista por alguien antes, en ninguna otra parte del mundo! ¡Era azul! Nieve azul... y puesto que la temperatura se mantuvo por arriba de los diez grados durante la mayor parte del día siguiente, la nieve azul no permaneció mucho tiempo en el suelo. Hasta el día de hoy no ha habido jamás ninguna clase de explicación, ni por parte del gobierno ni por parte de los círculos científicos, para aclarar el misterio; y por lo que respecta a los expertos en meteorología, esa peculiar nevada ¡ha sido la única en toda la historia registrada del mundo que fue azul! Tal vez algún día pueda utilizar ese suceso tan raro y extraño en alguno de sus libros.

¡Lotería, póquer! ¡Este era el momento! No tendría yo una mejor oportunidad que ahora. Tanto para mi paz mental como para la de Bette necesitaba en

forma desesperada algunas respuestas provenientes de Simon. Trataba de pensar únicamente en las palabras adecuadas, pero eso no me funcionó muy bien, de modo que solamente lo dejé salir.

—Simon —comencé— le he querido a usted casi desde el primer instante que lo vi parado en aquel viejo lote de estacionamiento en Chicago, y su influencia en mi vida nunca podrá medirse. En los minutos que acaban de transcurrir es la segunda vez que hace usted referencia a mi futuro. Dijo que tenía yo muchos años productivos por delante, lo que le hacía estar tan feliz de verme en este lugar, y... apenas ahora acaba de decir que tal vez algún día podría escribir acerca de la nieve azul de Nueva Hampshire. ¿Algún día? ¿Qué tantos "algún día" tengo? Para mi tranquilidad mental, y también para la de Bette, ¿podría por favor responderme estas dos preguntas?

Estirando su gran corpulencia, el anciano se puso de pie y caminó despacio en medio de las densas hierbas hasta que se recargó contra la pared elevada, viendo hacia mí.

—Primero —casi gritó— usted quisiera saber si a pesar de lo avanzado de mi edad todavía continúo en el negocio de trapero... si continúo rescatando seres humanos de las pilas de desecho y de las zanjas para guiarlos hacia ese brillante sendero que lleva a la paz mental, la satisfacción, el éxito, la esperanza y la felicidad. La respuesta es que todavía me encuentro en el negocio... aunque he recortado un poco mis actividades. En cuanto a la segunda y mucho más importante pregunta que usted quisiera que le respondiera, supongo que quiere saber por qué, después de mi aparentemente inolvidable desaparición de hace años,

seguida por mi larga y callada ausencia, he reaparecido de repente en su vida... a no ser que tenga yo algún motivo para creer que algo terrible está a punto de sucederle y que quiero estar cerca para hacer lo que pueda para salvar a un buen amigo. ¿Estoy en lo cierto?

Asentí, sintiéndome de nuevo muy desamparado ante sus poderes misteriosos. Simon volvió a sentarse junto a mí, se agachó, arrancó un largo helecho y lo contempló con intensidad al irle dando vuelta a la delicada espiga en su enorme mano.

—Señor Og, en una ocasión su amigo Thoreau hizo una observación muy sabia en la que se lamentaba por la enorme cantidad de personas que llevan una vida de silenciosa desesperación. El número de éstas ha aumentado en forma dramática en este país desde que usted y yo nos encontramos por primera vez a principios de los años setenta, y eso es muy triste. Parece que hay una epidemia de desesperación, frustración y pesadumbre difundiéndose por nuestra tierra y, para muchos, el don precioso de la vida se ha convertido en apenas algo más que una aterradora sentencia de miseria eterna y lágrimas. Casi cada día, por lo visto, nos ofrecen otro aparato exótico, electrónico o mecánico, prometiendo que nos facilitará la vida y que nos brindará un poco más de tiempo valioso que podemos considerar propio. En vez de eso, comenzamos apenas a descubrir que, si necesitamos todos esos aparatos nuevos y caros, ¡sólo es para poder aumentar nuestra productividad de modo que nos permita mantenernos sobre la multitud! Las esposas se han unido a los padres en forma permanente en el trabajo asalariado, no para proveer a la familia con algunas

de las cosas que mejoran la vida, sino para impedir que el hogar se hunda más aún en las deudas. Entretanto, desde luego, sus solitarios hijos tratan de salir adelante lo mejor que pueden por su propia cuenta. Además, después de sobrellevar durante todo un día largo y difícil numerosas fatigas y tensiones, con el añadido de los horrores de luchar contra un tránsito de abonados semejante a una trampa enrejada, queda muy poco tiempo o energía para ser un padre amoroso o una esposa atenta. Desde luego que los resultados son trágicos; vaya usted, amigo mío, a cualquier preparatoria grande: se afirma que usted descubrirá que la mitad de los estudiantes son hijos de padres divorciados... Y ese grupo de niños confundidos será en muchos casos, se lo garantizo, el desperdicio acumulado en las pilas de desechos de mañana. Señor Og, temo que aquellos que en verdad se encuentran viviendo y disfrutando el sueño americano se están convirtiendo en una especie en vías de extinción debido a que el mundo, como lo hemos conocido, se está desmoronando de una manera muy triste.

No dije nada. Intentaba concentrarme en sus palabras para poder recordarlas más adelante.

—Si hace quince años —continuó— cuando nos encontramos por primera vez, no había suficientes traperos que pudieran salvar a todas las personas que necesitaban ayuda y orientación para poder encontrar el camino que lleva al orgullo y la satisfacción, el día de hoy el problema es mucho más serio. Piense en este terrible hecho de la vida: en este bello día, mientras estamos sentados en este idílico escenario, más de cuatro millones de personas sin hogar caminan por las calles de los Estados Unidos, se hallan hambrientas

y temerosas por su seguridad, además de que tenemos a otro millón de individuos tras las rejas. Por desgracia, no existe ninguna medida de prevención que me permita detener el incremento, en volumen y velocidad, de esta terrible horda de humanidad desperdiciada que se anuncia para los años venideros. Los pocos traperos disponibles siempre pueden orientar a quienes se hallan bajo su cuidado, pero con toda certeza resultan impotentes para afrontar la epidemia de proporciones nacionales que nos amenaza.

Hizo una pausa; dirigió hacia mí la intensidad de sus bellos ojos cafés para asegurarse de que le estaba prestando toda mi atención.

—Señor Og, de la misma forma en que la vacuna de Salk impide que millones de personas sufran los efectos deformantes de la poliomielitis, nos encontramos ahora con la desesperada necesidad de algún recurso para terminar lo más rápido posible con esta enorme epidemia de fracaso y abandono. Yo tan sólo soy un trapero solitario y, aun así, he decidido finalmente que alguien tenía que hacer algo ¡y que ese alguien era yo! No tengo nada que perder si lo intento y tengo todo un mundo por salvar si triunfo; pero usted comprenderá que fue una decisión difícil debido a mi avanzada edad. A pesar de todas sus gentiles palabras sobre lo saludable de mi apariencia me he dado cuenta de que ya he vivido más que la mayoría de las personas y que tengo muy poco tiempo que perder para completar mi misión; de manera que con todas esas ideas en mente, viajé hacia aquí, a Nueva Inglaterra, ya hace más de un año, en busca de un lugar tranquilo y aislado en donde pudiera yo concentrar por completo mi atención en todos mis años de

experiencia como trapero de la humanidad. Mi meta fue la de desarrollar un nuevo tipo de remedio... una droga maravillosa consistente en unas cuantas palabras, si usted así lo quiere... algo que pudiera contener los más sencillos y poderosos ingredientes necesarios para evitar que una persona se infecte de inseguridad y trivialidad y que a la vez pudiera guiar a las personas, por medio del poder de su propia mente, para descubrir la satisfacción, la paz y la autoconfianza renovada de la que siempre han carecido.

—¿Por qué eligió usted Nueva Inglaterra... y por qué un camino secundario en Nueva Hampshire? —inquirí.

—Debido a usted; recuerdo con cuánto amor y añoranza había descrito este bello paraíso en la tierra siempre que hablábamos de él en Chicago. Usted amaba tanto estas tierras que supe que yo también lo haría.

Uniendo las manos y dando algunos aplausos siguió adelante:

—Fue así como en el transcurso de mis viajes un día eché anclas en Langville; me cautivaron de inmediato los caminos secundarios y los maples rojos, y por fortuna pude encontrar una cabaña cómoda a la que me adapté muy bien durante el año anterior, cuando intentaba transformar las lecciones que la vida me ha dado en una medicina sencilla pero efectiva que cualquiera pudiera asimilar... quien fuera. Quería así poder mejorar la vida de la gente, precisamente en los momentos en que el siglo veintiuno y el tercer milenio se nos acercan con toda rapidez.

—¿Entonces no ha venido a rescatarme de algún destino terrible?

Al decir esto no pude contener un profundo suspiro. El anciano elevó en alto su mano derecha y sentenció:

—Le juro que yo me encontraba tan sorprendido como usted cuando nos volvimos a encontrar... y, desde luego, también muy regocijado. Si lo desea, piense en esta estadística tan sorprendente, querido amigo: en mil metros cuadrados de terreno caben siete lotes de ciento cuarenta y nueve metros cuadrados cada uno, que se podría decir, es el área aproximada de este viejo encierro. Ahora bien, en los Estados Unidos hay 9,363,498 km^2, o, en otras palabras, sesenta y dos mil millones de lotes cuya superficie tiene el tamaño de este lugar. ¿Cuáles son las probabilidades de que usted y yo nos encontremos aquí, después de quince años sin tener ningún contacto, dentro de este único, peculiar y minúsculo complejo de doce metros cuadrados? ¿Más de seis millones y medio a uno? Yo diría que ese sí fue un premio de la lotería. No, señor Og, el que usted se mudara tan cerca de mí sólo puede ser un milagro, nada más... Así como una respuesta a mis plegarias.

—¿A sus plegarias? —le pregunté sorprendido.

—Sí, hago exactamente lo mismo que usted cuando me encuentro ante una situación que no puedo controlar; trato de encontrar un lugar en privado, me arrodillo si es posible, uno mis manos en plegaria mirando hacia lo alto y sólo digo: "necesito ayuda". Siempre me ha funcionado en el pasado... ¡y resultó también esta vez! Vea usted, sé qué es lo que se le debe decir a la gente y cómo aconsejarla para que pueda mejorar su vida, pero... pero en el transcurso de los largos y solitarios meses que llevo aquí he descu-

bierto una triste verdad sobre mi persona: a mi edad ya no soy capaz de poner por escrito mis pensamientos de manera que puedan irradiar el mismo poder y claridad que tenían en años anteriores.

—No lo entiendo; habla usted de manera tan bella y coherente como siempre lo ha hecho, y no hay nada malo en absoluto con su memoria; escribir debería ser algo sencillo para usted.

Simon volvió a suspirar y balanceó con aflicción la cabeza.

—Créame, señor Og, no lo es, y me temo que mi misión aquí se encuentre en peligro de fracasar. Espero que en nombre de los viejos tiempos usted prometa hacerme un favor especial y me vaya a visitar a mi cabaña el próximo martes en lugar de encontrarnos aquí. No queda lejos; sólo tiene que seguir por Old Pound Road unos doscientos metros adelante y dar vuelta a la derecha en el camino angosto y maltrecho; siga por este sendero y llegará directo a mi puerta. Por favor dígame ¿vendrá usted señor Og?

—Desde luego que sí; estoy muy honrado con su invitación, muchas gracias.

Aferró la cruz de madera que colgaba suelta del cordón de piel que tenía alrededor del cuello y suspiró con alivio. Luego se acercó y me dio un cariñoso abrazo.

—No, no... ¡soy yo quien le agradezco a usted! ¡Muchas gracias! Estaba prácticamente seguro de que podía contar con usted, pues de verdad necesito su ayuda.

¿Simon Potter *pidiéndome* ayuda? ¡*Ese* sí que era un milagro!

VIII

Después de los inicios de la primavera, cuando por todas partes de nuestros bosques y praderas las flores silvestres despiertan de su prolongada hibernación, experimenté una gran frustración debido a mi incapacidad para identificar por su nombre la mayor parte de esas resistentes vagabundas florales de la Madre Naturaleza. Por este motivo, con objeto de poder reconocer y comprender mejor las flores silvestres de Nueva Hampshire, pasé largas e intensas horas empapándome de saber en varias guías de campo, como si estuviera haciendo una investigación para un libro.

El martes por la mañana, cuando me dirigía a visitar a Simon en su cabaña, descubrí varios ramilletes de frágiles leche de gallina, con siete graciosos pétalos blancos sirviendo como marco perfecto para sus largos y dorados estambres. Cerca de ellas había quizá una docena de arbustos de clavelón de Indias, con sus pálidas y translúcidas cañas y sus graciosas y móviles cabezas elevándose desde el frondoso terraplén a lo

largo del lado norte de Blueberry Lane. Cuando al fin encontré el angosto sendero que me había descrito Simon y que comenzaba con Old Pound Road, me hallé rodeado de matas de higueras locas con sus ramilletes de espigadas flores de color rosa intenso, erguidas casi al nivel de mi vista. Avancé despacio y con mis brazos extendidos para poder hacer a un lado cuidadosamente las robustas cañas de estas altivas y nobles bellezas sin hacerles daño.

Debido a que la zona de Langville en donde nos encontrábamos se eleva varios cientos de metros por sobre los campos a nuestro alrededor, es común que haya por lo menos una suave brisa; uno termina por acostumbrarse a ella, a sentirla e incluso a escucharla cuando sopla entre los árboles. Sin embargo, en esta mañana brillante y soleada no había siquiera la más ligera señal de movimiento en el aire, de manera que el acostumbrado y continuo revoloteo de las hojas se echaba de menos. En medio del silencio, de pronto me pude dar cuenta de la presencia de un coro fascinante y extraño... zumbidos y susurros... chillidos y rechinidos... gorjeos y suaves gemidos... Todos eran sonidos de muy baja intensidad que casi nunca se escuchan: de insectos, pájaros, animalitos y sólo Dios sabe qué más, escondidos bajo la protección de la maleza cercana e inmersos en su rutina de todos los días. Es otro mundo, una realidad fascinante que aún estamos intentando comprender... y todo eso precisamente debajo de mis torpes pies.

La cabaña de Simon se internaba en el bosque a la distancia justa para no ser visible de Old Pound Road. Esperaba encontrarme con una robusta cabaña de troncos, semejante a tantas otras que rodean nuestros

lagos y estanques; por lo que casi me provoca un impacto mi primer vistazo del pequeño chalet, con sus paredes exteriores cubiertas tan sólo por tejas de madera sueltas. Desde luego que Simon Potter se merecía algo mejor que esto; él se encontraba en la puerta saludando y sonriendo a medida que yo me aproximaba.

—Bienvenido viejo amigo, bienvenido a mi humilde hogar. ¡Entre, entre! ¡Entre, entre!

Varios pinos viejos y un abedul inclinado se apretujaban muy cerca del extremo derecho de la cabaña y en el otro lado pude ver que el anciano estaba cultivando un huerto de verduras de buen tamaño. Al recordar la zona tan terriblemente congestionada en donde se encontraban mi oficina y su departamento, le pasé el brazo por los hombros y bromeé:

—No es como Chicago ¿verdad?

—Señor Og, Chicago es una gran ciudad, pero está usted en lo correcto: no es lo mismo, gracias a Dios; y, sin embargo, los problemas de las grandes ciudades están apoderándose muy rápido de nosotros, incluso en este tranquilo aislamiento. ¿Sabía usted que enormes flujos de bióxido de azufre expelidos por plantas de energía tan distantes como las de Illinois, junto con el abominable óxido de nitrógeno de millones de escapes de automóviles de las ciudades del este están lloviendo ahora sobre nosotros aquí arriba... aquí en Langville y en todo el resto de Nueva Hampshire? Nubes de vapor mortal se desplazan todo el tiempo a lo largo del país y después se dirigen hacia la costa este, acumulando más y más toneladas de los desechos que arrojan los escapes durante la jornada, los que finalmente, ¿dónde son depositados? ¡Aquí! ¡Lluvia áci-

da! ¡Polución! Nuestros árboles mueren ahora en elevadas cantidades, en especial el abeto rojo; las grandes ciudades han terminado por llegar hasta nosotros y ya no hay más lugares en donde esconderse... ¡ningún lugar!

—Thoreau dijo en una ocasión que la conservación del mundo se hallaba en la naturaleza.

—Si Thoreau viviera ahora estaría haciendo un fuerte escándalo —murmuró el viejo asintiendo con tristeza.

Simon me siguió al interior de la cabaña; apenas había dado unos pasos cuando me detuve en seco exclamando:

—¡Ohhh!

Movió afirmativamente la cabeza, entre orgulloso y complacido. Las paredes de la cabaña se hallaban cubiertas con duelas de pino claro nudoso. De las cuatro ventanas de la única habitación que el anciano había convertido en su hogar, colgaban unas limpísimas cortinas teñidas de color vino; una cama angosta, flanqueada por mesitas de noche con lámparas de peltre y llenas de libros, estaba colocada contra el muro de enfrente. En la pared de la izquierda había un ancho sofá de mimbre y, junto a él, un escritorio de cortina color gris, que estaba cerrado, y una silla giratoria. Una pileta esmaltada de color gris y una estufa se hallaban bajo la ventana posterior; el refrigerador estaba junto, así como una mesa de modesto tamaño y dos sillas; el cuarto muro se hallaba cubierto con libreros de piso a techo, llenos de libros, excepto por el espacio de una puerta cerrada que supuse era la del baño. En el centro de la habitación se acuclillaba una pequeña estufa de leña Jotul, color azul, sobre grue-

sos ladrillos rojos; los tubos plateados de su chimenea se elevaban directamente a través del techo de fibra de madera hacia el exterior; cerca de la estufa había un brasero lleno de leña, y encima del sofá colgaban varios grabados de retratos. A ambos lados de la cama descansaban pequeños tapetes trenzados. El lugar se encontraba impecable.

—Muy poco de lo que ve es de mi propiedad, señor Og; todos los muebles, así como la ropa de cama, la vajilla y la platería ya estaban aquí cuando me mudé. Esta cabaña se halla en una gran parcela de terreno que corre a lo largo de esta zona al oeste de Old Pound Road, y es propiedad de una agradable y millonaria anciana que vive en Francestown. Su único hijo pasaba aquí la temporada invernal para disfrutar el excelente esquí que se practica en la montaña Crotched, no muy lejos de aquí. Por desgracia, el joven se mató en un accidente automovilístico en las afueras de Roma, hace cerca de dos años, y aunque ella estaba reticente a alquilar el lugar, por fin cedió después de que hube empleado todo mi encanto durante una larga sesión de té. El sitio es perfecto para mí: cálido, acogedor y tranquilo me permite pensar y escribir.

—¿Cómo se las arregla para sus provisiones y sus alimentos?

—Estamos tan sólo a un kilómetro y medio de la pequeña tienda de abarrotes en el pueblo de arriba; la caminata me hace mucho bien; dejo mi lista de encargos con el dueño, el señor Hammond, y cuando él tiene una oportunidad me trae todo en su vieja camioneta *pickup*. Yo necesito muy pocas cosas, amigo, y tiemblo aún ante las proporciones astronómicas de su mudanza, realizada a sólo diez minutos de aquí.

—¿Tiene otro perro? —pregunté señalando el plato doble de plástico azul, desportillado y descolorido, que estaba en el piso, cerca del refrigerador, y que parecía contener comida deshidratada para perros en uno de sus recipientes y agua en el otro. Recordé a Lazarus, el *basset hound* multicolor que había sido su compañía constante en Chicago, quince años antes. Simon bajó la cabeza.

—No, ese viejo plato pertenecía a Lazarus; siempre lo mantenía lleno para él en Chicago y lo sigo haciendo... en recuerdo suyo. Verlo allí durante el día siempre me reconforta con la sensación de que él no se encuentra muy lejos. Lazarus vivió hasta la avanzada edad de dieciséis años, y aunque pensé en reemplazarlo después de su muerte, finalmente decidí que eso no sería justo para el nuevo *basset*, pues yo esperaría encontrar en él las mismas cualidades especiales y adorables que yo veía en Lazarus; pero, desde luego, no existen dos perros iguales. Ese plato es sólo mi homenaje a un viejo camarada, señor Og, aunque es bastante insignificante comparado al dramático tributo que usted le rindió a su *basset* cuando éste se alejó de su compañía. *El vendedor más grande del mundo, segunda parte* fue un trabajo magnífico; pero la dedicatoria del libro a su perro Slippers, fue una de las partes más emotivas que he leído y estoy seguro de que se la puedo recitar de memoria.

—Es usted muy amable; no hay muchos libros que estén dedicados a un perro y jamás imaginé las toneladas de correspondencia que iba a recibir de los amantes de los animales, agradeciéndome por amar tanto a mi compañero de orejas largas... como si eso hubiera sido difícil alguna vez. Hacia el final de su vida, las articulaciones de sus caderas se habían deteriorado tanto que apenas se podía parar o caminar, y todavía puedo recordar una noche en nuestro hogar, en Scottsdale, cuando abrí la puerta de la cocina y lo dejé salir a cojear por los alrededores de nuestra gran alberca para que tomara un poco de aire fresco. Pasados unos minutos descuidé mi vigilancia y, aparentemente, acercó demasiado su trasero a la orilla de la alberca, sin darse cuenta de que estaba jugando con el peligro. De pronto, su cadera derecha se desplomó y Slippers cayó a un lado... ¡en la parte más honda de la alberca! Simon, yo no puedo nadar ni una brazada; por ello supongo que lo que me impulsó fue eso que llaman "amor": sin dudarlo ni un instante salté dentro, con ropa, zapatos, reloj, cartera y todo lo demás, y afiancé a mi tambaleante amigo de 28 kilos de vuelta hasta el cemento; entonces, de alguna manera me las arreglé para salir del agua hacia el terreno seco, aunque todavía no recuerdo cómo. Cuando me fui a dormir todavía estaba temblando.

—De esta forma cada uno de nosotros, a su manera, sobrelleva sus pérdidas pero atesora los recuerdos, tal y como debe ser —dijo Simon, dándome palmaditas paternales en el hombro. Señalé entonces hacia los cuatro grabados enmarcados que colgaban encima del aparato de televisión; Simon negó con la cabeza y sonrió.

—No son míos; pertenecen a la bondadosa señora que es dueña de este lugar; me aseguró que tienen más de cien años de antigüedad.

Pude reconocer con facilidad los retratos de Longfellow, Lincoln y Emmerson, pero el cuarto rostro me dejó sin palabras. Permanecí de pie y me acerqué a la

imagen encuadrada que me contemplaba con ojos pacientes mientras oscuros mechones de cabellos descendían por su ancha frente a un lado de su ojo izquierdo. Se veía como alguien en quien yo podía confiar pero con quien jamás me gustaría tener un problema, bajo ninguna circunstancia.

—¿Quién es él? —interrogué.

—Señor Og, debería darle vergüenza. ¿Cómo puede ser un residente oficial de Nueva Hampshire y no conocer a Franklin Pierce, el único hombre de este estado que ha llegado a ser presidente de la nación? ¿Debo pensar en consecuencia que usted todavía no ha realizado una visita a la residencia Pierce muy cerca de aquí en Hillsborough? Si no lo ha hecho, debería hacerlo, ¿conoce la historia de este hombre?

Negué moviendo la cabeza.

—Franklin Pierce fue un brillante joven abogado, hijo de un antiguo gobernador. Cuando tenía sólo veinticinco años de edad fue elegido para la legislatura estatal de Nueva Hampshire; se convirtió en orador a los veintisiete y resultó electo para la Cámara de Representantes de los Estados Unidos dos años después. A la edad de treinta y tres años llegó a ser el miembro más joven del Senado de los Estados Unidos; alcanzó el rango de general brigadier durante la guerra con México y en 1852, a los cuarenta y ocho años, fue electo presidente de los Estados Unidos.

Simon me miró y levantó la cabeza para asegurarse de que le estaba prestando atención; moví afirmativamente la cabeza y continuó:

—La historia de Franklin Pierce es una de las más sobrecogedoras de la política estadunidense. Si las condiciones de su vida personal hubieran sido diferentes hubiera podido ser uno de nuestros mejores presidentes; es muy probable que incluso hubiera evitado la terrible tragedia de la inminente Guerra Civil, pues en verdad tenía la cantidad necesaria de inteligencia, valor e integridad para enfrentarse a cualquier reto, sin importar su dimensión y gravedad, con la excepción de uno: la terrible pérdida de todos sus seres queridos... uno por uno.

—Dos años después de que Franklin se casó con Jane Appleton, en 1834 —continuó contando Simon— tuvieron un hijo, Franklin, quien murió tres días después de su nacimiento. Siete años más tarde, su segundo hijo, Robert Frank, murió de tifo cuando tenía sólo cuatro años de edad.

El anciano hizo una pausa y cerró los ojos con sobresalto, como si tan sólo pronunciar estas palabras le causara dolor.

—Dos meses antes de su nombramiento como presidente, Franklin, Jane y su único hijo sobreviviente, Benny, de once años, abordaron un tren en Andover, Massachussetts, hacia su hogar aquí en Concord. Apenas habían viajado algo más de kilómetro y medio cuando uno de los ejes se rompió y el tren cayó en una profunda zanja: el pequeño Benny murió ante los ojos de sus padres. Entonces Franklin tuvo que afrontar esta terrible tragedia y hacerse cargo de una esposa que parecía haber perdido todos los vestigios de salud mental, así como prepararse para dirigir al país. Jane Pierce se negó a acompañar a su esposo a Washington para su toma de posesión, y después de que hizo su juramento, a pesar de tener el corazón destrozado, pronunció un discurso elocuente y magistral sin hacer la más mínima referencia a su

tragedia. Muy rara vez Jane aparecía en público, y mientras el nuevo presidente luchaba cada día con las pesadas responsabilidades de su cargo, recibía muy poco aliento y apoyo de una esposa que ya estaba muy perturbada mentalmente, y que pasaba la mayor parte de sus horas de vigilia en su habitación, escribiendo cartas para Benny, su hijo muerto. Jane, para todos los propósitos prácticos, se hallaba tan perdida para su esposo como sus tres hijos muertos. Jamás perdonó a su marido por la muerte de Benny; en cada oportunidad le recordaba que Dios había permitido que Benny muriera para que su padre se pudiera concentrar en su trabajo de ser presidente.

El anciano hizo una profunda inhalación.

—Señor Og, siempre ha sido prácticamente imposible servir como líder de esta nación, con todas las apabullantes responsabilidades que ello implica, a menos que uno tenga una esposa muy especial a quien acudir en busca de apoyo y fortaleza constantes. Franklin Pierce, desde luego, carecía de ella; y este hombre que había tenido una voluntad tan firme, tantos ánimos y coraje, fue perdiendo en forma gradual todo rastro de esas cualidades junto con la iniciativa y confianza que alguna vez habían sido en él tan poderosos. Los problemas de la esclavitud ya estaban comenzando a volverse violentos en muchos estados. En todas partes se hablaba de la Guerra Civil y, sin embargo, el líder de la nación no mostraba ninguna voluntad o habilidad para afrontar la crisis inminente; evitaba tomar decisiones, vacilaba, de ser posible no se comprometía. El hombre que alguna vez había prometido tanto, el hombre sin familia, se había vuelto tímido y débil; finalmente, su partido le asestó el

golpe de gracia con el peor de todos los insultos: se negó a postularlo para un segundo periodo, un suceso muy extraño en la política de los Estados Unidos.

Simon se sentó a mi lado en el sofá y lanzó un profundo suspiro. Luego continuó.

—Franklin Pierce regresó a Concord como un hombre destrozado, con un dolor inconsolable y un sentimiento de culpa impotente; vio cómo la nación que amaba se precipitaba hacia la guerra, una guerra que tal vez él hubiera podido evitar si el destino no hubiera destruido su capacidad para la grandeza. Hasta el día de su muerte no pasó casi un sólo momento en el que Jane no culpara a su esposo por la terrible muerte de Benny. En lugar de ser el excelente presidente que hubiera podido ser, su carrera es una de las peores. ¡Qué desperdicio tan enorme! Jane murió en 1863 y su esposo, que continuó siéndole fiel, que la había cuidado, protegido y amado durante casi treinta años, pudo ver cómo ella iba a reunirse con sus tres hijos. Franklin se les unió seis años después. A su sepelio asistieron muy pocos deudos.

—Simon, ¿hubiera usted podido cambiar en algo la vida de ese hombre si hubiera estado usted por allí en aquellos días?

Le hice esta pregunta luego de varios minutos de silencio, en los que sólo se escuchaba el fuerte tic-tac de un pequeño reloj de péndulo, colocado en la parte superior de un librero, y el llamado de un cuervo en el exterior.

—Así lo creo. Desde luego que en el caso de la primera familia de la nación, la principal dificultad hubiera consistido en establecer contacto con ellos. En caso de haberme sido destinados hubiera dedicado la

mayor parte de mi tiempo y esfuerzo al intento de consolar a Jane, de ayudarle a aceptar un pasado que ella era incapaz de cambiar; le hubiera podido dar la fuerza para enfrentar el futuro con esperanza y buena disposición en lugar de hacerlo con terror. Si la actitud de Jane hubiera variado, ese peso tan terrible no hubiera caído sobre los hombros de Franklin y tal vez, si esta ayuda se le hubiera brindado a ella en los inicios del periodo presidencial, una nueva clase de presidente hubiera podido ser lo suficientemente fuerte para prevenir tantas aflicciones, para él mismo y para esta nación. Claro que es fácil proponer estas posibilidades en retrospectiva. La verdad, señor Og, es que nadie sabe lo que hubiera podido suceder si un trapero de aquellos tiempos hubiera sido enviado a la Casa Blanca.

Simon se puso de pie y atravesó despacio la pequeña habitación, colocando una mano sobre su escritorio de cortina cerrado; levantó la cubierta con suavidad y ésta se deslizó descubriendo un interior atiborrado con papeles y con los bordes y ángulos de libretas amarillas de notas tamaño oficio.

—Señor Og —dijo recargándose en el viejo escritorio— tengo entendido que en su carrera como escritor usted ha sido coautor de dos libros ¿no es así?

—Sí, fui coautor de un libro llamado *Cycles: The Misterious Forces that Trigger Events*, con el profesor Edward Dewey, creador de la Fundación para el Estudio de los Ciclos, y después escribí *El don de la estrella*, con Buddy Kaye, un dotado letrista de muchas canciones de éxito, entre ellas, "Till the End of Time."

—¿Y en qué forma colaboró con ellos para escribir estos dos libros? ¿Qué papel desempeñó usted?

—De hecho, en ambos casos fue muy similar. El profesor Dewey me envió casi la mitad de una carga de camión con sus escritos sobre sus hallazgos en los ciclos del clima, el mercado de capitales, las manchas solares, y cientos de otros fenómenos diversos del hombre y de la naturaleza. Pasé más de un año leyendo y resumiendo su material, que con frecuencia era muy técnico, para hacer un libro sencillo, con mis propias palabras, para que pudiera leerlo una persona promedio y, así lo esperábamos ambos, maravillarse con este tema fascinante. Envié entonces el manuscrito a Dewey; hizo muchos cambios y sugerencias y me lo mandó de regreso; volví a escribir todo y se lo envié de nuevo; lo aprobó y fue publicado. El profesor Dewey, Dios lo bendiga, ya no se encuentra entre nosotros; pero tengo entendido que su fundación, establecida en California, sigue vendiendo nuestro libro, veinticinco años después de su primera edición. En el caso de Buddy Kaye, éste me escribió exponiéndome la idea de un cuento sobre un joven en Lapland que volaba un cometa rojo gigante; de esta forma atrapó una estrella y la trajo a la tierra, en donde ella descansaba en un árbol y le hablaba a nuestro joven de la vida, la esperanza y el amor. Me gustó tanto el concepto que accedí a escribir el libro; entonces se lo envié a Buddy para que me señalara sus sugerencias y cambios; incorporamos éstos al material y mis editores, Bantam Books, compraron el libro. Después de doce años la obra sigue disponible en edición de bolsillo.

—Eso es sorprendente, señor Og; como promedio, la mayoría de los libros se desvanecen para siempre después de un año y ¿aun así siguen vendiéndose catorce de sus libros después de todo este tiempo?

—No, solamente trece de ellos se siguen publicando. Una vez escribí un librito llamado *U.S. in a Nutshell*, que ayudaba a explicar esas enormes cifras con las que debemos enfrentarnos todos los días; la obra obtuvo buenas reseñas incluyendo, según recuerdo, una página entera en la edición dominical del *Sun* de Baltimore; pero el libro no fue debidamente promovido y eso sucedió antes de que mi nombre en un libro significara mucho; de modo que no se vendió bien.

—¿Así es que usted realmente escribió un libro que no se vendió por cientos de miles de copias?

—Sin duda alguna, así es.

El anciano sonrió como si ya lo supiera de antemano y sólo me estuviera tomando el pelo de nuevo. Lanzó un suspiro y señaló hacia la montaña de papeles en su escritorio explicando:

—He pasado la mejor parte de un año sentado en este escritorio y mi respeto hacia su profesión es mayor que nunca. La semana pasada revisé mis notas y pienso que he llegado a abarcar todos los principios necesarios, que no son muchos, que uno debe seguir para mejorar el curso de su vida. Señor Og, estoy convencido de que usted ha venido a este pequeño pueblo por alguna razón, o tal vez por muchas de ellas, aunque usted no sepa cuáles son. Espero que una de ellas sea la de prestarme su ayuda. Tal vez pueda usted recordar que una señora llamada Shirley Anne Brigs, una excelente escritora, le envió hace varios años una carta en donde afirmaba que hay una tierra de angustia y una tierra de fe, y que el puente que une a ambas es la esperanza. Continuó entonces diciéndole, amigo mío, que usted se dedica al negocio de la construcción, el negocio de la esperanza. Usted

le proporciona a la gente que está desesperada el vínculo con la esperanza que permite alcanzar la fe, y usted lleva esto a cabo con una de las herramientas más poderosas que Dios nos ha proporcionado: el don de la escritura.

A pesar de haber recibido un promedio de cien cartas a la semana durante varios años, recuerdo aún esa misiva tan conmovedora. Ni siquiera me molesté en preguntar cómo era que Simon la conocía. Simplemente puso sus manos en mis hombros y me dijo:

—Señor Og, todos mis bienes terrenales con excepción de mis amados libros caben en una mochila de equipo militar; no obstante, quisiera dejar tras de mí algo de valor, algo que pudiera ser compartido por todos en este mundo que amo tanto. Por favor, contribuya usted con algo de su gran talento en el intento de detener esta enfermedad que está arrasando con el mundo. Por favor, ayúdeme usted a reunir todos mis principios básicos para lograr un mañana mejor. Esa será mi herencia, mi legado, mi regalo para la humanidad: serán conceptos expresados con muy pocas palabras que, sin embargo, tendrán el poder de renovar vidas que están desperdiciándose.

—Sería para mí un honor muy grande trabajar con usted. ¿Cuándo comenzaríamos?

—Pronto, muy pronto; tal vez en un mes, o un poco menos, reescribiré por fin toda esta masa de notas para que usted sea capaz de dar algún sentido a mi terrible letra manuscrita. Para entonces ya habré repasado todo mi trabajo de modo que usted pueda hacerse cargo de mis conceptos y mis rudas lecciones aprendidas de la vida; así podrá darles la forma de un convincente manifiesto que tenga el poder de surtir

ciadas y respetadas en el mundo entero. Por suerte para nosotros existen todavía algunas áreas en donde anidan estas criaturas especiales de Dios aquí, en Nueva Hampshire; ésta tiene su nido de verano en un estanque de castores y lirios a más de medio kilómetro de aquí, dentro del bosque, en las ramas más altas de un elevado roble seco que se mantiene erguido en medio del agua.

—¡Mire el tamaño que tiene! ¿Este es el macho?

—Sí, la hembra es un poco más pequeña pero luce el mismo plumaje.

—¿Y ustedes dos son amigos?

—Es para mí un orgullo decir que lo somos. Hace unas semanas, cuando daba mi paseo matinal varios kilómetros adentro del bosque, llegué a donde este maravilloso ejemplar se encontraba enredado en una densa maraña de vides silvestres; de él provenían los sonidos más terribles que se pueda imaginar: eran fuertes llamadas de pánico y miedo evidentes; pero cuando me acerqué lentamente a él, cesó de pronto de gritar y forcejear y comenzó a observarme con cautela. Sólo cuando me acerqué lo suficiente empecé a preocuparme del daño que podría provocarme con su largo y delgado pico; pero como si casi supiera que yo estaba a punto de rescatarlo, se mantuvo callado y quieto del todo cuando comencé a cortar las firmes parras que lo tenían sujeto, hasta que al fin quedó libre. Me senté en el suelo y vi cómo se tambaleaba hasta que pudo pararse; abrió varias veces sus gigantescas alas; me miró primero con un ojo y luego con el otro, se alejó unos seis metros, miró de vuelta a donde yo estaba y finalmente se elevó de un salto en el aire, remontándose entre los árboles y muy alto hacia los cielos. No esperaba volverlo a ver pues me había hecho el propósito de no acercarme al estanque para no alterar ni a las aves ni a los castores.

—¡El es algo especial! ¡Sorprendente! Quizá le salvó la vida, Simon.

—Y ahora recibo mi recompensa, una y otra vez —contestó riendo Simon. —Casi diario mi amigo da vueltas en círculo a la cabaña durante varios minutos, aterriza en el techo de una manera poco graciosa, como acaba de escuchar, y deja caer de su pico algún objeto brillante que ha descubierto: una botella de vidrio, una lata de aluminio, un viejo peine y, en una ocasión, hasta un cencerro. Se queda allí parado hasta que le agradezco su regalo, y he llegado a encontrarlo esperando pacientemente, si no estoy en casa, hasta mi regreso. Después de que le agradezco extiende sus alas gigantescas y parte de inmediato. ¡Mire...!

Simon se alejó de mí y recogió la lata vacía de aluminio que la gran garza azul acababa de dejarle; el anciano agitó el brazo varias veces para mostrársela al pájaro y gritó:

—¡Gracias, mi amigo especial, muchas gracias!

Puedo jurar que el ave asintió con su cabeza antes de acuclillarse, elevar esas respetables alas y marcharse con un fuerte sonido de despegue. Rodeé con mi brazo los hombros del anciano y le dije:

—Simon, conociéndolo como lo conozco mucho me sorprendería si hasta ahora no le hubiera dado un nombre a su nuevo compañero.

—Ah, pero sí lo he hecho, señor Og; desde el momento en que lo estaba liberando de lo que hubiera podido ser un destino terrible ya lo estaba llamando Franklin.

IX

El mes de junio fue un don muy especial de Dios: durante días interminables toda la parte sur de Nueva Hampshire fue bendecida con brillantes cielos azul celeste, excepto por pequeñas e inofensivas nubes en forma de pelota de algodón que, en su ruta hacia el océano, desfilaban con lentitud sobre nuestra cabeza casi todas las tardes. Aunque la temperatura muy rara vez llegaba a los 25° C, el sol era deslumbrante e intenso; sus rayos imprimían un brillo resplandeciente a todo lo que tocaban, incluso a las personas de mal carácter. Las suaves brisas portaban la fragancia del pino y del pasto recién podado, y las noches eran perfectas para dormir, en ocasiones, bajo una sola sábana.

Bette y yo hicimos nuestro mayor esfuerzo para sacar toda la ventaja posible de la mejor temporada del estado en donde vivíamos. Cada miércoles por la mañana metíamos dos maletas en la parte trasera de nuestra *Grand Wagoneer* y nos lanzábamos a la carretera. En uno de nuestros viajes fuimos en busca de antigüedades coloniales para nuestra vieja granja; concretamente, deseábamos adquirir una mantequera de madera para realzar una de las esquinas de nuestra recién remodelada cocina *Early American*. Viajamos hacia el este, más allá de Concord, y pasamos el día a lo largo de la ruta 9, visitando por lo menos una docena de tiendas de antigüedades y adquiriendo muchos artículos viejos, como una cacerola golpeada cubierta de estaño y cobre con mucho carácter, grandes bobinas antiguas para usarlas como candeleros, un grabado de Wallace Nutting, moldes de aluminio para chocolate, portaplatones de metal y hasta un pequeño escritorio escolar de madera... pero no encontramos la mantequera. Nos hospedamos en una vieja casa colonial cerca de Durham para pasar la noche y desayunar, y el día siguiente intentamos visitar todas las sucursales de las fábricas en Freeport, Maine, desde la *Calvin Klein* hasta la *OshKosh B'Gosh*, así como el aturdidor almacén *L.L. Bean*, que permanece abierto las veinticuatro horas del día.

Otro miércoles nos encaminamos en dirección opuesta, hacia el noroeste, atravesando Nueva Hampshire y todo Vermont hasta que llegamos al pequeño pueblo de Charlotte, casi en el lago Champlain. En Charlotte se halla la Granja de Flores Silvestres de Vermont, un negocio próspero que ofrecía varias combinaciones de semillas de flores silvestres. Luego de recibir el catálogo, Bette y yo comenzamos a hablar sobre la posibilidad de darle a nuestro patio una retocada, ya que se estaba cubriendo muy rápido con espesos arbustos. Pasamos la mayor parte del día en la granja de flores, recorriendo más de doscientas cuarenta áreas de bellezas que le quitaban a uno el

aliento; allí había cientos de variedades de flores silvestres, que en su mayoría estallaban floreciendo en un increíble espectro de colores que abarcaba desde las flamantes amapolas rojas hasta las liebrecillas azul celeste, pasando por los jacintos blancos a las dalias rosas, blancas y doradas. Cuando salimos de allí habíamos tomado la decisión de que el "proyecto flor silvestre" estaría en nuestra agenda de la próxima primavera, después de realizar una poda profunda en nuestra pradera a finales del próximo otoño.

En otro de nuestros viajes nos dirigimos a Boston y logramos abrirnos paso a través del espantoso tránsito sólo para poder ir a sentarnos en el viejo parque Fenway (tan entrañable para el equipo de los Medias Rojas) y comer palomitas de maíz, tal como lo hice en algunas raras ocasiones con mi papá, en los días en que Joe Cronin era el director y ocupaba la posición entre la segunda y la tercera bases, y Jimmy Foxx tiraba jonrones hacia las nubes que flotaban por encima de esa amigable pared izquierda del campo. Desde luego que hubo que dar algo a cambio de ese viaje, ya que al día siguiente Bette se fue de compras a la calle Washington y yo tuve que cargar con sus bolsas atiborradas de compras.

Por lo general planeábamos nuestras excursiones para estar de regreso en la granja en la tarde del viernes. Los sábados y domingos los dedicábamos a descansar en la amplia y cómoda sala de estar que Curt y Edd habían levantado en la parte trasera de la casa; pasábamos el tiempo ya fuera leyendo, desayunando, tomando el almuerzo o simplemente escuchando la sinfonía de sonidos de los bosques cercanos. Los lunes acostumbrábamos hacer las compras de nuestras pro-

visiones, o si la despensa estaba llena, intentaba ir a jugar algo de golf. A veces elegía un campo de pocas dimensiones, pero difícil, que llevaba el adecuado nombre de Angus Lea, en Hillsborough; en otras ocasiones prefería uno de los más bellos campos de campeonato de veintisiete hoyos en el que hubiera yo jugado en todos mis años de andar detrás de esa obstinada pelotita blanca; se trataba del Campo de Golf Bretwood, en Keene. Por lo común nunca tuve problemas para encontrar a alguien lo suficientemente animoso para jugar conmigo.

Y, luego, estaban siempre esos martes. Cada semana, a las nueve en punto de la mañana, Simon y yo nos encontrábamos en el viejo encierro y siempre pasábamos, por lo menos, un par de horas juntos. Durante los primeros momentos de nuestro primer martes, el viejo se agachó para levantar una pequeña piedra de granito no más grande que su puño y la colocó en mi mano, preguntando:

—Señor Og, ¿sabe usted qué es ese material verde grisáceo que cubre un lado de la piedra?

—¿Alguna clase de musgo?

Sonrió y negó con un ademán.

—No, se trata de un ejemplo perfecto de la forma en la que sobrevive la naturaleza y, lo que es más, continúa floreciendo cuando el hombre no interfiere. Esta fina corteza escamosa resulta ser una de las plantas más complejas del mundo; se llama liquen y con toda probabilidad ha existido mucho antes que el hombre, aunque, puesto que no se fosiliza, no tenemos idea de su edad. Los líquenes son el ejemplo perfecto de la simbiosis, que es la forma en que se compenetran dos organismos diferentes para vivir juntos en una re-

lación mutua y benéfica para ambos. En este caso todos podemos aprender una lección, pues está usted observando la coexistencia de dos clases de plantas, una alga y un hongo, para beneficiarse entre sí. El hongo sirve como un refugio para la alga, impidiendo que ésta se seque de modo que pueda producir carbohidratos que el hongo utiliza entonces como alimento. Este organismo único en su género es tan resistente que se las ha arreglado para crecer en donde ninguna otra clase de vegetación puede sobrevivir, como el Ártico o el suelo del Valle de la Muerte. El liquen se utiliza en la fabricación de papel tornasol y como tinte en los paños de la firma Harris; pero una de sus funciones más importantes continúa siendo el proceso lento de transformar las rocas en tierra en donde todas las demás plantas puedan crecer. Se trata en verdad de un milagro: los hongos y las algas sólo pueden sobrevivir gracias a lo que comparten entre sí y, aún más, su unión no sólo posibilita su supervivencia sino que hace de este mundo algo mejor para todos nosotros.

Froté mis dedos a lo largo del áspero abrigo aguamarino de la piedra, lo que me recordó lo que se puede ver en el vidrio congelado de una ventana; algunos pedacitos se desprendieron y cayeron suavemente en el suelo.

—Mire estos muros de piedra, señor Og; como puede ver, muchas de las rocas se hallan cubiertas de liquen. Después de que haya llovido van a tornarse más oscuras, ya que el liquen absorbe una cantidad de agua que equivale a su peso multiplicado varias veces. ¡Un adorable muro tapizado de joyas de Dios! ¡Liquen! Otra creación que muy pocos de nosotros apreciamos rara vez.

La extensa gama de temas a los que Simon hacía referencia parecían ser sólo pensamientos que brotaban al azar, como los que a uno podrían ocurrírsele para tener una conversación interesante; y sin embargo, debido a mi experiencia previa con él años atrás, me daba cuenta de que simplemente estaba tratando de ayudarme a comprender sus puntos de vista con objeto de que yo estuviera mucho mejor preparado para proyectar sus pensamientos y sentimientos cuando por fin me dispusiera a escribir sus principios para la vida. Lo que seguía sorprendiéndome del viejo era su amplio rango de intereses así como la forma en la que siempre se mantenía al tanto de los sucesos más recientes. Hubiera hecho que la casa quebrara en un concurso de conocimientos generales televisado.

La preocupación de Simon por lo que el hombre estaba haciendo con el medio ambiente intervenía en muchas de sus conversaciones; una y otra vez repetía que, en realidad, no importaba mucho lo bien que nos las arregláramos para mejorar nuestras vidas si ya no teníamos aire puro para respirar, agua limpia para beber, o tierra para sembrar que no estuviera contaminada. Una mañana neblinosa apenas habíamos intercambiado saludos cuando se inclinó hacia adelante en su asiento de piedra y me preguntó:

—¿Conoce usted ese escarpado y gigantesco perfil masculino de granito que se halla al norte en el desfiladero Franconia, y que es mundialmente conocido gracias a uno de los cuentos clásicos de Hawthorne que lleva por título *El gran rostro de piedra*?

—Claro que sí.

—¿Sabía usted que la lluvia ácida está erosionando con gran rapidez esta maravilla natural única en su

clase? Ahora, cuando valientes trabajadores trepan por su escarpado rostro para aplicarle preventivos contra el ácido, el granito se desmorona en sus manos. En nuestros días, el perfil que inspiró a Hawthorne y a Webster ha cambiado en forma considerable desde entonces, y no puedo imaginarme cómo se verá dentro de un siglo. Por cierto señor Og, ¿le gustaría escuchar lo que escribió Webster acerca de ese maravilloso lugar?

—Le escucho.

Simon se incorporó, elevó sus manos con un gesto dramático y su elevada voz volvió a retumbar a través de los bosques:

—"Los hombres colocan en el exterior anuncios que representan sus actividades respectivas: los zapateros exhiben un zapato gigante, los joyeros un monstruoso reloj y los dentistas un diente de oro. Pero en la cima de las montañas de Nueva Hampshire, Dios Todopoderoso ha colocado una señal para mostrar que allí Él crea hombres".

En retrospectiva, mucho me arrepiento de no haber llevado conmigo una de mis pequeñas grabadoras para nuestras reuniones semanales, aunque no estoy muy seguro de que Simon lo hubiera aprobado. Cada semana, tan pronto como volvía a casa, escribía muchas notas para preservar en lo posible la mayor parte de lo que él había dicho.

Después de que hubo citado a Daniel Webster y volvió a sentarse conmigo en el muro de piedra, Simon siguió diciendo:

—Nuestras fábricas están escupiendo en el aire tantos materiales tóxicos y basura química que ahora hay, allá arriba, cinco kilos de desperdicio por cada

ser humano en este país. ¡Piense usted en eso! Las industrias en el estado de Kansas, para mencionar solamente a uno de los cincuenta estados culpables, están virtiendo más de treinta y dos mil kilos de fosgeno en el aire cada año, ¡y pensar que ese gas terrible mató a miles cuando fue usado como gas nervioso durante la Segunda Guerra Mundial!

Simon siguió adelante:

—Señor Og, tenemos en la actualidad cuatrocientos millones de automóviles en el mundo que están arrojando cada año más de quinientos millones de toneladas —sí, dije *toneladas*— de carbón en el aire que respiramos. Para completar la tragedia, se ha estimado que, a menos que se tomen medidas drásticas pronto, el número de esas emisiones se duplicará en los próximos veinte años. ¿Recuerda lo desagradable que era el aire en Arizona, y en especial cerca de Phoenix durante sus últimos años allí? Como estoy seguro de que usted ya sabe, el polvo y el humo del diesel, así como las venenosas emisiones de los automóviles, se han vuelto allí un problema tan grave que aquellas personas que conduzcan su automóvil durante octubre a febrero de cada año, sólo podrán comprar combustibles oxigenados especiales, como uno que se llama gasohol.

Simon fijó la vista a través de las ramas de los árboles en los pocos trozos visibles de cielo azul; dio un suspiro y continuó:

—Si el cielo se halla encima de nosotros, señor Og, de verdad que lo estamos profanando con nuestros *graffiti** más viles. El bióxido de carbono y el metano

**Graffiti*: inscripción obscena o de protesta hecha en muros, baños, etcétera). (N. de la T.)

de los combustibles que quemamos se han estado acumulando allá arriba en una gruesa capa que está impidiendo que el calor que absorbe nuestro planeta se disipe en el espacio; por lo tanto, aquí abajo la temperatura está comenzando a elevarse en forma lenta pero continua. Si la temperatura sigue elevándose, un desastre de la magnitud más espantosa será inevitable. Cuando comiencen a derretirse los casquetes de hielo del norte, la crecida de los mares va a terminar por cubrir y sumergir todas las grandes ciudades porteñas en los Estados Unidos, como Nueva York, Nueva Orleáns, Boston, Norfolk y San Francisco; las miles de granjas en el medio oeste que son el granero de este país se van a convertir en tierras desérticas, y la carencia de agua potable en lugares como Nevada y California nos traerá horrores inimaginables. ¿Todo esto es tan sólo palabrería de doble sentido sobre el día del juicio final? Juzgue usted mismo: los cinco años más cálidos en la historia registrada de nuestro país tuvieron lugar en la década pasada; tenemos por delante consecuencias escalofriantes para todos nosotros si no tenemos el valor para actuar.

Aprendí aun más sobre la tierra que estamos saqueando. Simon me informó que más de diecisiete mil arroyos de nuestra nación se encuentran contaminados; la mitad de nuestros seis mil depósitos de basura se llenarán y serán cerrados en la próxima década; destruimos más de medio millón de árboles cada semana tan sólo para imprimir nuestros periódicos dominicales; una proporción cada vez mayor de nuestra agua potable se encuentra contaminada; el

pescado, después de vivir en agua contaminada y envenenada, sigue sin ser sometido a una inspección federal en los Estados Unidos; y más de la mitad de la población de nuestro país vive en zonas insalubres en donde se violan las normas de regulación para la federación.

En otra de nuestras reuniones de los martes, Simon desplazó su preocupación por lo que le estamos haciendo a nuestro planeta hacia lo que estamos haciendo, o dejando de hacer para con el prójimo.

—Señor Og, sabrá usted que en este bello país nos estamos asesinando unos a otros a una velocidad nunca antes conocida en nuestra historia: se comete un asesinato cada veinticuatro minutos... ¡veintidós mil al año! Las armas más utilizadas en estos crímenes son armas de fuego de una clase u otra; esto es fácil de entender si usted considera que en nuestros días hay cerca de doscientos millones de pistolas en manos de propietarios particulares en los Estados Unidos. ¿En realidad es ésta la forma en la que queremos vivir? ¿Necesitamos todos de un revólver para poder sobrevivir aquí? Me agrada la parte de su discurso cuando mira a su público para preguntarle qué es lo que nos estamos haciendo a nosotros mismos y cita a continuación, algunas estadísticas aterradoras.

—Simon ¿también sabe usted de lo que hablo en mis conferencias? —solté sin poder contenerme.

Sonrió un poco avergonzado y asintió con la cabeza; entonces se incorporó, me dio la espalda y levantó la cabeza como si se encontrara ante una gran audiencia; acto seguido, citó casi de memoria las palabras de la última versión de mi discurso:

—"¿Qué es lo que nos estamos haciendo a nosotros mismos? El número de los adictos a la heroína,

cocaína y *crack* está creciendo en forma muy acelerada como para que podamos medirlo; en la actualidad consumimos más alcohol *per capita* que nunca antes en la historia. El año pasado, más de trescientas mil personas intentaron suicidarse en este maravilloso país. ¡Esa cifra equivale a la población de una ciudad entera! Cada mes se emiten más de cinco millones de recetas médicas para consumir Valium, y en la actualidad se están tratando más de cuatro mil casos nuevos de enfermedad mental cada veinticuatro horas. Debe *haber* una mejor forma de vivir. ¡*Hay* una manera más adecuada de vivir!"

—¿Cómo lo hice? ¿Fueron esas sus palabras?

El anciano me interrogó volviéndose hacia mí y contemplándome con aprehensión.

Había dado justo en el clavo; asentí sin poder decir nada y dejé que continuara, no sin arrepentirme una vez más de no estar grabando sus comentarios tan perceptivos sobre nuestro mundo.

—Casi medio millón de estudiantes desertan de la preparatoria anualmente, y tal vez al doble de esta proporción se le permite graduarse a pesar de que apenas pueden leer sus nombres. Tanto los padres de familia como las diferentes comunidades deben compartir la culpa por esta situación tan triste que se nos volverá a presentar como un problema a largo plazo. Más de catorce millones de niños viven en la pobreza en esta tierra de abundancia, y una de cada tres personas de color en edad de trabajar está desempleada. ¡Más problemas que enfrentar! Trate de imaginárselo, señor Og; a pesar de todas las advertencias por parte de los cerebros más respetados de la medicina, ¡todavía seguimos engordando en vez de bajar de peso, y

más de cincuenta millones de estadunidenses continúan fumando! El SIDA, esa enfermedad mortal que se supone es producto de nuestra generación, ya casi ha alcanzado las proporciones de una epidemia en nuestro pequeño planeta; según los datos de la Organización Mundial de la Salud, para el año 2000 podría haber seis millones de casos de SIDA en el mundo, y un promedio de dieciocho millones podrían estar infectados con el virus de inmunodeficiencia adquirida.

Simon hizo una pausa; en esa postura que ahora me era tan familiar estudió sus manos entrelazadas durante varios minutos, como si estuviera reuniendo y organizando sus pensamientos; entonces me miró y continuó hablando.

—Estamos llevando una vida tan tensa e insegura que en medio de la preocupación por nuestro propio bienestar hemos ignorado a dos grupos muy especiales de personas: los jóvenes y los ancianos. Casi un millón de chicas adolescentes se embarazan cada año; el promedio de suicidio para los adolescentes se ha duplicado en los últimos treinta años, y los arrestos de jóvenes han aumentado en un tres mil por ciento desde 1950; la principal causa de muerte entre el grupo minoritario de jóvenes entre los quince y los diecinueve años de edad es... ¡el asesinato! Estamos sembrando semillas terribles para la cosecha. En cuanto a los ancianos, los problemas relacionados con ellos son también muy graves. Señor Og, como lo hemos platicado con anterioridad, hoy en día ha aumentado el número de años de vida; de aquí que se haya calculado que más de treinta millones de ancianos vivirán solos a principios del próximo siglo. ¿Puede imaginarse los problemas que suscitará esa

situación? Además, el Instituto Urbano en Washington ha calculado que para entonces más de cinco millones de personas de edad avanzada van a requerir de cuidado institucional, pero este tipo de atención es en la actualidad limitado y resulta tan costoso que la mayor parte de quienes lo necesitan no lo pueden pagar. Esto es muy triste, pero lo que resulta aterrador es que estas condiciones se darán a pesar del hecho de que nuestro gobierno ya está gastando mucho más en las personas de edad avanzada que en todos los demás programas enfocados al medio ambiente o a la educación. ¡Y aún así no es suficiente! Para complicar aún más las cosas, el rostro y los linajes de nuestra nación están cambiando a un ritmo veloz; para el inicio del nuevo milenio, en el año 2000, por primera vez en nuestra historia el mayor número de estadunidenses vivos serán descendientes de ramas no europeas.

Simon exhaló un suspiro profundo y volvió a sacudir la cabeza para continuar:

—El milenio: mil años que llegan a su fin y otros mil años por venir. ¿Sabía usted, señor Og, que durante las primeras semanas del año 1000, cuando se inició este milenio, el terror se apoderó de las personas en las naciones más civilizadas? Se pensaba entonces que el fin del mundo estaba próximo y que el día del Juicio Final era inminente. Durante los últimos mil años, tanto hombres como mujeres han actuado unas veces como bestias mientras otras se han encumbrado como si fueran ángeles. Hemos logrado asombrosos adelantos en la ciencia, la medicina, los transportes y, sin embargo, seguimos sin tener mucho o ningún conocimiento para saber cómo sobrellevar a nuestros vecinos o cómo debemos de pensar o de ac-

tuar para poder mejorar nuestras vidas. Pero, amigo mío, yo sigo creyendo con una fe inmensa que, antes de que sea demasiado tarde, la humanidad resolverá sus problemas y comenzará a realizar su verdadera meta al transformar este lastimero globo terráqueo en el paraíso en la tierra: una tierra plena de amor y comprensión hacia nuestra juventud, ternura y cuidados para nuestros ancianos, comida y refugio para los pobres, con aire bueno que respirar, agua pura para beber, buena salud para todos, con niños riendo y aves cantando y con cada ciudadano del mundo lleno de orgullo. Señor Og, ya es tiempo de que dediquemos todas nuestras energías para reclutar un ejército de traperos; en primer lugar deberemos llenarlos de valor, confianza y orgullo en sus habilidades y capacidades propias; de esta forma podrán iniciar su labor misionera, si así prefiere llamarla, para conducir a las masas hacia la reparación y reconstrucción de nuestro precioso planeta, para que cada quien, cada persona pueda ser capaz de vivir una vida mejor en el nuevo milenio... y más allá. ¡Pero no podemos retrasarnos! Mañana puede ser demasiado tarde. Primero tenemos que encontrar a nuestros traperos; luego los ayudaremos a convertir sus vidas en una fuente de poder, éxito y alegría. Una vez que se hallen empapados de confianza en sí mismos y en sus propias capacidades, entonces estarán preparados para conducir a los demás en la transformación de nuestro mundo en algo mejor; pero hay tan poco tiempo...

Simon buscó en el bolsillo izquierdo de su saco y extrajo una lata vacía; retiró su pipa apagada de mazorca de su boca con la otra mano y apuntó la boquilla de la pipa hacia la lata explicando:

—Este recipiente de aluminio fue el regalo matutino que me trajo mi amigo Franklin, la garza azul gigante. Señor Og, si yo tirara esta lata en el bosque que está allá atrás y nadie la tocara ¿cuánto tiempo cree usted que tardaría en descomponerse?

—No tengo idea, Simon.

—Según los expertos en estos temas, ¡por lo menos cien años! Es mi más ferviente plegaria que con su ayuda podamos elaborar un mensaje, breve pero intenso que represente una solución y una guía que iluminará el camino de todos aquellos que quieran ser conducidos por el sendero de un futuro promisorio. Y que también sirva para inspirar a esos traperos del mañana a guiar a las masas en el rescate de nuestro planeta y sus habitantes. Claro que rezo para que nuestras palabras puedan sobrevivir por lo menos... por lo menos tanto como este frágil recipiente.

X

Cerca del bosque que se hallaba detrás de la granja había siete matas silvestres de arándanos, cada una de ellas más alta que yo; se encontraban a una distancia suficiente como para que las elevadas ramas de los pinos no les impidieran disfrutar de los días plenos de luz solar. Hacia mediados de julio parecía que cada una de sus ramas estaba cargada con oscuros racimos de frutillas maduras, y puesto que dos de mis postres favoritos son el pastel y los bollos de arándano, Bette y yo habíamos tenido bastante trabajo. Si yo las cosechaba, ella las cocinaría; así que durante varias semanas hice todo lo que estuviera en mis manos para mantener a mi amante esposa cerca de los hornos de su cocina.

La mañana de este sábado había producido una cosecha abundante; casi un kilo y medio de fruta deliciosa a la que le hice lugar en el refrigerador. Ya que Bette se había embarcado en una excursión de compras a Concord, fui a mi estudio y me hice cargo de

una canasta rebosante de correspondencia; había estado esperando un día lluvioso para hacerme cargo del correo, pero no había caído una sola gota en más de tres semanas, y me estaba empezando a sentir cada vez más culpable a causa de las cartas sin responder.

Como siempre, no pasó mucho tiempo antes de que me hallara completamente inmerso en el contenido de cada sobre que abría, e hice mi mejor esfuerzo para escribir la respuesta adecuada a una carta tras otra, ya fuera sencillamente un cariñoso "gracias" por algunas amables palabras de elogio por alguno de mis libros, o bien respuestas más extensas de consejo y consuelo apoyadas en mis experiencias y que dirigía a alguien cuyas palabras sugerían que, tal vez, se estaba acercando en forma peligrosa a un punto crítico en la vida. Lo que siempre me ha sorprendido y complacido en casi cada una de las cartas que he recibido es el tono amistoso y abierto del remitente. A partir del momento en que esa persona ha leído un libro de Mandino ya no soy un extraño para ellos, de modo que siempre se dirigen a mí como a un respetable amigo.

Luego de dedicar aproximadamente una hora a escribir cartas sin parar, me enfrasqué en el largo y laborioso proceso de cambiar una cinta inservible de mi máquina de escribir. De pronto un fuerte y atemorizante golpe sonó en el techo, justo arriba de mi cabeza; en cosa de segundos me alejé corriendo de mi silla en el estudio hacia la puerta delantera de la cocina, con la seguridad de que una pesada rama seca que había estado colgando en forma precaria del imponente fresno por encima de la casa, había terminado por caer. Bajo el brillante sol del mediodía caminé

unos pasos por el prado del frente antes de voltearme a mirar el techo de mi estudio.

—¡Franklin! —grité con voz ronca a mi visitante sorpresa cuando hube dejado de reír—. ¡Has comenzado a practicar tus aterrizajes! Como antiguo cadete de la Fuerza Aérea quiero decirte que si tuvieran una escuela de entrenamiento de vuelos para garzas azules gigantes ¡te hubieran echado fuera hace mucho tiempo!

La gigantesca ave levantó su pico amarillo y me contempló con algo de desprecio antes de comenzar a pararse en una y otra de sus patas café verdoso para lograr un mejor balance en el techo inclinado; luego inclinó su largo cuello en mi dirección, parpadeó varias veces, elevó sus magníficas alas y partió sin emitir un sonido. Observé con un poco de temor cómo Franklin se remontaba cada vez más hacia el norte, hasta que su silueta huidiza se desvaneció tras las puntas de algunos robles muy altos.

—¡Buenos días, señor Og!

Era Simon Potter. No lo vi ni lo escuché aproximarse, pero allí estaba, parado atrás de mí en nuestro sucio camino, con un raído maletín café en una mano mientras que con la otra sostenía un gran cayado para apoyarse. Corrí hacia él para abrazarlo.

—¿Ha decidido por fin venir a visitarme? ¡No puedo creerlo... y viene con escolta!

El viejo sonrió aprobatoriamente antes de retirar de sus labios su eterna pipa de mazorca apagada.

—Hace una semana me hice la promesa de que un día tendría la alegría de visitarlo en su casa; pero no me permitiría este gran honor y placer hasta que hubiera terminado de revisar y reunir mis hallazgos

sobre la vida y la felicidad para que pueda usted comenzar a reunirlos para mí... y para el mundo. Hace mucho tiempo aprendí que la mejor forma en la que puedo emprender cualquier tarea o reto difíciles es prometerme una recompensa de algún tipo, pero la recompensa sólo podrá ser mía después de haber realizado ese compromiso a mi entera satisfacción. Acababa de salir de mi casa para venir a visitarlo cuando apareció Franklin con otro regalo para mí: esta vez fue un destornillador oxidado. Una vez que lo agradecí y continué mi marcha subiendo por Old Pound Road hacia la esquina de su calle, me di cuenta de que el ave estaba dando vueltas bajas sobre mí; me pregunté si me acompañaría todo el camino y estoy contento de que así lo haya hecho. Parece, señor Og, que lo ha aceptado dentro de su reducido círculo de amigos.

—Me siento muy honrado. ¿Esto significa que está usted listo para ponerme a trabajar? —pregunté señalando el viejo maletín que Simon traía.

—Si usted tiene todavía la disposición.

—Estoy dispuesto si usted lo está —repuse rodeando su cintura con mi brazo—. Entre a mi casa, viejo amigo; sólo lamento que Bette no se encuentre aquí.

—Lo sé, y es mejor para ella de esta manera —respondió Simon con una sonrisa.

Cuando entramos por la puerta del frente, Simon se detuvo haciendo un ademán hacia el libro de visitantes que, con su pluma, descansaba en el botiquín.

—Jamás en mi larga vida he firmado el libro de visitantes de nadie.

—Permita que éste sea el primero —solicité al tiempo que le alcanzaba la pluma y abría el libro.

—¿Puedo?

—Por favor.

Me coloqué junto al anciano y lo observé mientras escribió con una fluida letra de molde que era casi caligrafía *Simon Potter*. Junto a su firma, en la columna donde se escribe la dirección, puso las palabras *Planeta Tierra*. Una vez que Simon colocó su enorme cayado en la esquina del recibidor y dejó su maletín junto a la pared, recorrí con él la casa completamente reconstruida, desde las habitaciones de la parte superior, y el cuarto de costura de Bette, de regreso a la escalera por la sala, el comedor, la cocina y el porche trasero. Al principio me sentí un poco extraño paseando al anciano por habitaciones que eran mayores que todo el espacio en donde él vivía, pero parecía disfrutar cada minuto y estaba especialmente encantado con el cuarto que Bette y yo habíamos bautizado como nuestra "habitación de Arizona" Esta era enorme, y estaba acabada de construir siguiendo el diseño que nuestro hijo Dana había proyectado para colocar nuestro aparato de televisión cuya ancha pantalla medía 1.80 de ancho. Casi desde el principio había sido evidente para nosotros que nada de lo que hiciéramos lograría que esta habitación armonizara con el estilo campestre antiguo del resto de la casa. Por lo tanto, desde sus cortinas, alfombras y papel tapiz color coral opaco, beige y azul, hasta sus cómodos asientos para diez personas, la habitación quedó transformada en un pequeño cine con atmósfera del suroeste del desierto, la que contribuían a acentuar muñecos de kachina, serigrafías y acuarelas originales de DeGrazia, armas antiguas, y platos de porcelana para colgar que habíamos traído de nuestra casa en Scottsdale; tam-

bién figura la proclamación del gobernador de Arizona, debidamente firmada, desde luego, declarando el 3 de marzo "El día Og Mandino". Incluso me las arreglé para encontrar en un supermercado en Concord algunas variedades de cactus grandes originarios de diferentes lugares; los cactus florecían en un recipiente grande de latón colocado en una esquina, debajo de la fotografía en tonos sepias del gran artista de Arizona, ya fallecido, Ted DeGrazia, con su dedicatoria para mí. Simon se hallaba intrigado en particular por la enorme pantalla de televisión, de modo que hice que se sentara en mi sillón favorito, que era el asiento más alejado de la pantalla, y prendí el equipo; no dijo nada y ni siquiera creo que haya parpadeado una solo vez al contemplar la pantalla mientras escuchábamos un noticiero de una estación de Boston; el viejo tenía la boca ligeramente abierta y una expresión de arrobo casi infantil en su rostro. Al fin, lanzó un suspiro, se dio una palmada en las rodillas con sus manazas, se levantó y me dijo:

—Señor Og, éste es un hogar muy especial y me alegro por Bette y por usted. Si fuera de mi propiedad no estoy muy seguro de tener su capacidad para salir de aquí, como lo hace con tanta frecuencia, para continuar desempeñando sus obligaciones con las conferencias, los autógrafos de libros y las apariciones en radio y televisión en tantas ciudades distantes. Con toda seguridad su motivación ya no es la necesidad de dinero.

Sonreí pensando que Simon sabía tanto de mí, que no era improbable que también tuviera una idea bastante aproximada de mi capital neto.

—Simon, querido amigo, todo esto es culpa suya.

Usted me encaminó hacia este rumbo de mi vida hace muchos años; yo sólo trato de seguir sus pasos, aunque jamás he estado cerca de ser el trapero que es usted; únicamente lo sigo intentando y de vez en cuando sucede algo que haría que usted estuviese orgulloso de mí.

Simon se inclinó hacia mí y besó mi frente diciendo con ternura:

—Lo sé, señor Og, usted ha aprendido el secreto de la felicidad que los hombres de sabiduría han proclamado desde el inicio de los tiempos. Henry Drummond escribió que no había felicidad en tener o conseguir, sólo en dar; Séneca nos dice que aquel que hace el bien a otro lo hace también para sí mismo, no sólo en sus consecuencias sino en el acto mismo; y creo que fue Emerson quien nos recuerda que el mayor regalo que le podemos dar a otra persona no es oro, plata o diamantes, sino el don de nosotros mismos. Ahí encontramos de nuevo esa definición del altruismo, señor Og, esa dedicación desinteresada hacia el bienestar de los demás. ¿Y se ha dado cuenta de lo mucho que se nos retribuye cuando nos empeñamos en la misión de ayudar a los otros?

Volvimos a atravesar la sala hasta llegar cerca de la entrada; me agaché por el maletín que Simon había dejado junto a la pared, lo puse en sus manos y lo invité:

—Hay una habitación más que tiene que conocer: mi estudio. Venga conmigo.

Simon me siguió a través del comedor y la cocina, pero se detuvo cuando apenas había dado unos pasos en la mullida alfombra del estudio; se volvió muy despacio de derecha a izquierda, estudiando cuidadosa-

mente la pared de fotografías dedicadas de celebridades, las placas y los premios que he recibido, los cómodos sillones junto a las dos ventanas que dan hacia el norte, la chimenea y las paredes llenas de libros, así como mi gran y desordenado escritorio de roble. Entonces, volvió a colocar su maletín en el piso y caminó hacia el primer muro de fotografías; con las manos a la espalda recorrió muy despacio toda la habitación sin pronunciar una palabra. Se detuvo ante un recorte de un artículo periodístico enmarcado y que tenía el título: "El mejor escritor de artículos de ayúdese usted mismo en el mundo". Se inclinó para estudiarlo más de cerca, luego se enderezó y musitó casi en un susurro:

—¡No puedo creer lo que veo! Claro que jamás estuve en su estudio de Scottsdale, pero en su libro, *Una mejor manera de vivir*, describe usted con gran detalle esta habitación tan característica.

—Así es.

—Pero... pero, esta pieza, este estudio de su casa de Nueva Hampshire se ve exactamente como el estudio que describe usted en ese libro, ¡excepto porque aquél se hallaba en Scottsdale!

—Simon, cuando estaba escribiendo *Una mejor manera de vivir*, tenía muchos deseos de que mis lectores se sintieran a gusto conmigo, esto posibilitaría la apertura de sus mentes para aceptar mis sugerencias sobre cómo vivir una vida más satisfactoria. De manera que en ese libro los invité a mi casa, hice que se sentaran en mi estudio en Scottsdale, e intenté con todas mis fuerzas hacerles creer que en realidad se encontraban dentro de mi casa; por eso describí con todo detalle casi todo lo que había dentro de esa habitación

tan especial en donde había escrito nueve libros, así como el recuerdo más pequeño de mi pasado. Después, como usted sabe, comenzaron a ocurrir cosas; cosas que yo no había planeado, como un viaje a Boston que terminó con nuestra compra de esta vieja granja de Nueva Hampshire. En el momento en que se publicó el libro *Una mejor manera de vivir*, ese estudio de Scottsdale ya no existía, pues habíamos vendido esa casa y nos habíamos mudado; yo me sentía muy culpable por ese capítulo de mi libro; era como si no estuviera siendo honesto con quienes leyeron el libro y me otorgaron su confianza.

—¿De modo que usted convirtió este antiguo cuarto de verano en una réplica exacta de todo lo que describe en su estudio en Scottsdale? —prorrumpió Simon haciendo un ademán con la mano derecha por toda la habitación—. ¡Es sorprendente!

—Tanto como pude. Este lindo lugar es un poco mayor; en la parte de atrás tiene una vista de los bosques que es invaluable, y los enormes libreros que Dana diseñó son mucho más bonitos y espaciosos; además, ahora tengo una chimenea; pero todas las fotografías, regalos y recuerdos de mi vida siguen ocupando en muchos de estos libreros el mismo lugar que tenían en Arizona.

El anciano lanzó un suspiro y sacudió la cabeza antes de avanzar despacio hacia la pared de las fotografías; su elevada figura casi se dobló al estudiar la foto autografiada de Charles Lindbergh, al álbum de platino de Michael Jackson, *Off the Wall*, con una dedicatoria grabada para mí, y todas las demás fotografías dedicadas. Luego, de la mesa de café de ónix y latón que estaba entre los dos sillones, levantó un pa-

quete de cassettes plateado, rojo y blanco, de la Bantam, que contenía *El vendedor más grande del mundo*; lo sacudió en mi dirección varias veces y me preguntó:

—¿Recuerda las inmensas oleadas de emoción que experimentó el primer día que llegó a los estudios de grabación de la RCA en Nueva York, allá por 1987, para grabar este cassette con un reparto de actores de Broadway?

—¿Sabe usted incluso lo que pensaba y sentía ese día en particular, hace años... y todavía lo recuerda?

Simon se encogió de hombros con una sonrisa.

—De acuerdo —continué dándole una palmada en el hombro y señalando hacia uno de los sillones— pongámonos cómodos y entonces me platicará usted sobre mi sesión de grabación en Nueva York.

Se sentó y, después de haberse quitado de la boca la vieja pipa y ponerla sobre la mesa, adoptó durante algunos instantes esa familiar actitud que consistía en descansar los codos sobre las rodillas a la vez que estudiaba sus manos entrelazadas con gran concentración.

—Primero, señor Og, debemos volver a 1945. Después de haber cumplido con su país y abandonar la Fuerza Aérea, llegó a la ciudad de Nueva York con menos de mil dólares que se las había arreglado para ahorrar durante su servicio militar; ahí, junto a la plaza Times Square, rentó un pequeño departamento de una sola habitación sin elevador; compró una máquina de escribir de segunda mano e intentó realizar su sueño, que era también el sueño de su madre: el de convertirse en un escritor. Pero fracasó. No importaba que usted escribiera cuentos breves, artículos y hasta notas de relleno... nada era del menor interés para las

personas de las revistas a quienes acudió; finalmente, con sus ahorros a punto de agotarse, abandonó su sueño y regresó rechazado y decepcionado, a su nativa Nueva Inglaterra.

Tras una breve pausa Simon siguió adelante.

—Han pasado más de cuatro décadas y ahora estamos en el año de 1987; usted se halla de nuevo en la ciudad de Nueva York, esta vez para grabar una versión sonora de su gran clásico, *El vendedor más grande del mundo*, la primera de muchas grabaciones que haría usted para Bantam. Después de desayunar en el Hilton de Nueva York, en donde se hospedaba, caminó hacia la Avenida de las Américas; era una mañana bonita, de modo que caminó ocho cuadras al sur hasta los estudios de grabación de la RCA que no estaban muy lejos de la esquina, en la calle West Forty-fourth. Cuando llegó a su destino su respiración era un poco agitada; pero ello no se debía a la caminata sino a que usted poco a poco se fue dando cuenta de que esta calle, la West Forty-fourth, era la calle en donde había vivido en 1945. Emociones que usted no podía siquiera abarcar en su totalidad se agolparon en su interior al mirar esa calle angosta, sucia, llena de tránsito y regada con basura. ¡Nada parecía haber cambiado en todos los años que habían pasado desde que éste era su vecindario! Los sucios bares, tiendas de *delicatessen*, restaurantes chinos y mexicanos, desperdicios en la acera y en la calle, mendigos recargados en varios dinteles y el viejo cine Belasco parecían el escenario de una etapa a lo largo de un viaje en el tiempo. El estudio de grabación se veía prácticamente fuera de lugar, con sus puertas y ventanas de vidrio pulido. Y ahí, sobre la puerta de la

izquierda, se hallaba el número ciento diez. Usted tuvo que realizar un gran esfuerzo para recordar: ¿cuál era el número de su edificio de departamentos? Pero no tuvo suerte; echó un vistazo a su reloj de pulsera y vio que todavía tenía quince minutos. Más que suficiente! Caminó muy despacio, casi con inseguridad por la desgastada acera hacia Times Square. Cuando al fin se detuvo, se hallaba parado frente a un dintel de vidrio opaco, deteriorado y golpeado; encima de la puerta el número ciento cincuenta y ocho se hallaba colocado en viejos números de metal. Aquí era donde usted había vivido y luchado tanto, hace tantos años, ¡y aún estaba allí! Se acercó más al sucio cristal y formó una pantalla con la mano sobre sus ojos tratando de mirar el interior. ¡Allí estaban! Allí, en el muro, se hallaban los familiares buzones, tal y como usted los recordaba, y allí estaba también la empinada y estrecha escalera cubierta ahora con una alfombra. Retrocedió un paso y, antes de que se diera cuenta de lo que estaba sucediendo, ¡las lágrimas se derramaron por sus mejillas! ¡Habían pasado más de cuarenta años! El mundo que entonces lo había ignorado ahora le rendía homenajes: ¡usted tenía doce libros escritos y había vendido veinte millones de copias! ¡Había recibido la medalla de oro Napoleón Hill para el mérito literario y su nombre figuraba en *Who's Who in the World*! Los extraños que pasaban se quedaban viendo al caballero maduro que estaba llorando en público; por último, aspiró profundamente, se secó los ojos y regresó con lentitud por la West Forty-fourth hacia el estudio. Sin embargo, en el momento en que usted llegó a sus puertas se estaba riendo en voz alta, de modo que los transeúntes todavía se lo quedaban

viendo. ¡La vida! De pronto usted se dio cuenta de que, al menos en un aspecto, todas sus ambiciones y esfuerzos se habían cumplido durante los últimos cuarenta años. ¡Realmente era para llamar la atención que usted estuviera apenas a media cuadra en la misma calle del lugar en donde había comenzado su búsqueda de una vida mejor! Con toda calma miró hacia el cielo azul por encima de los elevados y sucios edificios, y susurró: "¡Gracias Dios Mío!" Después entró al edificio y fue a hacer su trabajo.

Estuve escuchando a Simon como si yo estuviera hipnotizado. ¡No se le había escapado un solo detalle!

—¿Quién es usted, en realidad? —pregunté sin poder contenerme.

Había amor, compasión y un poco de tristeza en los grandes ojos oscuros de Simon cuando me miró por un instante antes de ponerse de pie.

—Deje que le entregue lo que reuní de mis notas para que así pueda usted trabajar.

No comentó nada más, se agachó junto a mi escritorio, en donde había dejado su maletín, y volvió a su asiento. Abrió la vieja maleta de piel y sacó un delgado montón de papeles de varios colores y tamaños; los colocó con cuidado encima de la mesa del café y se quedó mirándolos durante unos minutos antes de volverse hacia mí.

—No parece ser mucho —dijo con voz suave— considerando que es el producto de toda una vida de trabajo.

Estuve a punto de replicarle mediante el recordatorio de los miles de vidas que había salvado y ayudado a reformar, incluyendo la mía; pero en lugar de hacer esto, permanecí callado. Simon Potter conducía

ahora nuestra entrevista y ambos lo sabíamos, así que me limité a arrellanarme en mi asiento y escuchar.

—Señor Og, si uno observa nuestro mundo y a sus actuales habitantes es fácil caer en los más profundos abismos de la desesperación. Contaminación, pobreza, impuestos, drogas, enfermedades y el aumento constante de la criminalidad nos confrontan hora tras hora y día tras día al grado en que la desesperanza amenaza convertirse en una forma de vida para muchos de nosotros. ¡No debemos rendirnos! A pesar del torbellino de maldad, fracaso y degradación que gira en torno a nosotros y a nuestros hijos, no debemos olvidar nunca que aún tenemos el poder y la capacidad de transformar nuestra vida y al mundo que nos rodea en un paraíso en la tierra. Nunca debemos de abandonar la esperanza, ni siquiera cuando estamos luchando por sobrevivir en medio de un océano de lágrimas. Hace cinco siglos un sacerdote francés que era un hombre muy sabio, Pierre Charron, dijo que la desesperación es semejante a un niño malcriado que le quitan uno de sus juguetes: tirará el resto al fuego en un arranque de ira. La desesperación conlleva la furia, se convierte en su propio verdugo, y cobra venganza de sus desgracias en su propia cabeza. ¡Nunca jamás debemos permitirnos llegar a esta trágica variante del suicidio al rendirnos ante nosotros mismos!

El anciano cambió de posición y miró por la ventana hacia los pinos y abedules cercanos. Yo permanecí callado. Entonces dijo mirando hacia los árboles:

—La desesperación es la hija del miedo y puede alcanzarnos, a cualquiera de nosotros después de haber perdido la confianza de que somos capaces para

enfrentarnos con los terribles problemas de la vida. Cuando llegamos a ese punto, pocos nos damos cuenta de que inclusive hemos perdido la fe en la omnipotencia de Dios para ayudarnos. Qué maravilloso será, señor Og, cuando contemos con nuestro ejército de traperos llenos de confianza e inspiración, dispuestos a rescatar a otros del tráfago del fracaso de modo que una gran cantidad de personas puedan contribuir en la creación de un mundo mejor. Bien, están allá afuera esperando ser salvados del tiradero de la desgracia que está en todas partes. Así que vamos a comenzar usted y yo. Tal vez podamos encender al menos una pequeña llama que prenda el cañón cuya explosión marcará el inicio del derrocamiento de estos terribles tiranos llamados desesperación, fracaso, pobreza, y todas las demás plagas que amenazan con destruir a la humanidad.

Simon señaló hacia sus papeles que estaban encima de la mesa del café y lanzó un suspiro.

—Durante las últimas semanas quemé varios grandes papeles plagados de mis garabatos. Cuando meditaba sobre ellos, de alguna manera parecían recordarme los miles de libros que están disponibles hoy en día sobre *cómo hacer* y que se refieren a cada aspecto de nuestra vida personal o profesional, a todas las reglas para administrar, vender, ser padres, para vivir. Son tantos los libros de esta clase que sin intentáramos leer y comprender tan sólo un pequeño porcentaje de ellos, de hecho no tendríamos tiempo para vivir y actuar. Mientras permanecía sentado en mi casita consideré qué era lo que le debía entregar a usted y cómo tendría que pedirle que manejara mis conceptos; finalmente llegué a la conclusión de que

nuestra misión más importante, suya y mía, era la de tratar de dirigirnos a la mayor parte de la humanidad, tanto como nos fuera posible, con un plan muy sencillo que, en caso de seguirse diariamente, daría un nuevo significado y fortaleza a la vida de cada persona. Una vez que la gente hubiera aceptado nuestras conclusiones haciéndonos formar parte de una rutina diaria, su capacidad para enfrentar los problemas y cambios en sus vidas y en el mundo que les rodea se vería incrementada en un ciento por ciento, a la vez que haría de ellos posibles candidatos para convertirse en traperos. De esa forma, a medida que compartiéramos nuestro mensaje con otras personas, día tras día, las peores pesadillas de la humanidad, desde la inanición hasta la lluvia ácida, los ancianos indefensos y otros tantos terrores que nos amenazan se irán convirtiendo en apenas algo más que unos cuantos problemas pero con soluciones.

Me estaba conduciendo hasta terrenos familiares y quería asegurarme de estar entendiéndolo.

—En otras palabras, Simon, lo único que usted quiere hacer es entregar la llave que le permitirá a cualquier persona recuperar la fe y la confianza en sus propias capacidades. Una vez que hagan uso de ella y logren por fin abrir esa puerta dorada, lo demás queda en sus manos.

Simon asintió vigorosamente con la cabeza.

—¡Exactamente! ¡Exactamente! Es una analogía muy buena, señor Og. Quisiera que reflexionara sobre los pensamientos que he puesto en el papel, que definiera para ellos un formato sencillo, y los convirtiera en una declaración breve pero poderosa que pudiera, eso espero, ser leída por los destinatarios todas

y cada una de las mañanas. Bastará con que hagan eso para que descubran, en sólo unas semanas, que la repetición constante de nuestro mensaje permite que sea absorbido por su otra mente, la subconsciente, y que a la larga actuará sobre la autoestima, la fe, la confianza, la esperanza y el entusiasmo que serán restaurados más que suficientemente para que cualquier obstáculo pueda ser sobrellevado. Es todo lo que podemos hacer y, sin embargo, es también lo mejor que podemos hacer por quien se encuentra en la necesidad de que le tiendan una mano. En una ocasión un sabio dijo que si usted baña a su gato éste jamás se volverá a lavar; para enseñarle realmente a su gato a ser limpio, debe usted revolcarlo en el peor lodazal que pueda encontrar y dejarlo por ahí; para cuando el minino logre acicalarse será un experto en limpieza. Lo mismo se aplica para todos los seres humanos: podemos iluminarles el camino, señor Og; pero cada quien, hombre o mujer a su propio modo, debe dar cada paso. A aquellos que buscan ayuda, que siempre es la mejor forma de auxilio, brindémosles el valor, la fe y la voluntad para ayudarse a sí mismos.

Debo haber mostrado una expresión confusa en el rostro, pues Simon se inclinó hacia adelante y me explicó:

—Señor Og, todo lo que estamos tratando de hacer es presentar algunas de las creencias más antiguas y poderosas sobre la vida en su forma más breve y sencilla. Si podemos enseñarle a la gente cómo volverse más sana, también podemos enseñarle cómo ser más feliz y tener mayores satisfacciones. Hace poco, la Escuela de Medicina de la Universidad de Stanford realizó un experimento con un programa para edu-

car a la gente con hábitos de salud pública a través de los medios de información, programas escolares y lecciones en dos ciudades de California, Monterey y Salinas. Se les dieron a los ciudadanos instrucciones muy sencillas para disminuir su nivel de colesterol, peso y presión sanguínea, dejar de fumar y aumentar sus actividades físicas. Después de varios meses, los resultados fueron comparados con las estadísticas de otras ciudades en donde no se aplicó ningún programa, de modo que Monterey y Salinas obtuvieron una ventaja considerable en todas las categorías estudiadas. Si podemos mostrarle a la gente cómo adquirir hábitos que disminuyan su promedio de ataques al corazón, también podemos enseñarle costumbres que incrementen sus probabilidades de éxito; estas personas, a su vez, serán capaces de enseñar a otros, y así sucesivamente...

—Estoy listo. Ahora dígame, viejo amigo, ¿hay algún formato en particular que quiere que yo siga?

—No quiero interferir con su capacidad creativa de ninguna manera, señor Og; sólo deje que sus palabras sean sencillas, poderosas y breves. Para aquellos con quienes podamos comunicarnos, quisiera que nuestro producto final pudiera ser su guía en la vida, tal vez un faro de esperanza, un conjunto de instrucciones que los conduzca a través de la oscuridad por el resto de sus vidas.

—Simon, dijo usted: "con quienes podamos comunicarnos". ¿Cómo pretende usted difundir su mensaje una vez que esté terminado?

Se estiró por encima de la mesa del café, puso sus manos encima de las mías y sin la menor vacilación me indicó:

—¿Quizá en un nuevo libro suyo? En esa forma, considerando el número de sus lectores, nos las podamos arreglar para sembrar millones de buenas semillas.

Pude sentir los latidos de mi corazón, pero permanecí en silencio por varios minutos, y entonces quise saber:

—¿Cuánto tiempo me va a dar usted para esto?

—Tómese el que quiera, amigo mío. Sé cuánto odia usted los plazos y no me atrevería a imponerle ninguno; creo además que sería muy poco adecuado, señor Og, ya que jamás podré retribuirle o agradecerle lo suficiente por su tiempo y talento. Tal vez, si decidiera usted hacer un libro...

—Su amistad es toda la recompensa que necesito, hombre único. Y otra cosa, ¿ha pensado usted qué tan extensa tiene que ser esta pieza?

—Debe ser muy corta. Los mensajes más poderosos en la historia siempre han sido breves y concisos: los Diez Mandamientos, la oración de Gettysburg de Lincoln, el Salmo a la Vida de Longfellow. Quisiera que los lectores fueran capaces de asimilar con rapidez nuestro mensaje, y me gustaría que lo leyeran cada mañana sin falta, antes de iniciar sus actividades diarias. Sabiendo lo difíciles que pueden ser las cosas por la mañana, pero también lo importante que es la primera hora de la vigilia, trate de hacerlo de tal forma que pueda ser leído en seis minutos cuando mucho. También asegúrese de que comprendan que debe ser leído cada mañana y que, si lo hacen así, sus vidas cambiarán a la larga, superando con mucho sus más ambiciosos sueños.

—¿Seis minutos? Seis minutos implican una redac-

ción difícil —comenté sosteniendo las notas que me había traído.

—No tenemos elección; si usted les proporciona un texto muy extenso van a perder el interés, señor Og, y sin interés no harán ningún esfuerzo para repetir la lectura cada mañana. La repetición es de vital importancia para grabar el mensaje en el subconsciente, y debe asegurarse de que sus lectores comprendan esto último.

—¿Mis lectores?

—Del nuevo libro —respondió con una tímida sonrisa. Me tenía en sus manos.

—De acuerdo; vamos a fijar un término para su conclusión. Excepto por una conferencia en el Hilton Head para los corredores de bienes raíces de Carolina del Sur, el mes de agosto está libre de interrupciones. ¿Qué tal al día siguiente del Día del Trabajo*... el cuatro de septiembre?

—Excelente. Desde luego, es un martes; vamos a vernos a la misma hora que todos los martes y que el lugar de nuestro encuentro sea el viejo encierro.

—De acuerdo.

Fuera de la puerta de la casa, Simon lanzó de pronto un quejido y señaló hacia el cielo oscuro del sur. Serpenteando entre los árboles y atravesando los cielos distantes lucía el arcoiris más grande y nítido que he visto en mi vida. La mayoría de los arcoiris por lo común se desvanecen en la punta del arco, pero este arcoiris prolongaba su arco hasta que éste descendía tras las colinas más lejanas, formando un

*En los Estados Unidos el día del trabajo no se celebra el primero de mayo, como en el resto del mundo, sino el 3 de septiembre. (N. de la T.)

medio círculo casi perfecto. Ambos permanecimos en silencio contemplando este magnífico espectro de color con pasmada admiración, hasta que Simon se dio la vuelta y observó:

—Sabía usted, señor Og, que la ciencia todavía no se explica todo lo que se requiere para que se forme un arcoiris?

Negué sacudiendo la cabeza y continuó:

—Lo que sabemos, según la *Biblia*, es que después del Diluvio, Dios se le apareció a Noé y anunció que el arcoiris que el patriarca contemplaba debía considerarse como una señal de paz entre El y todos nosotros. Eso me gusta mucho; siempre que contemplo uno, siento que Dios nos manifiesta que permanece allí. ¿Conoce usted a Edward Bulwer-Lytton, novelista inglés del siglo diecinueve?

—No.

—Dentro del conjunto de la obra de ese talentoso escritor hay un párrafo sorprendente que campea por encima de todos sus escritos y que conserva su validez a través de los años ya que resulta muy descriptivo y es prodigioso. Se trata de uno de mis favoritos de todos los tiempos. ¿Quiere usted escucharlo?

—Claro que sí.

—Señor Og, sucede que estas palabras de Bulwer-Lytton constituyen también una de las mejores descripciones que yo haya leído sobre lo que será nuestra próxima vida.

Simon aspiró profundamente, echó hacia atrás sus anchos hombros, se colocó enfrente del arco iridiscente que comenzaba a desvanecerse y recitó con su mejor voz de bajo profundo:

—"Hemos nacido para un destino más elevado

que el terrenal. Existe un reino en donde el arcoiris jamás se desvanece, en donde las estrellas se desplegarán ante nosotros como islas que dormitan en el océano y en donde, los seres que ahora pasan ante nosotros como sombras, permanecerán en nuestra presencia para siempre".

El anciano se volvió y me dio un abrazo; luego, estrujó mis mejillas y dijo con voz queda:

–Mizpah, señor Og... ¡Mizpah!

Mizpah, esas palabras tan especiales, de la bendición de Mizpah, del Génesis, capítulo 31; esas palabras que siempre han significado tanto para mí: *Que Yavéh vele entre los dos cuando nos hayamos separado uno del otro.*

XI

Durante las cinco semanas siguientes casi todos los días dediqué largas horas a revisar la breve colección de notas de Simon Potter. Después de despejar la amplia superficie de mi escritorio, haciendo a un lado inclusive el teléfono y la contestadora, acomodé las hojas de papel de diferentes tamaños que había en el maletín del anciano en hileras que cubrían por completo el área de madera. De esa manera, tomaría una por una las notas de Simon, las leería y reflexionaría sobre sus palabras, y con regularidad escribiría mis propios pensamientos y conceptos en una libreta tamaño oficio que descansaba encima de la máquina de escribir.

Al estudiar las observaciones tan concretas de Simon sobre la forma más adecuada para mejorar la vida, se reforzó en mí una creencia largamente sostenida y que había repetido en incontables entrevistas a lo largo de los años. Y es que nadie, en milenios, había podido crear un principio universal

novedoso para lograr el éxito y la felicidad. Muchas de las mejores reglas para una vida productiva siguen encontrándose en la literatura antigua, los cuentos de hadas y la Biblia. Por ejemplo, el concepto de "dar un paso más allá" del Sermón de la Montaña, evidentemente uno de los favoritos de Simon y mío, tiene tanta eficacia el día de hoy como cuando César gobernaba el mundo.

A través de sus notas también me complació mucho ahondar más en la firme creencia de Simon de que una repetición cotidiana de nuestros planes y aspiraciones, así como una reafirmación de las acciones necesarias para lograr esas metas, era la vía más efectiva y rápida para el éxito. Yo había sostenido métodos parecidos y técnicas similares muy fáciles de seguir en cada uno de mis libros. Una de las notas de Simon decía: "Todos a la larga terminamos convirtiéndonos en lo que hemos visualizado en nuestra mente y con el tiempo llegamos a creer cualquier cosa siempre que nos la repitamos las veces suficientes. En esa forma, si insistimos en nuestras metas, deseos y objetivos resueltamente, un día tras otro, terminarán por quedar en nuestro subconsciente y actuar en consecuencia. La clave para conseguir el éxito es alimentar a nuestro subconsciente, esa otra mente misteriosa que tenemos, con el alimento positivo adecuado, una y otra vez. El hombre aún no comprende cómo o por qué este proceso tan sorprendente tiene tanta eficacia, pero siglos de resultados positivos han demostrado en forma concluyente que es así. Tal vez un misterio aún más profundo es el de por qué tantos individuos no utilizan este proceso tan sencillo, pero tan poderoso, para ayudarse a realizar sus sueños. La

única explicación lógica es que todavía no son conscientes de él, lo que es muy triste, ya que ésta es una herramienta poderosa que todos los traperos utilizan de manera constante. Es claro que todavía tenemos mucho trabajo por delante".

El ensamblaje concreto de las poderosas palabras de Simon en un producto final no me tomó tanto tiempo como yo esperaba. Sus frases sencillas y elegantes necesitaban muy poco o ningún trabajo de redacción, y a pesar de las dudas que expresó sobre sus propias habilidades, estoy seguro de que él hubiera podido concluir este proyecto sin ninguna ayuda de mi parte. El astuto anciano probablemente decidió involucrarme para que le fuera más fácil convencerme de poner todo esto en otro libro. En cualquier caso, el producto final era todo suyo, como era mi intención que fuera. Tomando una de las expresiones que utilizó repetidas veces en sus anotaciones, le puso por título a este producto final: *Para el resto de mi vida...*

Para el resto de mi vida...

Para el resto de mi vida existen dos días que nunca más me van a afectar.

El primer día es ayer, con todos sus errores y lágrimas, sus tonterías y derrotas. El ayer ha pasado y permanecerá para siempre lejos de mi voluntad.

El otro día es mañana, con todas sus trampas y amenazas, sus peligros y su misterio.

Hasta que el sol vuelva a salir no pensaré en el mañana, pues éste todavía no ve la luz.

Con la ayuda de Dios y con sólo un día para concentrar en él todos mis esfuerzos y mi energía, el día de hoy ¡puedo triunfar! Solamente cuando añado el obstáculo de esas dos aterradoras eternidades, el ayer y el mañana, me encuentro en peligro de vacilar bajo el peso de mi carga. ¡Nunca Más! ¡Este es mi día! ¡Este es el único día que tengo! ¡Hoy es todo lo que importa! El día de hoy constituye el resto de mi vida y he decidido conducirme a lo largo de cada hora de vigilia de la siguiente forma:

Para el resto de mi vida, en este día especial, Dios mío, ayúdame:

a prestar atención a los sabios consejos de Jesús, Confucio y Zoroastro y tratar a cualquier persona que se encuentre, amigo o enemigo, desconocido o conocido, como yo quisiera que ellos me trataran a mí;

a mantener el control en mi lengua y mi carácter, cuidándome de no hacer tonterías, de la crítica y de los insultos;

a saludar a todos a quienes encuentre con una sonrisa en lugar de con una mueca y con una suave palabra de aliento en lugar de desdén o, lo que es peor, con silencio:

a ser comprensivo y atento ante las penas y los esfuerzos de los demás, entendiendo que en cada individuo se ocultan desgracias sin importar qué tan graves o leves puedan ser;

a darme prisa para ser agradable con los demás, comprendiendo que la vida es demasiado corta para ser vengativo y malicioso, y que termina demasiado pronto para mostrarme mezquino o cruel.

Para el resto de mi vida, en este día especia, Dios mío, ayúdame:

a seguir recordándome que para poder cosechar mayor cantidad de mazorcas en el otoño, debo sembrar más granos de maíz en primavera;

a entender que la vida siempre va a recompensarme en los términos que yo establezca, y que si yo no llevo a cabo o doy más de aquello por lo que se me paga, nunca tendré motivos para exigir o esperar ninguna recompensa adicional;

a dar siempre más de lo que se espera de mí, ya sea en el trabajo, o en la diversión o en el hogar;

a trabajar con amor y entusiasmo, no importa cuál sea la tarea que deba realizar, comprendiendo que si no puedo asegurarme la felicidad con mi trabajo, nunca sabré lo que es la verdadera dicha;

a perdurar en el trabajo que he elegido incluso cuando otros hayan desistido, pues ahora ya sé que el ángel de la felicidad y el caldero de oro esperan por mí sólo al final del esfuerzo adicional que no se impone límites.

Para el resto de mi vida, en este día especial, Dios mío, ayúdame:

a definir metas que puedan ser alcanzadas antes de que el día haya terminado, pues ahora ya sé que mudar los objetivos de una a otra

hora sólo me puede conducir a un destino: el puerto de la miseria;

a comprender que ninguna ruta hacia el éxito es demasiado larga si avanzo con valor y sin premura, pues no hay reconocimientos demasiado lejanos si me preparo para ellos desde ahora, con paciencia;

a no perder jamás la fe en una mañana más brillante, pues yo sé que si continúo llamando con vigor a la puerta el tiempo suficiente de seguro despertaré a alguien;

a recordar en forma constante que el éxito siempre tiene un precio, y que debo estar dispuesto a equilibrar sus alegrías y recompensas con esa valiosa porción de mi vida que inevitablemente debo sacrificar para lograrlo;

a aferrarme con presteza a mis sueños y planes para una vida mejor, pues si renuncio a ellos, aun cuando siga existiendo, habré dejado de vivir;

Para el resto de mi vida, en este día especial, Dios mío, ayúdame:

a procurar realizar lo mejor que habita en mi interior, sabiendo que no tengo ninguna obligación de obtener grandes riquezas o triunfos, sino sólo el deber de ser honesto con lo más elevado y lo mejor de mí mismo;

a no sucumbir jamás al temor del fracaso, pues ahora sé que tendré en la mente las metas que aún no he alcanzado en lugar de fijar mi atención en las trampas que siempre me han amenazado.

a estrechar a la adversidad entre mis brazos como a una amiga que me enseñará mucho más acerca de mí mismo que lo que cualquier alegre carrera exitosa y buena fortuna pudieran hacer;

a recordar que los fracasos, incluso cuando suceden, son tan sólo la vía para el triunfo, ya que cada descubrimiento de lo que es falso me conducirá a buscar la verdad, y cada experiencia me enseñará alguna clase de error que en el futuro será cuidadosamente evitado;

a regocijarme por lo que tengo, aunque sea poco, recordando siempre la conocida fábula del hombre que lloraba porque no tenía zapatos, hasta que, un día, conoció a un hombre que no tenía pies;

Para el resto de mi vida, en este día especial, Dios mío, ayúdame:

a aceptarme tal como soy sin permitir jamás que mi conciencia o mi sentido del deber me obliguen a vivir de tal forma que destine mi vida exclusivamente al beneficio de otras personas;

a darme cuenta de que jamás debo considerar los elogios y el amor de la gente como una medida de mi valor personal, puesto que mi valor verdadero depende mucho más de cómo me siento respecto a mí mismo y en qué tan comprometido estoy con el mundo que me rodea;

a resistir la tentación de superar los logros de los demás, pues este deseo patético, y sin embargo bastante común, no es más que un síntoma de inseguridad y debilidad, y jamás lle-

garé a ser yo mismo si permito que otros fijen la medida de mis logros;

a encender todas mis acciones, tanto en el trabajo como en el juego, con chispas constantes de entusiasmo, para que mi energía y celo ante cualquier cosa que esté llevando a cabo puedan superar toda clase de dificultades que de otra forma pudieran frenar mi avance;

a recordar que para incrementar mis riquezas debo pagar su precio en tiempo y energía, pues sólo los tontos permanecen ociosos esperando que el éxito vaya a su encuentro, y ahora ya sé que la única oportunidad de comenzar por la cima es cavando un agujero;

Para el resto de mi vida, en este día especial, Dios mío, ayúdame:

a hacer por los demás lo que me gustaría que ellos hicieran por mí; a dar más de mí mismo, cada hora que pasa, de lo que se espera; a fijar mis metas y aferrarme con fuerza a mis sueños, a buscar lo bueno en todos los reveses que reciba, a desempeñar todas mis obligaciones con entusiasmo y amor y, sobre todas las cosas, a ser yo mismo.

Por favor ayúdame a lograr estos propósitos, mi amigo especial, para que tal vez me pueda convertir en un trapero valioso, trabajando en tu nombre con fortaleza renovada y con la sabiduría necesaria para salvar a otros como tú me salvaste a mí. Y por encima de todas las cosas, quédate a mi lado a lo largo de todo el día de hoy...

XII

El Día del Trabajo, que por lo general parece dar inicio al ocaso del verano en Langville y en todo el norte de Nueva Inglaterra, la temperatura alcanzó los 23° C y la mañana siguiente parecía más bien un día de viento primaveral en lugar de ser un paso más en retirada hacia el equinoccio del otoño y las nieves del invierno.

Había sacado seis copias de mi borrador final de *Para el resto de mi vida*. Después del desayuno las guardé en una carpeta dentro de un sobre grande color café, le di un beso a mi esposa y me encaminé por Blueberry Lane hacia Old Pound.

Cuando llegué, al entrar por la puerta trasera del encierro me encontré con Simon, quien como de costumbre, ya se hallaba sentado en su sección preferida de la parte baja del muro. De inmediato se fijó en el sobre café y exclamó:

—¡Está hecho! ¡Está hecho!

Asentí y le alargué el sobre; el anciano sacó cuida-

dosamente la carpeta del interior, la abrió y tomó una de las copias. Me obligué a mirar hacia otra parte, hacia el bosque, sintiéndome como un niño inseguro que espera desvalido a que el maestro califique su tarea, con su promoción de grado pendiente de un hilo.

Transcurrieron por lo menos quince minutos. Finalmente me volví hacia Simon, quien seguía sosteniendo las páginas de la copia mecanografiada ante sus ojos, aunque evidentemente veía más allá de las páginas. Por último giró la cabeza como si al fin se diera cuenta de que estaba frente a él y pronunció con voz ronca:

—Es todo lo que soñé que sería, señor Og; es breve, ciertamente se lleva menos de seis minutos de lectura y, sin embargo, es poderoso. Posee sensibilidad, pero no por ello carece de resolución; el mensaje ha sido sabiamente formulado con sencillez y sin rodeos. Si somos capaces de convencer a quienes han perdido la fe en sí mismos y en su futuro de que pueden dar un paso de inmediato para edificar una vida mejor, más productiva y bastante más feliz sólo con leer estas conclusiones elementales, así como lograr que lleguen a su subconsciente por medio de su diario reforzamiento... si podemos hacer eso, seguramente podemos salvar muchas vidas; y si reclutamos un número suficiente de traperos, es posible que también podamos salvar nuestro planeta.

Con los dedos extendidos y las palmas unidas como en una oración el anciano colocó sus grandes manos ante su rostro.

—Dios lo bendiga, señor Og; éste es un regalo invaluable.

—Hice muy poco, Simon; tanto los principios como las palabras son todos suyos; yo sólo me limité a reunirlos como cualquier buena secretaria lo hubiera hecho; en sí significó un inmenso honor participar en su misión de elevar a la humanidad. Me considero afortunado.

—Desearía poder demostrarle cuánto aprecio lo que ha hecho, pero tengo tan poco; yo sencillamente no... —musitó al tiempo que encogía los hombros en un ademán de impotencia.

Se detuvo con la boca semiabierta, su mano derecha aferraba la cruz de madera que colgaba del ancho cordón de piel alrededor del su cuello. Sus ojos se abrieron aún más y entonces levantó la cruz y el cordón por encima de su cabeza. Con voz queda me dijo:

—Aquí tiene, mi amigo; permita que esto sea la prenda de mi gratitud así como un símbolo de nuestra gran amistad. ¡Tómela!

—No... no Simon, no puedo hacer eso. Sé que usted ha usado esa cruz durante muchos años: ella forma parte de usted. ¡Jamás podría aceptarla!

—En efecto —concedió— es parte de mí; me ha cuidado bien durante muchos años, pero, en realidad, ya no me hallo en situación de necesitar mucha protección. Tómela, por favor. Deje que esta pequeña parte de mí se convierta, quizá, en parte de usted; al fin y al cabo, no es como si me despojara de todo consuelo; todavía me queda esto —y entonces sacó de su saco su vieja pipa de mazorca: —otra vieja amiga murmuró mientras la colocaba entre sus labios y me sonreía.

Eché un vistazo a mi reloj de pulsera. Acababan de dar las diez y le había prometido a mi editora de Bantam Books, Michelle Rapkin, que estaría en casa a las diez y media para hablar sobre mi nuevo libro, lo cual

la sorprendió bastante. Así que me incorporé sosteniendo con cuidado la cruz en la mano derecha.

—Lo siento, querido amigo —me disculpé— pero debo irme; tengo una cita de negocios. Lo veré pronto... y gracias por este tesoro tan especial. Estará junto a mí mientras viva, lo prometo.

—Nada de todo lo que usted pudiera haber dicho me haría más feliz que eso —sonrió Simon—. ¡Oh!, por cierto —continuó, balanceando ante mí su sobre café— ¿hizo otras copias para usted?

—Sí —respondí riendo— tengo copias y ahora todo lo que tenemos que hacer es imaginar cómo vamos a elaborar un nuevo libro alrededor de ellas.

—¡Usted lo hará —aseguró— usted lo hará!

Nos dimos otro abrazo y lo dejé sentado en el muro, con su saco abierto, leyendo de nuevo sus palabras: sus palabras tan especiales. Y, una vez más, me sentí muy orgulloso de haber hecho una pequeña contribución.

Más tarde, cuando Bette y yo estábamos tomando un almuerzo ligero en la cocina mientras comentábamos mi reunión matutina con Simon, sonó un ruido aterrador en el techo, precisamente por encima de nuestras cabezas. En cuestión de segundos me encontré fuera de la puerta de la cocina, mirando en dirección al techo: allí estaba Franklin, la gran garza azul, contemplándonos.

—¿Amigo tuyo? —preguntó Bette casi sin aliento, son sus bellos ojos cafés tan abiertos como no los había visto en años.

—¡Oye Franklin —le grité— qué gusto que hayas vuelto! ¿Qué es lo que traes en el pico? ¿Un regalo para mí?

La gran ave movió la cabeza varias veces, como si estuviera agradeciendo mi saludo, antes de abrir el pico y dejar que un pequeño objeto rodara con ruido por el techo inclinado y cayera en el pasto ante nuestros pies.

—¡Oh, Dios mío! ¡No! ¡No! ¡No!

—¿Qué es lo que pasa, mi amor? ¿Qué es? —gritó Bette acercándose y arrodillándose junto a mí.

Recogí el objeto del césped y lo sostuve con cuidado entre las palmas de mis manos.

—¡La pipa de mazorca de Simon! ¡Franklin me ha traído la pipa de mazorca de Simon! ¡Por Dios santo, algo le ha sucedido al anciano!

Me levanté, di la vuelta y corrí por la pendiente de Blueberry Lane tan rápido como hacía años no corría.

Cuando mi esposa llegó al encierro, me encontró sentado sobre las rocas de granito sosteniendo el cuerpo sin vida de mi amado amigo.

Más tarde, muchos días después, Bette me contó que yo había estado llorando sin poderme detener mientras mecía con ternura el anciano cuerpo de Simon entre mis brazos. Todo lo que ella pudo escucharme clamar, una y otra vez, era una sola palabra:

—Mizpah... Mizpah... Mizpah...

Acerca del autor

Og Mandino fue editor ejecutivo de *Success Unlimited* (Éxito sin límites), revista de gran éxito en Estados Unidos. Durante casi dos décadas fue vendedor y jefe de ventas, actividad en la que adquirió conocimientos y sabiduría que lo motivaron a escribir su *best seller* ***El vendedor más grande del mundo***. Autor de más de 20 títulos, sus obras han sido traducidas a 22 idiomas y se han vendido más de 40 millones de ejemplares.

Sus artículos, cuentos y demás relatos han sido aclamados internacionalmente y es considerado el autor motivacional más leído del planeta.

Obras de Og Mandino publicadas por Grupo Planeta

El vendedor más grande del mundo
El vendedor más grande del mundo, segunda parte
El vendedor más grande del mundo (Edición de lujo)
El ángel número doce
Los diez antiguos pergaminos del éxito
Los diez compromisos del éxito
Los diez mandamientos del éxito
El don de la estrella
El don del orador
La elección
El éxito más grande del mundo
Una mejor manera de vivir
El memorándum de Dios
El milagro más grande del mundo
Misión... ¡éxito!
El misterio más grande del mundo
Operación: Jesucristo
El regreso del trapero
El secreto más grande del mundo
La universidad del éxito

Atesora estos principios en tu interior durante *seis minutos* al día y descubrirás el poder para cambiar tu vida y tu mundo.

Simon Potter, el aún vigoroso trapero, personaje principal de EL MILAGRO MÁS GRANDE DEL MUNDO, regresa para encarar un mundo hundido en la frustración y la desesperanza, plagado de drogas, crímenes, familias desunidas y sueños destrozados.

Og Mandino y el trapero se comprometen a hacernos un precioso regalo: una guía de fuerza renovadora, valor, sabiduría y fe para la vida.

De la misma forma en que Mandino siguió un camino original y respondió a un nuevo reto, descubrirás un sendero distinto de esperanza hacia la paz mental, la autoestima y el éxito. Únete a este hermoso retorno de Simon que conmoverá tu corazón, tocará tu alma y te dará inspiración para alcanzar el mayor de los triunfos: la felicidad.



ISBN: 978-607-07-0713-1

